LOS INOCENTES TAMBIÉN

GUILLERMO FAJARDO

SEDIENTO
EDICIONES
Narrativas en español

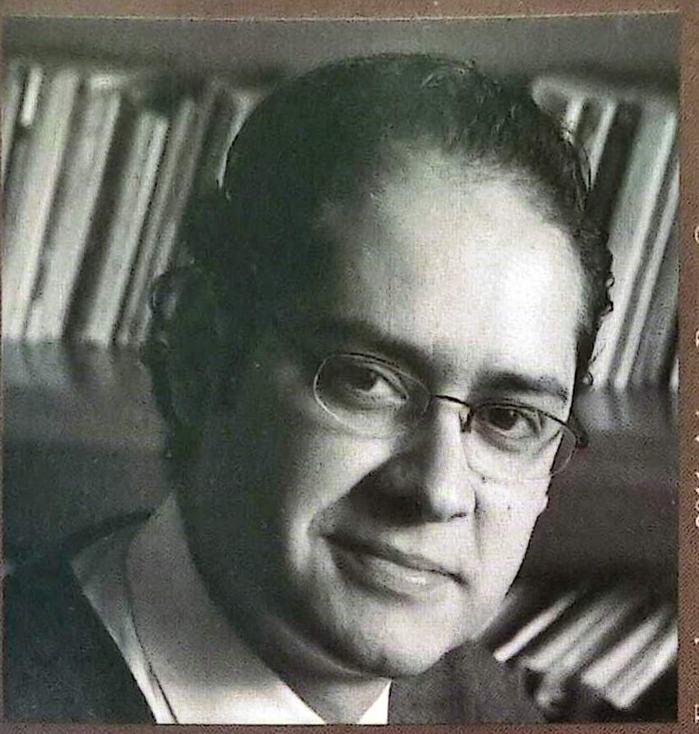


Foto de autor: 2011, Aristeo Becerra©

Guillermo Fajardo nació en Acapulco, Guerrero, México, en 1989. En su aún corta trayectoria literaria ha ganado un par de premios de cuento, escrito para medios impresos y electrónicos, encabezado un periódico y entrevistado a personalidades. Actualmente tiene un blog (www.guillermofajardo.com) en el que cada semana escribe artículos de actualidad. Su primera novela, *Lo que no aprendí de la vida*, le valió que Gerardo Laveaga lo calificara como "una de las promesas más firmes de la narrativa mexicana". *Los últimos versos que te escribí* (Sediento Ediciones, 2011), convirtieron esa promesa en realidad, que se reafirma ahora con su tercera novela, *Los inocentes también.*

LOS INOCENTES TAMBIÉN

LOS INOCENTES TAMBIÉN

Guillermo Fajardo

Narrativas en español

SEDIENTO
EDICIONES

Colección *Lengua de gato*

Imagen de portada: *Ojos de lechuga.*
Autor: ©Norma Ascencio.
Técnica: collage.
Medidas: 21.5 x 28 cm.
Año de realización: 2012.
Fotografía del autor: ©Aristeo Becerra, 2011.

Primera edición: julio de 2013

Concepto y diseño editorial: Manuel Pérez-Petit.
Formación editorial: Irma Martínez Hidalgo.
Lectura crítica: Andrés Rodríguez Granados.

DR©Guillermo Jesús Fajardo Sotelo, 2013
DR©Manuel José Pérez Petit, editor, 2013
SEDIENTO EDICIONES, 2013
Abedules, 168. La Perla,
Nezahualcóyotl.
C.P. 57820. Estado de México.
sedientoportatil@gmail.com
sediento.org
facebook.com/sedientoediciones
twitter.com/Sediento_ed

ISBN: 978-607-9201-70-8

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún medio o método sin autorización por escrito del editor.

Impreso y hecho en México

Las tempestades a menudo no me han dejado otra mesa para escribir que el escollo de mi naufragio.

FRANCOIS RENÉ
DE CHATEAUBRIAND,
Memorias de ultratumba.

A mis abuelos Yayi, Ama, Olga y Guillermo

A mi amigo Jerónimo de la Viña, in memoriam

A Rosa María Cuevas: por estos últimos años

Índice

Capítulo I 13
Capítulo II 27
Capítulo III 35
Capítulo IV 41
Capítulo V 55
Capítulo VI 65
Capítulo VII 73
Capítulo VIII 79
Capítulo IX 89
Capítulo X 97
Capítulo XI 105
Capítulo XII 109
Capítulo XIII 113
Capítulo XIV 119
Capítulo XV 125
Capítulo XVI 131

Capítulo XVII 141
Epílogo 145

Capítulo I

Hay ciertas cosas en el mundo que se descubren únicamente cuando las miramos a los ojos. Con las personas pasa lo mismo. También con los deseos. Esta súbita verdad vino a mí en un momento cualquiera y, por lo mismo, lo he olvidado. Solo sé que desde ese entonces ya nada es igual.

No recuerdo exactamente el día en que me di cuenta de aquellas extrañas presencias deambulando en mi departamento. Seguramente fue muchos meses después de la desaparición de Beatriz y de los niños, pero días antes de renunciar definitivamente a mi trabajo académico. Me encontraba sentado en el sofá, con una botella a mi lado, pensando cómo hacerle para volver a escribir unas líneas decentes, o qué novela ponerme a leer para no estar así como estaba entonces, derrengado y hueco. No recuerdo el ajetreo de la ciudad. Tampoco la sonrisa de mi esposa

y de mis hijos ausentes. Parecía entonces que no pasaba nada hasta que de repente pasó. Al principio pensé que se trataba de una presencia vacía: una corriente de aire, por ejemplo. Algo se cayó en la cocina pero no quise levantarme para averiguar de qué se trataba. Preferí quedarme sentado en el sillón, viendo cómo el viento desvanecía el humo de mi puro hasta convertirlo en un recuerdo. El alcohol pasaba por mi garganta como un río inmisericorde y ruin. Su presencia en mi organismo conquistaba todos los resquicios invadidos por el pasado. Entonces vi cómo Beatriz y los niños aparecían súbitamente frente a mí: ¿serían un recuerdo doloroso o la materialización de un deseo? Sentí la necesidad de irlos a tocar, de inquirirlos. Para quien vive extrañando no es infrecuente la nostalgia. Por fin los tenía a unos metros de distancia después de tanto tiempo de quererlos abrazar. Bastaría levantarme del sofá e ir con ellos. Parecían tan reales que no dudé ni un segundo de su verdad. Eran estampas que se pegaron a mi mente y que vagaron por ella todo el tiempo que quisieron. Parecían fantasmas pero no lo eran. Quizá aquellas apariciones eran una forma de amenaza, algo así como la colocación de sus ausencias en un espacio real para advertirme que no los buscara más. Que los había perdido para siempre. Que jamás los volvería a ver.

El departamento al que me había movido representaba la derrota de la convivencia: era un lugar solitario y triste. Había dejado de frecuentar a mis colegas de la universidad, especialmente después de mi renuncia y de mi renuencia a volver a verlos ¿Acaso no me entendían? Lo mío no era tanto el luto ante sus probables muertes como el extrañamiento ante su ausencia. Intenté, sin éxito, dedicarme a otras cosas. No sé cuáles. Tampoco quería fre-

cuentar a nadie. No tuve ganas de salir de viaje, y mucho menos ir a algún lado en el que pudiera distraerme. Tampoco podía quedarme en la casa, en la que había vivido con mi mujer y mis hijos. Tuve que venderla porque habitar ahí era alimentar mis recuerdos. Quería imaginar, estallar, verme desde arriba para vislumbrar mi propia muerte. Quería estar solo pero el mundo no me lo permitía. Todos me alentaban a seguir. No sé a dónde ni porque. A veces yo mismo suponía que volver a ver a mi familia no sería fruto de un milagro sino del simple paso del tiempo. Surgió en mí la certeza de que estaban vivos en algún lugar pero lejos de mí. No podía llorar porque no había perdido la esperanza de volverlos a ver, de que, tal vez, algún día, aparecerían por la puerta y me ofrecerían algo así como una disculpa, una especie de explicación. Pero nada de eso sucedió entonces, ni tampoco ahora. Desaparecieron por completo. En esos momentos yo no buscaba consuelo sino la razón del porqué se habían esfumado tan repentinamente, de modo tan brusco, sin mediar despedidas ni problemas familiares previos. Su desaparición coincidió con la publicación de mi nueva novela, *Conquistas*.

A pesar de haberle insistido con varios días de antelación a Beatriz que cancelara los pocos compromisos escolares y familiares que podía haber tenido ese día, y de haberle solicitado a la directora de la escuela les permitiera a los niños salir unas horas antes, mi familia no aparecía por ningún lado para la presentación de mi libro. Mi editora, Paulina Ojeda, puso manos a la obra. Me dijo que no me preocupara, que ella averiguaría el motivo por el que Beatriz y los niños no habían llegado aún, mientras yo entretenía a los asistentes a la presentación del libro. Así, pasé la siguiente hora regalando sonrisas y firman-

do autógrafos aún antes de que empezara la presentación. Miraba por las ventanas hacia la calle, examinaba las hojas de los árboles y pensaba que en cualquier momento iba a llegar Soledad, la estudiante de literatura española que había conocido años atrás. Lo primero que me atrajo de ella, como a cualquier hombre, fue su belleza. Después su inteligencia. Después descubrí que sus nalgas eran perfectas, y que sus pechos me atraían más por su sabor que por su tacto. Sus calzones me encantaban. La ropa interior es la cara vedada del erotismo. Este, mi pequeño pecado, no era conocido por nadie, excepto por Carlos Jaramillo, mi asistente.

Desde luego que intenté localizar a Beatriz en el celular, pero no me contestó. Le mandé un correo electrónico, pero tampoco respondió. La busqué en *Facebook* y *Twitter*. Nada. ¿Y si se había enterado de lo de Soledad? Le hablé a Mariana, su mejor amiga, pero no supo decirme dónde estaba. Cuando ya retrasada media hora la presentación de mi libro, los asistentes cada vez más inquietos, y con la inexplicable certeza de que ni Beatriz ni los niños atravesarían la puerta del pequeño auditorio, me detuve unos segundos en el templete antes de tomar el micrófono y empezar a hablar de la novela. La historia de mi nueva obra era la de una ausencia. El protagonista, enloquecido por la muerte de su mujer, desvaría en su departamento, frente a una serie de apariciones misteriosas que suceden una tras otra. En la segunda parte del libro el lector se percata de que aquel hombre, en realidad, está totalmente desquiciado, y que su mujer, que vive, no hace otra cosa más que cuidarlo. Desde mis inicios como escritor (y en parte debido a la muerte de mi padre), el tema de la ausencia me había seducido desde siempre. Es

impresionante cómo las personas logramos sobrevivir a pesar de los que ya no están: la muerte siempre fastidia a la esperanza.

Al terminar el evento y cuando los asistentes ya estaban cruzando la puerta para salir, apareció Paulina con el semblante descompuesto. De inmediato supe que algo andaba mal, pero no imaginaba a qué grado. Pensé que Diego se había caído en el jardín de niños; que Guillermo había tenido una nueva pelea con uno de sus compañeros de la escuela. Era normal que Guillermo, el menor, se metiera rutinariamente en problemas, que iban desde verles los calzones a las niñas hasta contestarle de mala manera a la maestra. Beatriz corregía y lamentaba estar criando a un hombrecillo tan problemático. Yo le decía que se calmara. Un niño de ocho años era, simplemente, un niño de ocho años. No podíamos preocuparnos por ello. Diego, en cambio, era un genio. O al menos así lo creía yo. Le iba bien en matemáticas, historia, civismo o geografía. Era callado, parsimonioso y pensativo. Le gustaba leer en lugar de jugar fútbol y quiso aprender francés. A sus diez años ya hablaba de manera fluida el idioma.

Paulina se acercó y me tomó del brazo para llevarme a un rincón del auditorio. Me dijo, murmurando, que nadie sabía dónde estaban Beatriz y los niños. Que había llamado a la casa pero, como nadie había contestado, había mandado a Roberto, el mensajero de la editorial, quien encontró la puerta abierta y entró. Que las cosas de los niños y de Beatriz habían desaparecido y que solamente quedaban las mías. Aquella situación me pareció bizarra e incomprensible. Alarmado y medio ausente, llegué cuarenta minutos después a la casa. Paulina se bajó primero y le dijo al chofer que esperara afuera. Ahí estaba Roberto,

que bajó la cabeza en cuanto me vio llegar, como si él fuese el principal culpable de todo lo que estaba sucediendo. Entré a la casa, subí al cuarto de los niños. Aquello era pura desolación. Efectivamente, no había nada. Ni una nota, ni un juguete, ni un calcetín. Me sentí desolado y busqué frenéticamente una huella de su presencia, un aviso de realidad que me dijera que ellos habían estado ahí por la mañana. Que Diego había estado leyendo en su mesita de noche sus lecciones en francés, o que Guillermo había llenado de lodo el baño. Pero solamente encontré un cuarto limpio, blanco, vacío, igual que yo. Con el corazón encogido caminé a nuestra habitación: a ese espacio en el que Beatriz y yo habíamos planeado tantas y tantas cosas. Lo encontré parcialmente despoblado. Mi lugar de la cama estaba totalmente revuelto, pero el de Beatriz perfectamente tendido. ¿Qué había sucedido? ¿Se habrían metido a robar y también habían secuestrado a mi familia? El primer impulso que tuve fue pedirle a Paulina que le hablara a la policía. Ella me dijo, tocándome el hombro, que aún no sabíamos que era lo que había pasado y que mejor esperáramos unos instantes: las decisiones contaminadas por la prontitud son las formas más alejadas de la estrategia. Vamos a buscar algo, me dijo. Algo, lo que sea. Abrí el clóset. La ropa de Beatriz había desaparecido por completo. Ahí tampoco encontré una nota, un jirón de tela, una impronta de su presencia. Había puro silencio. Me jalé los pelos de la cabeza y traté de respirar profundo, pausado. Fui al baño. Parecía como si alguien recién lo hubiese usado. De la regadera cayó una gota sobre el mármol. Retumbó en mis oídos y golpeé las puertas de plástico. La toalla amarilla con la que Beatriz se secaba aún estaba húmeda. Paulina entró. Me tomó de los hombros y

me llevó al borde de la cama. Comencé a impacientarme mientras una fuerza interior irreconocible me decía, muévete y ve a buscarlos, comienza a preguntar, actívate. Pero me quedé ahí sentado en el medio abrazo que Paulina me daba sobre la cama mullida y cómoda que Beatriz y yo habíamos comprado hace unos cuantos días. Me pareció una superficie perturbadora y áspera. Me paré. Paulina me detuvo. A dónde vas, me preguntó, no vas a ir a ningún lado, yo me encargo de todo, la tuya es una casa enorme,[1] seguramente habrá alguna pista, o algo, que nos indique qué es lo que le pudo haber pasado a Beatriz y a los niños.

Les toqué a los vecinos, le hablé a la criada, interrogué al jardinero. Nadie los había visto. Ni la familia de Beatriz, ni las maestras de la escuela, ni sus amigas, ni los compañeros de la escuela de mis hijos, ni las niñas a las que Guillermo les veía los calzones, ni nadie. Era como si todo su pasado y todo su presente se hubieran reducido a su ausencia, a la nada. No sé cuántas vueltas di por el jardín y tampoco supe cuántas piedras aventé a la pared. ¿Era por Soledad? ¿Por eso se había ido Beatriz? ¿Por eso había cogido la ropa de los niños y la suya y se había largado? Me pareció un plan estúpido y complicado. Además, Beatriz y yo tendíamos a decirnos las cosas de frente. Ambos creíamos que no hay nada peor que el ren-

[1] La herencia de mi padre nos había permitido vivir de manera holgada desde hacía muchos años. Nunca habíamos tenido problemas económicos, y esa fue una de las razones por las que pude dedicarme de lleno a la literatura. Tanto Beatriz como yo sabíamos, sin embargo, que el dinero podía irse en un santiamén. Seguimos trabajando como si la herencia del viejo no fuese suficiente (en realidad, con los intereses hubiera bastado para mantenernos). Aun así, tanto mi mujer como yo nos tomábamos muy en serio nuestros respectivos trabajos.

cor. Que albergar las cosas dentro de uno mismo y tomar desprevenido al compañero es un acto un tanto cobarde. Un matrimonio es, después de todo, una relación humana que toca fibras más íntimas. No podía ser que Beatriz, en un arranque de furia, tomara todo (mis hijos incluido) y se fuera. Es cierto, no debí de haber empezado aquella relación con Soledad, pero su eventual venganza era desproporcionada. Le hablé a mi suegra, que pareció igual de sorprendida que yo. No sé dónde están, me dijo, y en este momento voy a ir a la delegación con la policía. No objeté su decisión. Hasta pensé que debía ir con ella.

No podía sacarme de la cabeza que era una mujer de veintitantos años, Soledad, la que tal vez había destruido mi vida. No podía creerlo. En mi vida habían pasado cosas absurdas, pero ninguna como esta. Tenía la certeza de que no era ella la causa de estas desapariciones, sino que existía tal vez algo más profundo, algún secreto de Beatriz que el tiempo se hubiera encargado de activar. ¿Podría ser un amorío con otro hombre? ¿Que durante tantos años ella había visitado otra piel, otra cama, unas manos distintas? Mi esposa es una mujer atractiva, sin duda. La cortina de sus dientes blancos y sus ojos verdes, radiantes, pecaminosos, que alumbraban una figura exquisita me imprimían un orgullo feroz. Pretendientes, como ella misma me confesó, no le habían faltado, y a menudo se divertía contándome cómo algún cliente la invitaba a salir, así como la forma en que ella rechazaba esas invitaciones, para después aplicarla al atrevido un descuento en su tienda. Si Beatriz tenía un amante, esta era una rara forma de decírmelo. Quizá mi matrimonio estaba basado en la desconfianza y yo no me había dado cuenta. Tal vez todo había sido una mentira desde el principio y Beatriz había esperado el momento

idóneo para correr. ¿Pero porqué este sería el momento idóneo? ¿Qué de especial –aparte de la presentación de mi novela- había en estos momentos en mi vida? Me puse a pensar: el hecho de que yo fuera ya un autor reconocido, o que recientemente me habían subido el sueldo, no hacían de mi vida un hecho extraordinario. Yo creía que ya tenía todo resuelto: unos hijos a los que amaba, una mujer hermosa, un trabajo estable. ¿No era esto a lo que todo hombre aspira? La vida planta ante nosotros sus promesas pero también las cosecha antes de que podamos disfrutarlas. Quizá ese era mi castigo: haber sido demasiado exitoso, demasiado feliz, demasiado pronto. El castigo era que me fueran quitando, una a una, las llamaradas de ese fuego que surgían como deliciosos lengüetazos de una vida plena. Tenía que encontrar a Beatriz. Quería abrazar a mis hijos. Sentí un dolor profundísimo, un caparazón de incertidumbre. ¿A dónde pudieron haber ido? ¿Dónde estaban las cosas de mi familia? ¿Los habían secuestrado? ¿Habían huido? ¿Por qué? Pensé en el ex novio de Beatriz, Aparicio Huerta, y sus amenazas. Años atrás había interceptado a Beatriz justo afuera de su tienda (ya estábamos casados) y le había dicho que si no regresaba con él, se la llevaría a la fuerza. Dimos aviso a la policía pero después de aquel evento no había vuelto a pasar nada más, y yo no le presté demasiada atención, pues sabía que Huerta jamás se atrevería a tocar a mi esposa. Era un maldito cobarde. Pero, ¿qué tal si, efectivamente, el imbécil había cumplido su amenaza y había cargado hasta con los niños?

Paulina se acercó por detrás. Yo brinqué del susto. Ya llegó la policía, me dijo. Atravesamos el jardín y vi las luces rojas y azules de la patrulla. Afuera, el mundo seguía igual. Se me acercó el agente del Ministerio Públi-

co, Licenciado Alfredo Bejarano, a sus órdenes. Tenía la barba bien cortada, el pelo encanecido pero delineado, las uñas limpias, olía a jabón. Me extendió la mano y apretó fuerte. Sonrió. Dientes blancos. Llevaba una chamarra de cuero, que crujía cada vez que Bejarano se movía. Esa prenda podía estar viva. Se sentó en una silla de mimbre en la sala. Me dijo que me quedara sentado y que los agentes se encargarían de buscar alguna pista. No tardaremos más de media hora, me dijo. Paulina se me acercó con un vaso de whisky con dos hielos. Lo tomé de un trago. Me sirvió otro. Estoy segura que pronto aparecerán, me consoló. Yo miraba al suelo y el alcohol me hizo sentir un poco mejor. Se sentó frente a mí, en la misma silla donde había estado Bejarano. Me tomó de las manos. Las tenía ásperas, y sus dedos parecían soldados de piel, cuyas protuberancias –los huesos– eran sus armas. Nunca me había agarrado tanto tiempo las manos. Tu novela va a ser un éxito, Mariano, los lectores te quieren, has ganado buena fama. Eso me animó. Era verdad. Desde que había ganado el Premio Molina Dávalos la prensa no me dejaba en paz. Y de eso hacía ya siete años. A partir de ahí, mi creatividad aumentó, mi disciplina también, y más y más premios comenzaron a llegar. Me había convertido en un escritor reconocido. Los estudiantes de las universidades se me acercaban para pedir consejo, y muchos de ellos me mandaban sus incipientes letras (junto con una pequeña cantidad de dinero) para que los leyese. Siempre devolví el dinero que me mandaban. Así fue hasta Soledad. Con ella todo iba a ser diferente. En lugar de dinero me mandó una foto de cuerpo entero. No salía desnuda, pero dejaba entrever unos senos inocentes y unas nalgas intocadas. Su sonrisa era la de un ángel y, acompañando la carta con un

par de cuentos, venía una nota. Quería que la viera ese mismo día en un bar al sur de la ciudad. En cualquier otra circunstancia no hubiese acudido, pero esos días Beatriz y los niños se habían ido de vacaciones a Acapulco. Yo tenía exámenes y calificaciones que entregar y los alcanzaría dos días más tarde. Pensaba en invitar esa noche al maestro Arredondo y a la doctora Cervantes a la casa para embriagarnos y platicar, pero la carta de Soledad me pareció demasiado sugerente. Los cuentos estaban bien escritos, aunque debo decir que no me sorprendieron en absoluto. Fue su cuerpo, su carne, lo que me convenció de ir al encuentro.

Para cuando Bejarano y sus hombres bajaron, yo ya había tomado demasiado whisky, se sentó frente a mí. No supe a dónde se había metido Paulina. *No parece que haya sido un secuestro, señor Peredo. De ser así, habría signos de violencia o, al menos, alguna cerradura forzada, huellas, algún indicio. Pero no hay nada. Si alguien privó a su familia de su libertad, ¿para qué molestarse en robar también sus pertenencias? Sería peligroso e innecesario. Las desapariciones de familias completas son muy poco frecuentes. Parecen secuestros, pero no lo son, parecen pues…como decirlo, misterios, pero tampoco son misterios, y muchas veces cuando alguien se va, es porque quiere irse. Pero esto tampoco parece ser su caso, profesor. Aquí ha ocurrido algo extraño, raro, que no puedo descifrar qué es. Lo único que encontramos fue esto, y esto no me dice nada. ¿Lo reconoce? Disculpe que me exprese así, pero una prenda así no se olvida, especialmente si uno se la ha quitado a una mujer…*

Era una tanga. La miré: rosa y con un moñito blanco al frente. No la reconocí. No tengo ni idea de quién es, le dije. ¿Está usted seguro? Mi deber no es suponer infidelidades, ni mucho menos. No sé de quién es, le contesté. Estornudé. Entonces recordé que algo extraño había su-

cedido esa misma mañana: después de que Beatriz y los niños salieran de la casa, había visto a un hombre afuera de mi casa, con los antebrazos vendados, como acechando. Lo describí. El Licenciado Bejarano lo anotó en su libreta.

Volteé la cabeza a un lado y miré el jardín. Muy bien, dijo Bejarano, estaré en contacto con usted. Se fue. ¿Dónde estaba Paulina? Volteé otra vez a mi alrededor pero solamente encontré una casa enorme y vacía. A pesar de haber estado solo en muchas ocasiones, nunca me había sentido así, tan vulnerable. Grité. Fue un sonido tan potente y tan amplio que cada rincón de la casa se estremeció. Prolongué el grito hasta que las paredes lo sintieron, hasta que cada sillón, mesa, silla y cuchara fue suyo y lo engulló. Mi grito fue un torbellino que arrasó con todo: los recuerdos se esfumaron, el barandal de la escalera retumbó, los cuadros se sorprendieron. Gritaba porque de un día para otro mi vida, la que tanto tiempo me había costado construir, había desaparecido. Era ahora invisible, impalpable. No había quedado ni una marca de lo que fui. La ropa de los niños, sus útiles escolares, el perfume de mi mujer, sus aretes. Solamente tenía fotografías. Demasiadas. Álbumes de recuerdos. Con el rabillo del ojo vi que algo se movió en el jardín. Me levanté, cauto, y prendí la luz. Un gato negro de ojos verdes me miraba. Amagué con ir a perseguirlo, pero no se inmutó. Abrí la puerta que daba al jardín y volví a fintar con que iba tras él. Nada. Cogí una piedra y se la aventé. No se movió, así que me acerqué y lo agarré. Maulló y lo metí a la casa. Como nunca había tenido gatos, no sabía exactamente qué hacer con él. ¿Para qué lo agarré? ¿Para qué lo quería? Le di una lata de sardinas, que devoró, y después otra, que también devoró. Dejé la puerta del jardín abierta y fui a mi estudio.

Ahí, tiré los libros que me rodeaban, volví a gritar con furia y, en un arrebato de ira total volteé la mesa de trabajo. Golpeé las paredes, arranqué las páginas de mis libros, y me quité completamente la ropa. Quedé desnudo, y pude ver, quizá por primera vez en mi vida, que las ausencias doblegan el alma porque son memorias vivas de un sentimiento. Estaba desesperado: Beatriz y los niños se habían esfumado sin dejar rastro alguno. Me sentí impotente, una presa dubitativa pero concienzuda acerca de lo que sucedía. Un rayo recorrió mi espalda. Un fantasma atravesó mis ojos. Un despliegue de dolor inundó mi cuerpo y lo dejó desmadejado, abúlico pero furibundo, abatido pero activamente consciente. Cansado, me acosté en el suelo. Respiraba con dificultad. Mi mano derecha palpó mi cráneo y lo frotó. Jadeaba. Comencé a llorar en el suelo. No sabía qué hacer o hacia donde voltear. La vida era una trampa gigante. Acaso un cúmulo de mitos cercados por la falsedad del momento. No había comprendido del todo la situación. En ese momento me sentí como una tabla de flotación a merced del mar o de alguna fuerza misteriosa e invisible. Sentí que mi familia comenzaba a formar parte de mi pasado. Que ya no eran una fuerza presente sino una memoria podrida. ¿Dónde podían estar? ¿A dónde habían ido? ¿Quién se los había llevado?

Capítulo II

Toda adolescencia supone mujeres inalcanzables. Yo soy un claro ejemplo de ese hecho, que transformó mis años de juventud en una duda forjada por el misterio femenino. Cuando me llegó el éxito literario, en cambio, aparecieron por todos los frentes. Desde estudiantes hasta amas de casa, pasando por litigantes, odontólogas y hasta una paracaidista. Supe manejar esta situación bastante bien hasta lo de Soledad. Me había mantenido alejado de la tentación de tocar otro cuerpo que no fuese el de Beatriz, que conocía a la perfección pero que, igual que un clásico, reinterpretaba. En una época en que no corría con fortuna en el aspecto sentimental conocí a Beatriz y fue como si me hubiese partido un rayo. Ver sus piernas avanzar decididas hacia mí fue lo mejor que me pudo haber sucedido hasta ese momento. De ahí mi fidelidad. Hasta que esa fidelidad decayó, se marchitó, y se pudrió. Me sentí tan confiado

de tenerla conmigo, leal, domesticada, y despertando enamorada, que decidí serle infiel con Soledad. Esta última no quería nada de mí, excepto, según ella, mi cuerpo. En el tiempo en que ha durado nuestra relación, jamás me ha pedido dinero, regalos o viajes. En un principio pensé, después de acostarme con ella por primera vez, que tal vez comenzaría a chantajearme. Pero nada de eso pasó. Simplemente seguíamos acostándonos, besándonos, y compartiendo aspectos intrascendentes pero gozosos de nuestras vidas. Nos veíamos siempre en moteles. A Beatriz le decía que asistiría a convenciones literarias en lugares como Saltillo, Cancún o Guadalajara. El dinero que se iba en aquellas noches lo justificaba como viáticos extraordinarios. Y a Beatriz le decía que tenía que gastar en comprarles a los editores una buena botella de vino, invitarles a algún espectáculo, comprarles a sus hijos un regalo. Beatriz asentía de buena gana y después de un tiempo dejó de preguntarme. Mi plan funcionaba. A Soledad la consentía, pero también a mi esposa. Eran dos mujeres extraordinarias, que me mantenían en vilo pensando en ellas, intentando sorprenderlas. Con una tenía una aventura sexual que avivaba la relación que tenía en casa y que, a menudo, parecía decaer. Era Soledad la que nos hacía un favor a nosotros, no al revés. Beatriz se sorprendía cuando llegaba a la casa deseoso de tenerla y poseerla. Se le veía feliz. ¿Quién era yo para desmentirla?

El primer día que vi a Soledad la supe mujer segura de sí misma, alejada de circunstancias que la perturbaran. Acabamos en un bar extraño en el sur de la ciudad y prometimos vernos otra vez. Me atraía, es verdad, pero no tenía ningún incentivo adicional para acudir a su encuentro. No con Beatriz en casa. Sin embargo, Soledad, mujer

decidida, habría de decidir por nosotros. Se presentó en mi cubículo y me volvió a invitar a salir. Poco a poco fue atrayéndome. Su cuerpo era demasiado obvio, pero no su personalidad: una trampa de seducciones pero también de misterios. He vivido mucho, me dijo a modo de explicación: mis padres se separaron, después mi padre invitó a otra mujer a vivir a la casa, y mi madre se fue. Así estuvimos como un año. Después, nos enteramos que mi madre se había suicidado. Así nomás. Dejé de comer y la miré a los ojos. Me había confesado lo peor de su vida a mí, un hombre débil, que no tenía ni idea porqué estaba con una mujer veinte años menor que él en la habitación de un motel. Algo balbuceé y esa fue la primera vez que me acosté con ella. Se mojó al instante y mi pene la atravesó fácil: imaginé que así sería nuestra relación. No me equivoqué.

Sentí ganas de llamarla, pero enseguida advertí lo absurdo de la idea. Dentro de mí comenzó a bullir el mismo dolor que el día de ayer había sentido. Pero tenía que concentrarme en buscar a Beatriz y a los niños: debía salir al mundo para inquirirlo. Pero no tenía ni idea en dónde empezar. Corrí a la habitación de los niños y me esperancé con verlos ahí, jugando, y por un instante juré que Guillermo saldría a abrazarme, y que Diego me estaba viendo con sus ojos tranquilos y un libro abierto en su regazo. Pero solamente encontré un cuarto vacío, igual que ayer. Fui al nuestro y no encontré nada. La toalla ya no estaba húmeda. En la cama estaba la tanga que Bejarano había encontrado: me acerqué a examinarla. No tenía nada particular. Era de Soledad, pero no tenía ni idea de cómo había llegado a la casa.

Bajé las escaleras y me volví a encontrar al gato. Maullaba y meneaba la cola. Fue a mi encuentro. Saqué

ahora una lata de atún (las sardinas se habían terminado), y se la di. Saqué unos huevos de la alacena y los freí. Después de desayunar regresé a nuestro cuarto. Yo guardaba todos los días una agenda, en la que Beatriz y yo apuntábamos todo lo que íbamos a hacer ese día. Era color azul, con cubierta de plástico y un separador marrón. Adentro tenía frases célebres de poetas mexicanos. Encontré el día y vi que Beatriz había apuntado lo siguiente:

11:00 A.M. – Cita con el dentista
1:00 P.M. – Presentación de Mariano
5:00 P.M. – Tienda

No había nada inusual en ello. Suspiré y bajé las escaleras. Me serví un vaso de whisky y prendí la televisión. No encontré nada memorable pero tampoco lo lamenté. Solamente quería perder el tiempo y olvidarme de todo lo que me rodeaba. Yo esperaba tener noticias de Bejarano, pero no sucedió nada. Una concentración inaudita de dolor atravesó mi espíritu y, después de inundarlo de dudas, me di cuenta –otra vez– de lo que realmente sucedía: mis hijos no estaban, Beatriz se había esfumado dejándome una estela de dudas: una ausencia terrible y misteriosa. Le marqué al agente Bejarano. Volví a insistir en el asunto de Aparicio Huerta. Lo seguimos buscando, señor Peredo, tenga por seguro que lo vamos a encontrar. Le conté que Huerta era un maniaco, y que cuando se proponía dañar a alguien, lo hacía. Tiene antecedentes penales, le dije, y es peligroso. Le convendría iniciar por ahí, Licenciado Bejarano, pues estoy seguro que encontrará cosas que lo ayudarán a encontrar a mi familia. Entonces Bejarano

balbuceó algunas cosas respecto a términos procesales y burocracia interna y colgó.

Estuve tentado, otra vez, de marcarle a Soledad, pero no pude. ¿Qué debía hacer? ¿A dónde se suponía que tenía que ir? Me sentía abatido no tanto por la ausencia de mi familia sino por el hecho de que no sabía por dónde empezar a buscarlos. Se habían esfumado. Un día estaban conmigo, al siguiente no. Me confundió el hecho de que, si realmente Beatriz se había largado, no me dejara una sola nota, alguna señal que me indicara a donde había ido. La casa me parecía un monstruo dormido: yo estaba en sus fauces, y lo único que quería era que mi familia atravesara la puerta de la casa. Me sentía derrotado. Alguien me había ganado, sin saber quién. Di vueltas en el sofá, golpeé las almohadas, restregué mi cara contra la cama. Después rasqué la pared. Busqué al gato, pero no lo encontré. No me había bañado desde la presentación, pero no me importaba. Puse los pies sobre la mesa y me serví otro whisky. Cambié de canal. No encontré nada. Me levanté de la silla. Sonó el teléfono. Era mi asistente, Carlos Jaramillo. ¿Se encuentra bien, doctor? Me acabo de enterar. Antes que mi mujer y que cualquier amigo, era Carlos quien sabía más cosas sobre mí. Él se encargaba de comprarme boletos al interior de la República que dejaba en lugares visibles en mi casa para engañar a Beatriz, y él era quien se aseguraba que mi mujer no me siguiera cuando me escapaba con Soledad. Tenía veinticuatro años. Le dije que viniera. Su compañía no me sacaría de apuros, pero al menos me distraería.

Cuando, después de una hora, Carlos atravesó la puerta, extendió la mano para saludarme. Yo apenas moví la mía, pero él la agarró y la balanceó entre la suya con

fuerza desmedida. Intenté sonreír. Me dijo que no habría problemas con el artículo por el que me habían acusado de plagio. Torrentera está domesticado, doctor. No se preocupe. Además, ya nos la debía, ¿se acuerda usted?

Lo recordaba a la perfección. Torrentera, el jefe de departamento, había convencido al jurado del premio Invierno que no me lo dieran porque, según él, había partes en la redacción de mis artículos que recordaban la confección de los suyos. No sé cómo lo hizo (tal vez compró a todo el jurado o sus miembros le debían favores), pero lo cierto es que después de eso no recibí el premio, a pesar de que me lo habían prometido. Fue el mismo Torrentera quien me confesó lo que había hecho. Todo en él me provocaba asco, y estoy seguro que cualquiera que lo viera sabría al instante que se trataba de un ser repugnante: gordo, mandíbula gigante y calvicie pronunciada. Siempre usaba unos lentes pasados de moda, y nunca se le había visto cruzar una palabra amable con sus colegas. ¿Cómo es que había llegado hasta ahí? Imaginaba que con base en favores, y algún tipo de astucia como la de ser un lamehuevos. Ya llevaba seis años como jefe de departamento de Literatura. Al único que parecía importarle, además de a mí, era al senador Rodríguez Poblete, hombre mediano en la política mexicana y viejo amigo mío. Lo había platicado con él, pero según decía no podía intervenir en una institución académica. Las ideas son distintas a la acción política, me dijo. Pero no era cierto. Como Presidente de la Comisión de Cultura del Senado, Rodríguez Poblete había metido mano en muchos procesos de selección en muchas universidades. Por ejemplo: había logrado que se impugnara la designación del escritor Juan Robles como Director del Área de Cultura de la UAM; o que el investi-

gador Rodolfo Garza quedara excluido como candidato para dirigir el Instituto de Investigaciones Literarias en la UNAM. Lo único que no entendía era el porqué Rodríguez Poblete nunca había movido un dedo para quitar al hijo de puta de Torrentera. Lo odiaba, le confesé. Lo sé, me dijo, pero no puedo hacer nada, mejor dejémoslo así. Desde ese momento ni el senador ni yo hemos tocado nuevamente el asunto. Supongo que Torrentera tendrá algún amigo poderoso. Quizá el mismo rector. Pero eso no era probable porque era sabido que desde hace tiempo estaban peleados, ¿o era esta una forma de ocultar que eran amigos? Y si fuera así, ¿para qué? Carlos no lo sabía y yo tampoco. Durante unas semanas lo mandé a investigar a Torrentera, que lo siguiera, que le descubriera algo. Lo que encontró fue que el rector Horacio Muñiz y él se reunieron en el Departamento de Literatura en una sola ocasión. Carlos no pudo escuchar lo que se dijeron, ni tampoco lo que hicieron, pero lo que sí había visto era que al final de aquel encuentro casi se habían agarrado a golpes para, una hora después, despedirse con un cordial abrazo. La única conclusión lógica era que estaban fingiendo. Que eran unos simuladores. ¿Pero qué tenía de malo aquello? ¿No es México el lugar idóneo para aparentar? A partir de ese suceso, me sorprendió el cambio de actitud de Torrentera, que se mostró, al menos durante unas semanas, solícito y prudente conmigo. Sabía que quería correrme, pero también sabía que no podía hacerlo (como había hecho con tres colegas míos), porque los premios y la reputación que yo había adquirido le supondrían un costo político inimaginable. Los alumnos me querían. Mi relación con el senador Rodríguez Poblete era bien conocida. Tenía amistad de un tiempo acá con el Director de Bellas Artes. Estaba cubierto por todos los flancos.

Carlos se sentó y prendió un cigarrillo. ¿Cree que haya sido por Soledad?, me preguntó. Yo lo recorrí con la mirada hasta que mis ojos cayeron en sus pantalones rotos y agujereados, manchados de lodo. No me había dado cuenta, pero traía un rasguño en la mejilla derecha. Parecía desvelado y cansado, como si la noche anterior hubiese cargado cajas, las hubiese estibado y, finalmente, las hubiese tirado. ¿Qué hiciste anoche?, le pregunté. Tuve una mala noche, jefe. Líos de faldas. ¿Con cuántas? Tres jefe, una era mi novia, legítima, oficial. Es la que llevaba a las comidas para presumirla frente a mi familia. La otra era más bonita pero también muy ingenua, jefe. Era la que se acostaba conmigo nomás porque le recitaba a Sabines. ¿A Sabines, eh? Sí, doctor, al mismísimo Sabines. ¿Y la otra?, le pregunté. La otra la tenía de reserva para cuando ni la primera ni la segunda servían, ya ve, algo así como la sustituta de la sustituta. Caray, ¿y qué pasó?, le pregunté. Bueno, resulta que el destino las puso en el mismo lugar que yo anoche y…Lo detuve con la mano. Hasta ahí, Carlitos. No quería escuchar más. Estaba cansado y desolado. Lo único que quería era beber y olvidarme del mundo. Carlos me pasó un cigarrillo. A pesar de haberlo dejado hace años por instrucción de Beatriz, me sentí impelido a fumarme uno. El humo me mareó. Tosí. Carlos se levantó y me palmeó en la espalda. Estoy bien, le dije. Necesito acostumbrarme. El silenció se posó entre nosotros, como una ráfaga de potente engaño, igual que una falsa sensación de tranquilidad. Carlos miraba al techo y jugaba con las formas que el humo imaginaba. Se sirvió una copa y la mantuvo en la palma de su mano no sé cuánto tiempo. Yo apuré mi trago. Minutos después, Carlos salió con paso cansino, él también abatido, él también derrotado.

Capítulo III

Meses después de esa visita de Carlos decidí vender la casa. Habían pasado varias semanas en los que no había hecho absolutamente nada: el tiempo solamente lo sentimos cuando nos duele. Decidí pedir una licencia temporal en la universidad. Torrentera no puso objeción alguna y hasta pude ver en su sonrisa una pequeña mueca de satisfacción. La verdad es que a mí tampoco me haría mal alejarme de ese mundillo durante un tiempo. Me encerré en mi habitación y le pedí a Paulina que se encargara de todo lo concerniente a mi nueva novela. Las críticas habían sido buenas, pero sin exagerar. Mi amigo Juan Ignacio Laponte, de la sección cultural de Reforma, me había calificado como el mejor escritor de la década pasada y hablaba de la novela y de mi obra en términos por demás elogiosos. Le marqué para agradecerle la reseña y prometí enviarle un ejemplar dedicado. Pero no todo era miel

sobre hojuelas. Pablo Beltrones, de La Jornada, se había mostrado "poco menos que emocionado" al final de la novela. Rodrigo Montenegro, de Letras Vivas, había escrito que mi libro merecía estar en la mesa de novedades un par de semanas…y hasta ahí. Pero aparte de esas dos reseñas todas las demás habían sido positivas. Cada dos semanas de esos seis meses en los que me encerré en la casa me llegaba un cheque con las regalías. No quería salir a ningún lado y eran el chofer y la criada quienes se encargaban de comprar las cosas para la casa. En un corto espacio de tiempo recibí, exactamente, treinta y nueve llamadas del agente Bejarano para informarme de la investigación en torno a mi familia. Además, pasé tres mil doscientos doce minutos pensando en el nuevo libro que escribiría; cuatro mil doscientos minutos pensando en si Soledad había sido la causante de todo esto, y veinte mil ciento cuarenta especulando el porqué Beatriz y los niños no aparecían. La principal de ellas tenía que ver, por supuesto, con Aparicio Huerta. Era un sujeto desagradable, bajo de estatura, labios partidos, ojos cafés y complexión robusta. Era contador, y por lo que Beatriz me contó, pocas veces pasó un rato agradable con él. Hasta la fecha ignoro las razones por las que ella había aceptado iniciar una relación con Huerta. Solamente lo había visto una sola vez. Beatriz y yo estábamos caminando por el Centro de la ciudad cuando ella lo señaló. Ahí va Huerta, me dijo. Lo miré con desprecio. Segundos después desapareció de nuestra vista. Y ahora no podía dejar de preguntarme si en verdad Huerta sería capaz de algo así. ¿Habría cumplido su promesa de ir detrás de Beatriz? Y de ser el caso, ¿por qué se había llevado también a mis hijos?

El tiempo sobrante lo pasé bebiendo, viendo películas en la televisión, alimentando al gato, recibiendo algunas visitas esporádicas (Carlos vino a la casa diecisiete veces, de las cuales terminamos borrachos en doce ocasiones) y haciendo traducciones de algunos poetas norteamericanos, que enviaba a la revista de la universidad. De vez en cuando me seguían llegando cartas con dinero en las que los estudiantes me pedían que corrigiera tal o cual texto, o que les criticara algún cuento de su autoría. Contesté todas y cada una de ellas. Tenía que hacerlo porque de cierta manera me sentía responsable al dejar a mis estudiantes de manera tan intempestiva a cargo de mi adjunto. El dinero, por supuesto, no lo aceptaba. Recibí docenas y docenas de correos electrónicos agradeciendo mis correcciones y recomendaciones. Contesté todos. Algunos estudiantes de maestría acudieron a mi casa para entregarme sus tesis o pedirme consejo respecto a algún tema intrincado. Unos pocos se mostraron amables, pero otros me veían extrañados. Una alumna no quiso entrar a mi casa y tuve que darle asesoría en la calle. No la culpé, ni me sentí como un bicho raro. Por medio de Carlos me había enterado de las inverosímiles historias que se decían de mí. Que me había vuelto loco, que yo era en realidad quien había desaparecido a mi familia, que mi familia estaba a salvo y que en realidad yo estaba escribiendo mi obra definitiva. Carlos me decía que él no rebatía nada, pero esto no era verdad. El secreto es la prueba del confidente. Es difícil mantener un secreto a menos que su revelación lleve consigo consecuencias de vida o muerte. Carlos se hacía el interesante con mi vida y, a pesar de ya no trabajar formalmente conmigo, yo le seguía pagando. A veces me ayudaba con traducciones o corregía algunos artículos que le encargaba. Era eficiente.

Su ambición, como la mía, era llegar estar sentado en la silla de Torrentera

Por mi parte, no le puedo atribuir a ningún suceso extraordinario el hecho de que, desde hace quince años yo decidiera encerrarme en un cubículo a descifrar las intenciones manifiestas o veladas de los escritores. Me había especializado en un área de reciente creación, que al principio había generado dudas, pero que después había mostrado ser, cuando menos, interesante: la Psicología Literaria. Entre otras muchas responsabilidades me dedicaba a analizar la psique de escritores y personajes cuya vida había sido tormentosa. Rimbaud tenía que ser el principal sujeto de mis investigaciones. Me tardé siete meses en escribir un ensayo de sesenta páginas, analizando cada acción volátil, inexplicable o misteriosa del poeta. Recibí el Premio a la Excelencia de Investigación que otorgaba la universidad. Además de cien mil pesos, que usé junto a lo que ya tenía guardado, para comprarle a Beatriz una camioneta nueva y a Soledad un collar y un perfume, ambos carísimos. Las dos se mostraron agradecidas, y tuve que trabajar el doble en la cama. Después de eso, tres alumnos de la licenciatura en Letras decidieron irse a estudiar Psicología Literaria a la Universidad de Ausbrown, pionera en este tipo de investigaciones.

Paulina me visitó siete veces en un lapso de unas pocas semanas, todas y cada una de ellas para invitarme a un evento literario. Me decía que no le importaba que no presentara mi novela (para este tiempo ya tendría que haberla presentado doce veces en diversos foros y ferias literarias), sino que lo que realmente le preocupaba era que no sabíamos nada de Beatriz y de los niños. ¿Estás escribiendo algo? me preguntó, después de contarle que los últimos

días habían sido especialmente difíciles: había encontrado el álbum de fotografías de nuestra boda y de los nacimientos de Guillermo y Diego. Le dije que estaba pensando en escribir una nueva novela a raíz de todo lo que me estaba sucediendo. Ella creía que no era una buena idea. Pero ¿qué es lo que se suponía que iba a hacer? No tenía nada, excepto mi trabajo. Solamente manteniéndome alerta y atento podía olvidar, al menos durante unas horas, la pena que me embargaba y que me aprisionaba. Era como vivir el eco de una desgracia, repetida al infinito por el tiempo y el espacio. Quería mantenerme distraído y fuera de mí: llegué a pedirles a los estudiantes que me mandaran más cuentos, más poemas, más trabajo. Me afané en corregir cada punto y cada coma de las tesis que me enviaban: recibir un mamotreto de setecientas páginas aliviaba mi dolor. Antes creía que la simpleza era la mejor arma contra la obscuridad. Ahora le confiaba a miles de palabras una salida para mi dolor. Comencé a pedirles a mis colegas que, si tenían trabajos de alumnos que no tuvieran tiempo de corregir, me los enviaran. De esta forma, releí a Víctor Hugo, a Faulkner, a Homero, y a tantos autores que había olvidado. Mis colegas me lo agradecieron con algunas botellas de vino. Trabajaba por las mañanas y por las tardes, con el gato negro de ojos verdes en mi regazo. Se llamaba Elías, según la placa que llevaba colgada en el cuello. Era un animal tranquilo y por eso decidí adoptarlo. A veces se me quedaba mirando ensimismado en el trabajo que hacía y hasta comencé a pensar que, después de todo, ese gato entendía lo que me sucedía. Que de alguna manera expiaba mi dolor. En esos meses de encierro, el animal nunca me importunó, y tampoco exigió que le pusiera demasiada atención. Era un acompañante fiel y llegué a tomarle cari-

ño. Por alguna razón no comía la comida especial para gatos que anunciaban en la televisión. Tal vez mi gato fuese uno de esos dos que preferían comer otra cosa. Dormía conmigo, del lado de Beatriz. Y cuando yo decidía dormir en el cuarto de los niños, Elías se alternaba entre una cama y otra. Si yo dormía en la de Diego, Elías dormía en la de Guillermo. Su presencia llenaba un espacio y contribuyó a disminuir mi atención hacia esos pequeños detalles que, de pronto, sin querer, aparecían ante mí y me recordaban lo que había perdido: concentraciones inoportunas de la memoria, olas de un mar furioso que me tomaba desprevenido. Algunas noches Elías me despertaba. Lo encontraba sentado en mi vientre, observándome. Le preguntaba si le sucedía algo, pero solamente recibía un maullido. Un día decidió meterse conmigo en la regadera. Para entonces ya habían pasado unos dos meses desde la desaparición de Beatriz y los niños. Lo enjaboné y lo sequé. Olía a limpio. Me pareció un buen augurio.

Capítulo IV

Creo que era lunes cuando aquel manuscrito llegó a la puerta de la casa. No era como los demás que había recibido. Ni antes ni después de la desaparición de mi familia. Estaba sentado en la cocina, bebiendo café, cuando tocaron el timbre. Matilde, la criada, fue a abrir. Regresó con un sobre amarillento y gigante. Lo dejó frente a mí, pero no lo abrí. ¿Quién se lo entregó?, le pregunté. Nadie, doctor, estaba en el piso.

Fui al jardín a buscar al gato y como el animal no apareció por ningún lado, decidí prender la televisión. Para las tres de la tarde ya estaba borracho. Matilde se despidió y yo pasé la cerradura de la casa. No recuerdo exactamente cuánto tiempo transcurrió, pero debieron ser unas cuantas horas después de que se fue Matilde, cuando sonó el teléfono. Lento, como si tuviera un caparazón en la espalda, fui hacia el aparato y lo levanté. Al principio escuché pura

estática pero, a lo lejos, como un susurro, una voz decía, *"Profesor, profesor, profesor"*. La voz se fue apagando hasta que el teléfono ya no dio línea. Supuse que era una broma de algún estudiante. Solamente en dos ocasiones había tenido problemas con alumnos. La primera cuando comenzaba mi carrera académica y un estudiante de últimos semestres fue al Comité Universitario a reclamar debido a que lo había reprobado en un ensayo acerca de Octavio Paz. La cosa, creí yo, no iba a pasar de ahí, especialmente después de que los miembros del Comité apoyaron mi decisión. Tenía que cursar otra vez la materia. Pasarían unas dos semanas cuando el mismo alumno se presentó en la puerta de mi casa (en ese tiempo no había conocido todavía a Beatriz) con un cuchillo y un ladrillo en la mano. Estaba completamente borracho y dijo que si no aprobaba mi materia, lo expulsarían de la universidad. Balbuceó algo acerca de sus padres y lo mal que le había ido en la vida. Ese día yo no estaba solo en la casa, y quien me acompañaba le habló a la seguridad del condominio para que se lo llevaran. No he vuelto a saber de él.

La segunda ocasión estuvo vinculada a Soledad. Una estudiante, al parecer amiga suya, comenzó a chantajearme con decirle a mi esposa acerca de mi relación. Inquirí a Soledad. ¿Qué hacía contándole a una niña de veintitantos años nuestra vida privada? No me amedrenté. Esos días estuvieron marcados por una presencia constante en mi vida: un terror real y tangible. Mi matrimonio con Beatriz no tenía ningún defecto. Enfrentábamos los problemas de cualquier pareja, pero nunca habíamos tenido una dificultad verdaderamente seria que nos llevara siquiera a pensar en el divorcio. Días después Soledad se apareció en mi cubículo. Que lo único que la vieja aquella

quería para no revelar mi relación con Soledad era dinero. Cinco mil pesos. La cantidad me pareció ridícula. Hubiera pagado lo que fuera. A partir de ese momento dejé de ver a Soledad durante unos meses. No podía arriesgar lo que tenía con Beatriz por una niña. Durante algunas semanas no pensé en ella y ella tampoco se comunicó conmigo. Pero el recuerdo de sus pechos y sus muslos fueron demasiado. Restablecería mi relación con Soledad bajo una sola condición: mantenerla bajo el más estricto secreto. Yo no tenía ningún problema con que Carlos lo supiera, pero ignoraba quiénes eran las personas a las que Soledad se los había confiado. Desde ese momento no he vuelto a tener ninguna dificultad por mi relación con Soledad ni con alumno alguno.

Soledad es una mujer madura, que sabe lo que hace. ¿Por qué entonces no le había hablado? El trabajo me consumía y el alcohol también. Mi familia no aparecía por ningún lado, y cada día que pasaba sin saber nada de ellos, mi desesperación aumentaba. Recorría la casa con la esperanza de verlos vivos o recordar algún suceso intrascendente pero que en estos momentos me pareciera el mejor de los regalos. Lo que más me angustiaba era el destino de los niños. Guillermo y Diego estaban indefensos. No conocían el mundo ni nada de lo que contenía. Los imaginé llorando en un lugar obscuro, abrazados el uno al otro, perdidos y a la deriva en un mar que desprotegía su inocencia. Si me llegase a enterar que Huerta les había hecho algo, lo mataría. De ello estaba seguro y no había nada que pudiera convencerme de lo contrario.

Pensé en que Soledad, a estas alturas, ya se habría enterado detalladamente de mi triste situación y había preferido dejarme en paz, al menos por un tiempo. Yo

sabía que bastaba una llamada para tenerla en la puerta de mi casa, exquisita, vulnerable, cercana. Pero no era el momento. Pensé en las diferencias abismales que nos separaban pero que, a la vez, nos unían. No querría contarle mis desgracias, y tampoco quería me viera así, destruido, cabizbajo, con el corazón contrito. Soledad se había enamorado de mi jovialidad y energía, y nunca pensé en mostrarle mi otro lado, aquel que solamente está reservado para la mujer que pretende quedarse contigo el resto de tu vida. Hay dos mitades que todos tenemos. Solamente una le podemos mostrar al mundo. Soledad me conocía incompleto, como otras tantas personas en mi vida. Había una parte vulnerable en mi ser que no podía enseñarle. Simplemente no podía. Tal vez esta era la verdadera razón del porqué no había recibido ni una sola llamada de ella, ni yo había intentado marcarle.

El teléfono volvió a sonar. No contesté. Frente a mí había un ejemplar de mi nueva novela, *Conquistas*. ¿La habría dejado Paulina ahí? ¿Matilde? Ese libro era el que más trabajo me había costado escribir. Al principio me resistí a creerlo, pero aquellas palabras que había puesto, una sobre otra, con un deseo tan ferviente de acabarla, se parecían en cierto sentido a mi situación actual. Qué desafortunada coincidencia. La realidad copiando literatura. Si algo había descubierto en la novela era que se trataba de un género engañoso. Que tiene el carácter de una mujer caprichosa y libre. A veces la literatura se había transformado en el peor de mis enemigos. Luego, en el más leal de los aliados. Y la novela que había escrito tenía visos de misterio: me resultaba difícil creer que yo hubiese podido escribir una historia así. Pero era verdad. Aquella novela había sido el reto más difícil en mi carrera. Se me había escapado de las

manos varias veces, al grado de querer borrarla o echarla al fuego. Pero a la vez que la odiaba, también la quería conmigo. Se la pasé a varios colegas y a mi editora. A todos les gustó. Pero a mí me parecía que tenía algo de siniestra, algo de perturbadora. Desde que había comenzado a escribirla no había podido dormir del todo bien. Me despertaba sudando, jadeando, como si hubiese corrido muchos kilómetros. Me despertaba con un movimiento brusco, que despertaba, a su vez, a Beatriz. Yo me sentaba al borde de la cama y ella me abrazaba por los hombros. La obscuridad nos envolvía como una sábana inmensa. Yo sentía a mi mujer en cada poro de mi piel. Y ella me decía que no pasaba nada, que lo que tuviera adentro de mí lo dejara ir. Esos consejos nocturnos lograron calmar una parte de mis ansias, pero no todas. Escribía con furia, frenético, como si algo me empujara a hacerlo, como si el tiempo se me estuviese acabando. La máquina de escribir me obsesionó. Escribí aquella novela, de más de cuatrocientas páginas, en un mes y medio. Trabajé durante horas y horas, como buscando respuestas, acaso sabiendo que si no la terminaba en el menor tiempo posible, todo se iría al traste. Además, casi no necesitó de correcciones y la crítica estaba siendo, con algunas excepciones, positiva. Algo sucedió dentro de mí que no podía explicar. ¿Me había convertido ya en un verdadero escritor? ¿Por qué me obsesionó terminar esa novela cuanto antes? ¿Qué es lo que guardaba en sus entrañas para haberla escrito tan apuradamente, tan febrilmente? Hasta antes de *Fantasmas*, yo era un escritor que se tomaba su tiempo. Después de concluir, por ejemplo, *Corazón* o *Las balas sagradas*, me había tomado unos meses para empezar a corregirlas. Me había tardado dos años en escribir *Corazón*, y dos años

dos meses para escribir *Las balas sagradas*. Con *Dulce silencio* tardé cuatro años.

Publiqué mi primera novela a los veinte, y si al principio resultó complicado, después de tantos años puedo decir que he aprendido el oficio a la perfección. Aún me quedan muchas cosas que entender, pero conozco bien lo que significa ser escritor. Empecé con muchas dudas y varias veces me pasó por la cabeza que no podía dedicarme a escribir. Que tenía que trabajar en algo que me diera de comer. Pensé en ser abogado o médico, pero no podía imaginarme en un despacho o en un consultorio. Ni la corbata ni la bata blanca formaban parte de mi futuro. Se me vino a la cabeza dedicarme a la enseñanza. La idea, al principio, me pareció chocante. Si bien yo no era el más estúpido de la clase, mis calificaciones tampoco eran excepcionales. Fue un profesor en la maestría el que me instó a intentarlo. Regresando de Estados Unidos tomé un trabajo en la universidad y me he enamorado de la docencia.

Siempre soñé con tener a mi lado a algún escritor que me guiara, pero no conocía a ninguno. No fue sino hasta después de publicar mi poemario, *Gritos lanzados*, cuando una pequeña pandilla de escritores se me fue acercando. Al primero que conocí fue a Everardo Tomás. Nacido un año antes que yo, Everardo Tomás había tomado un lugar importante en la literatura mexicana. Traducido a veinte idiomas, es el único que ha estado en todas mis presentaciones, ya sea como invitado o expositor. Como aficionado a la astronomía, siempre que podía me describía con exactitud y esmero los nuevos descubrimientos científicos. Me dejaba la revista *Science* en mi casa cada mes. Le apasionaba, especialmente, el misterio de los agu-

jeros negros. Su interés por esas extrañas manifestaciones espaciales era tanto como su amor por las letras. Su esposa era una mujer encantadora, que siempre tenía una palabra de aliento para mí. De hecho, una de las primeras llamadas que recibí después de la desaparición de Beatriz fue la de ellos. Después vinieron otros.

A él también le sorprendió la velocidad con la que escribí *Conquistas* y me confesó que le había parecido una excelente novela, pues tenía en su centro una especie de abismo que abrazaba al lector. El mismo impulso que usaste para escribirla, Mariano, es la misma fuerza con la que la leemos. Es apasionante y te atrapa desde el primer instante. Las partes más tristes son los monólogos del protagonista respecto a su pasado y a la familia que perdió. Si no te conociera, diría que has pasado por una experiencia similar. Se siente tan real y tan viva que parece que hay una fuerza oculta que ronda las palabras y las alimenta. Everardo tenía razón. A mí también me parecía que solamente un hombre que había vivido aquello sería capaz de describirlo con tanta precisión. Desde que comencé a esbozarla, y hasta que le puse el punto final, no me he podido sacar de la cabeza que la experiencia narrativa de la novela es sumamente real. El haberla escrito me llevó a lugares que no creí que existían; y en otras ocasiones, a lugares que creí que había olvidado. Las palabras que puse, una tras otra, representaron un trabajo arduo y alucinante. Beatriz me veía trabajar como un loco y lo único que ella alcanzaba a hacer en aquellas frenéticas tardes de trabajo, era ponerme un café en mi mesa de trabajo y alguna nota indicando a donde iba (yo había perdido por completo el interés en nuestra vida en común), o dejándome algún detalle. Eso renovaba mis fuerzas para escribir. No es que

me costara trabajo hacerlo, pero me provocaba una sensación extraña, como de estar viviendo bajo una emoción constante. A pesar de que al principio tuve dudas respecto al carácter del protagonista, después todo fue aclarándose, igual que cuando vemos el sol despuntar. De pronto, todo fue claridad: la vida del personaje se apersonó, sus pasiones, fobias y vicios, también. Sabía que tenía frente a mí una historia de ficción, pero sumamente real. La narración no es otra cosa que la imaginación convertida en relato. Y yo había conseguido iluminar a la perfección el débil carácter de un hombre.

Beatriz era siempre la primera –Carlos era el segundo- en corregir mis novelas. Le entregaba un manuscrito y ella se ponía a trabajar. Me lo entregaba sucio, con tachones, con remedos, igual que un sastre cuando parcha algunas visiones ominosas que las prendas llevan. Yo recibía orgulloso, pero curioso y dubitativo, aquellos manuscritos corregidos. Beatriz tenía la extraordinaria virtud de darle un buen giro a la historia o de tachar párrafos que no hacían sentido. La insté a que escribiera algo, pero nunca quiso. Decía que le gustaba corregir y pensar en sentidos diferentes para cualquier historia, pero que nunca se atrevería a escribir algo con su nombre. Es terrible, me decía, compartir con desconocidos lo que sientes. Es la peor forma de vulnerabilidad, es como entregarle al mundo las llaves de algo que solo tú conoces. Lo extraño de todo esto, sin embargo, fue que mi esposa no me dijo nada cuando leyó la novela. Casi no la había corregido y eso me llevó a pensar en que algo andaba mal. ¿Cómo era posible que Beatriz, antes emperadora cruel con mis letras, se presentara ahora con la mansedumbre del perro fiel? Recuerdo que una noche quise decírselo, pero algo (tal vez los ni-

ños) suprimió mis intenciones. Ahora me arrepiento de no haberlo hecho. Quisiera preguntarle el porqué de su silencio, el porqué no había corregido casi ninguna palabra, el porqué no me expresó su opinión. ¿Era su forma de decirme: no lo hagas que revelas nuestros secretos de alcoba; nuestra vida y nuestro amor? ¿Estaba relacionado ese silencio, esa abulia, con su desaparición? No podía creerlo. No, porque yo nunca había creído en misticismos, desapariciones extrañas o apariciones sin sentido. Si bien el mundo ofrecía casualidades, muchas de estas podían resolverse con un poco de lógica o menos de ciencia. El ser humano había dominado casi todas las estelas misteriosas que se podían presentar. Ya no mirábamos al cielo en busca de respuestas, sino en nuestro cerebro, en nuestros métodos de medición, en nuestras certezas adquiridas tiempo atrás. Tampoco es que confiara ciegamente en las verdades. Yo aborrecía a la Iglesia y a cualquier organización que externara un mensaje redentor. Quizá por ello no me dediqué a la política ni a su difícil manera de cerrar pactos sin cerrarlos. Para mí, la política no era más que un mensaje burdo, velado y encapsulado. Beatriz no entendía del todo mi aversión hacia la iglesia o la política, y cada vez que venía al caso me decía que rezara por la salvación de alguna persona moribunda o el rescate de algún enfermo de las garras de la muerte. Lo hacía de buena gana, y más por no enfrentarme a su ceño fruncido, que a una verdadera devoción hacia alguna existencia incorpórea que me veía y me juzgaba. Diego y Guillermo ya habían adquirido suficiente doctrina católica en la escuela como para que, encima, tuviese unos padres cuidadosos del rito y sus formalismos. Beatriz era una mujer piadosa, aunque no del todo religiosa. Rezaba únicamente –estoy seguro- por si

realmente servía de algo. En fin: si yo toleraba la educación religiosa en la vida de mis hijos era únicamente porque representaba un buen compendio de valores cívicos. Pero hasta ahí.

No recuerdo qué es lo que estaba pensando ese lunes cuando llegó el manuscrito en un sobre amarillento. Lo cierto es que no lo abrí hasta el martes cuando, cansado y solo en la cocina, bebía café. No venía el remitente y tampoco una fecha o indicación del lugar del que lo habían mandado. Era un manuscrito impreso como cualquier otro, común y corriente, sin alguna característica que lo distinguiera de los demás. Calculé que tendría, como mínimo, una doscientas cincuenta páginas. Las hojas estaban dentro de una carpeta negra de pasta dura. No olía a nada. Al abrirlo, encontré una oración que usé en mi novela *Las balas sagradas*. Era una frase del reconocido escritor mexicano Gerardo Laveaga (a quien no había tenido todavía el gusto de conocer): *¿Te parece meritorio haber incendiado el mundo para ver qué podemos aprovechar de sus cenizas?* Esa frase venía de su libro *El sueño de Inocencio*. Vaya coincidencia, dije en voz alta, pero después de pensarlo un poco, llegué a la conclusión de que muchas personas habían leído aquel libro y que a muchas les pudo haber gustado esa frase, ese preciso orden en las palabras. No venía el nombre del autor. Hurgué en el manuscrito, buscando algo que me dijera quién había escrito aquello, pero no encontré ni una sola señal. Comencé a leerlo. Me pareció familiar. Las frases lapidarias de los personajes y la voz lastimera del narrador coincidían en un estilo único, indiscutiblemente original: el mío. Eran mis palabras, pero yo no recordaba haberlas escrito. Empezaba así:

Aún después de lo que sentimos, hemos sobrevivido. No hay más placer que encontrarse completamente solo y destruido. Nuestras batallas fracasaron. Nuestro dolor ha vencido.

Tengo que admitir que me gustó el principio. Definitivamente era algo que yo podía haber escrito. Pero el manuscrito me puso en alerta. ¿Quién lo había enviado? ¿Por qué? Mi primer impulso, en lugar de leerlo, fue buscar en él alguna pista que me dijera de dónde había surgido o quién lo había mandado. No encontré nada. Quizá si lo leyera pudiera descifrar algo, aunque fuera su propio significado. Aquel texto estaba maravillosamente escrito y quedé prendado de su historia desde la primera página. Las metáforas eclosionaban de forma natural; la musicalidad en los párrafos me llevó a pensar que se trataba de un poema inmenso; la solidez de los adjetivos culminaba en una descripción sobria pero elegante, y los cambios entre primera y tercera persona ayudaban a conferirle al lector todos los ángulos emocionales de los personajes. La persona que lo había escrito era, sin duda, un profesional.

La historia que narraba el manuscrito se parecía tanto a mi vida que no pude evitar sonreír y, a la vez, preocuparme. Parecía como si yo fuese el protagonista de la historia: sentía lo mismo que yo, parecía que su tragedia era la mía, que le gustaba hacer lo mismo que yo. Sus pasos eran los míos. Narraba lo que yo había hecho en el día, y lo que yo pensaba por las noches. Ensimismado por la lectura de la novela, no pude parar hasta que ella misma me lo prohibió: la lectura del manuscrito se detenía abruptamente. Me encontré con una página en blanco. Súbita e inexplicablemente.

Entonces me di cuenta que todo mi hogar estaba infestado por una nostalgia tan feroz y real que admitir su

presencia resaltaba mi dolor. Beatriz y los niños habitaban la casa, le daban un espacio de verosimilitud y coherencia, de felicidad y completitud. Y ahora no había nada. ¿O sí?

La noche se apersonó en mi casa. La sentí pesada. Un vaho monstruoso. Pensé en emborracharme, pero no me moví de donde estaba. En la última semana no había recibido llamada alguna de Bejarano y mis esperanzas de encontrar a mi familia decaían poco a poco. La policía había descartado el secuestro. Nadie había pedido un rescate, nadie había llamado para informarnos que los tenían. Las veces que hablé con la madre de Beatriz me topé con una amabilidad fría y distante. Ella sabía que no era mi culpa, pero de cierto modo me culpaba. Aunque fuera porque no había estado con ella en el momento de su desaparición. Pero lo que más me asombraba era el vacío en que Beatriz me había dejado: era un territorio que creía haber olvidando con el tiempo, especialmente a raíz de la muerte de mi padre. Ese acontecimiento había sido el más duro en toda mi vida. Perder a mi padre fue perder mi astrolabio. Era él quien me decía a dónde ir, por dónde caminar, la dirección del viento, el largo de las sombras. De alguna forma, él sabía qué decirle a su hijo para que este no se desviara del camino. Tenía trazada una idea para mí, un plan perfecto. Pero todo se fue al garete con su muerte. Todo desapareció de pronto y una larga nostalgia se posó sobre mí durante aquellos años. Aprendí a lidiar con ella y si me hice escritor fue, precisamente, por ese terrible suceso. A mí alrededor todo fue cambiando. Me fui sumiendo en la oscuridad. No quería hablar con nadie y no quería que nadie me hablara. Cuando salí de mi caparazón, el mundo se había transformado. Era ya un hombre hecho y derecho, y había concluido mis estudios en la universidad. La muerte de mi

padre me convirtió en un ser independiente y hostil. Fueron esos años de desolación y de entrega al dolor los que me convirtieron en escritor. Justo como ahora: estaba en un túnel oblongo, sólido y lóbrego, que no me dejaba salir.

Al principio, la soledad de estar ante una máquina de escribir me pareció el mejor remedio para asimilar el pasado, pero ahora era como estar atado a una piedra que no me quería dejar ir. No me espantó la soledad porque yo ya estaba acostumbrado a ella. De alguna forma fui un autodidacta sentimental. Yo era el sujeto de prueba. Yo era el conejillo de indias. Me obsesioné con anotar en un cuaderno azul cada cosa que sentía. Desde el rechazo de una mujer, hasta las sensaciones que tenía cuando veía un pájaro. Fue una época de completa soledad. Mi madre se transformó en una presencia necesaria, amable pero invisible. La mujer también había quedado envuelta en luto. A diferencia del mío, el suyo estaba expuesto ante todos. Le fue leal a la memoria de mi padre hasta el último momento de su vida. Su partida no me afectó tanto como la de mi padre. Y no porque no la quisiera, sino porque su muerte fue un lento anuncio que duró dos años. Le detectaron cáncer y su cuerpo no resistió la batalla. Yo ya había pasado por la trágica muerte de mi padre y la de mi madre fue solamente el último clavo en mi ataúd. El mundo era mi enemigo. Pensaba que mi única misión en la vida había consistido, hasta ese momento, en asistir al espectáculo de mis desgracias: en ver cómo las dos personas que me habían creado se esfumaban, igual que el tiempo, igual que el día. Para cuando publiqué mi primera novela, yo ya había adquirido un estilo propio. Tenía la marca del dolor. Cada letra me había costado sangre. Tuvieron que pasar algunos años para que la crítica me pusiera atención. Yo sabía que

el oficio de escribir solamente se daría con los años, pero que había que comenzar cuanto antes. De alguna manera las letras me salvaron, pero también me condenaron a examinarme cada vez que iniciaba un nuevo texto. Mi juventud fue un ocaso constante. Mi madurez fue, en cambio, hasta el momento de la desaparición de Beatriz y de mis hijos, un amanecer frecuente: estaba ahora a punto, sin embargo, de entrar nuevamente en la oscuridad.

Capítulo V

Al día siguiente de la aparición del sobre con el manuscrito le hablé a Soledad. Te necesito, le dije. Lo sé, respondió, te veo en tu casa a las ocho de la noche. Colgó. Recordé su espalda, un espacio blancuzco teñido de erotismo. Los huesos de ese espacio, su espalda, eran una orografía de placer. De mi placer. Cuando se desnudaba le pedía que se pusiera en cuatro patas para que pudiera lamerle esas dos montañas, los huesos que se expresaban cuando estaba así, accidentes epidérmicos que sulfuraban mis manías y alentaban las suyas: la acariciaba y descubría en su piel una forma animosa de olvido. Soledad. Soledad. Soledad. Cuánta compañía me había hecho antes, y lo haría ahora, que tanto la necesitaba. Si en verdad cumplía su promesa de aparecerse por mi casa a las ocho de la noche, sería la segunda vez que pisaba este recinto, lugar familiar, vedado a toda forma de engaño. La imagen de Soledad elevó mi

espíritu. Por primera vez en varios meses, me rasuré. Me tardé más de lo usual, y aún así quedaron en mi mandíbula y en mi cuello rastrojos de vello facial. Fue necesaria una segunda pasada con el rastrillo para eliminarlos por completo. Me miré al espejo y vi dos cuencas vacías que me volteaban a ver. Había envejecido o eso me pareció. Las bolsas debajo de mis ojos eran testimonio de lo que había vivido en los últimos meses.

En algunas ocasiones, por las noches, visitaba el cuarto de los niños y me quedaba ahí sin hacer nada. Yo estaba seguro que esa misma habitación también me devolvía la mirada, y que vivía, que respiraba, que sabía de mi dolor, al igual que Elías, el gato negro de ojos verdes que aún vivía conmigo. Era la única presencia constante en mi vida. Todas las demás eran apariciones que se materializaban frente a mis ojos: fantasmas del pasado o del porvenir. Veía a Beatriz arreglarse frente al espejo, sonriendo y preguntando qué tal se veía. Miraba a los niños correr frente a mí, tratando de llamar mi atención, jugando a ser héroes, imaginando aventuras. A veces me parecían tan reales que me soltaba a llorar. Bastaba que mi cabeza encontrara algún recuerdo superficial para que todo se volviese real, triste. Tristemente real. Cada centímetro de su ausencia se correspondía con cada centímetro de mi dolor. El llanto me cogía desprevenido en cualquier lugar de la casa. Poco a poco, sin embargo, fui aprendiendo a vivir sin ellos. En los primeros meses me costaba trabajo encontrar mi cama vacía, la casa en completo silencio. Después creí ir entendiendo el significado de estar solo. Ahora, sin embargo, no sé cuál es ese significado. Si el trabajo se me acababa, me buscaba de inmediato algo que hacer. Para dormir, algunas noches tomaba Xanax, que el médico le había recetado

a Beatriz. Aquella pastillita morada me tumbaba durante diez horas seguidas. Amanecía recuperado, aunque sabedor de lo que ocurría a mí alrededor. Además, tomaba un antidepresivo, Ferter.

Mi cheque quincenal seguía llegando y Paulina, mi editora, me daba buenas noticias respecto de la recepción de mi novela entre los lectores. Recibí sesenta y dos correos electrónicos, llenos de elogios, que llegaban a la editorial y que redirigían a mi bandeja de entrada. Por supuesto, contesté todos. Los que más me interesaban se centraban en la psique y patología de los personajes. Querían saber si me había sucedido algo similar, si podía explicarles a quien me refería, de dónde había obtenido el material para mí novela. ¿Había sido algo real? ¿Lo había sentido en carne viva? No me sorprendió que los lectores quisieran saber acerca de ello. Mi especialización en Psicología Literaria, aunada a un personaje extravagante y original, llevaba a quien leyera el libro a preguntarse por las motivaciones del escritor. El protagonista no tiene nombre y no porque no se me ocurriera ninguno (estuve tentado de ponérselo) sino porque nombrarlo hubiese significado concretarlo. Yo quería que el personaje principal pudiese ser cualquiera de nosotros. Ponerle nombre era identificarlo. No quería hacer eso. Sus motivaciones psicológicas iban de la mano con su ausencia nominativa. Estaba demente, sin duda, pero el amor que sentía hacia su mujer era tan grande que se solazaba, únicamente, en el recuerdo. A su alrededor van apareciendo misteriosos personajes, que no son sino manifestaciones de su conciencia enloquecida, de su endeble realidad. Así me sentía yo en estos momentos. Así de frágil. A mí alrededor todo cobraba formas deleznables; auténticos misterios. Yo sabía que si no hacía algo por mí

mismo, terminaría trastornado, un demente más en esta ciudad de fantasmas. La ciudad de México me parecía horripilante, un pantano gigante en el que teníamos que vivir porque aquí se procesaban cosas importantes. Planeé salir de mi casa, pero la idea me pareció absurda. No podía moverme. Mis piernas querían quedarse atascadas en la piedra de mi hogar, conviviendo con lo poco que aún tenía. El protagonista de *Conquistas* es consciente de su encierro, pero prefiere convivir con él. Acepta la soledad como una especie de redención. Paulina lo había advertido desde que terminó de leer la novela. En aquella ocasión (justo después de haber visto a Soledad) me confesó que el libro respiraba indefensión. Que el protagonista era, en verdad, un hombre sin rumbo. Después de releer yo mismo el texto, supe que todo el libro rezumaría tristeza. Que esa debía de ser la principal ocupación del protagonista. Mostrarse abatido. Contento con su derrota. Sabiendo que su mujer había muerto y que, desaparecida su figura, se suprimirían las esperanzas. A pesar de no saber nada de Beatriz y de los niños, yo no quería dejarlos ir aún. Sabía que estaban vivos, *que tenían que estarlo*, porque, simplemente, algo dentro de mí así me lo decía, así me lo había confesado yo mismo por las noches. Los fragmentos de nostalgia que nos asaltan anuncian un sentimiento: el mío consistía en saberme completamente abandonado.

Bajé por un vaso de whisky, que apuré con esmero. Y después otro. Y otro. Ahora el alcohol pasaba como agua por mi garganta, y se instalaba en mi ser atolondrado. Encontré algunas peticiones de estudiantes, y las abrí. Generalmente no hacia recomendaciones o correcciones en este estado, pero como no tenía nada mejor que hacer, comencé a contestarlas una a una. Ya habría tiempo de

arrepentirme el día de mañana si decidía no enviarlas. Garrapateé algunas cosas, señalé otras y taché otras cuantas. La pluma se cayó al piso y durante unos minutos solamente la observé ahí, como un animal tirado, que necesitaba mi ayuda. Al agacharme a levantarla, una gota de sangre cayó al piso. Me toqué la nariz (desde niño tenía accidentes de este tipo), pero la sangre no provenía de ahí. Pasé el dorso de la mano derecha por mi boca, y frente a mis ojos apareció un lago rojo. Fui al baño. Mis labios eran de un rojo intenso. Pensé por un momento que estaba maquillado. Escupí sangre al lavabo y salí. Tuve que regresar porque seguía sangrando. Estuve unos cinco minutos con la llave del lavabo prendida, haciendo buches con el agua y escupiéndolos. Regresé a la cocina para limpiar la gota de sangre que había caído, pero no la encontré. Supuse que el gato la había lamido. Me acomodé en mi sofá. La única vez que había sangrado tanto fue después de que Beatriz y yo, hace tiempo, habíamos peleado. No recuerdo con exactitud el motivo de la batalla (estoy seguro que se trató de una nimiedad) pero después de haber discutido, y echándole una última mirada, Beatriz me miró y abrió los ojos. Se llevó una mano a la nariz, y me señaló. Después, cariñosa, se acercó y me condujo al baño. Yo no me había dado cuenta del episodio y para cuando volteé a verme al espejo, toda mi camisa y mis pantalones se habían manchado de gotitas rojas, que al contacto con la tela se habían transformado en color marrón. Beatriz me lavó la cara y la nariz. Ese fue el final de nuestra pelea. La sangre nos había unido. Decidí servirme otro whisky. Comencé a buscar al gato, que encontré en la cocina, montado sobre una silla, intentando alcanzar las sardinas. En cuanto me vio, dio un salto y bajó. Le abrí una lata y se la tragó. Des-

pués, en un pequeño platón, le serví un poco de agua. El reloj daba las siete y media de la noche y Soledad pronto atravesaría la puerta de mi casa. Me bañé rápidamente, me volví a pasar la rasuradora por tercera vez en el día, y me puse un saco. Esa prenda me la había regalado la madre de Beatriz hacia un par de años y siempre que podía la usaba. Mi esposa me reñía amablemente, diciéndome que probablemente ese saco se convertiría en mi segunda piel. Lo llevaba a presentaciones y foros literarios. Un reportero llegó a preguntarme si tenía alguna especie de relación simbiótica o especial con el saco. Le dije que no, que simplemente me gustaba, imagínese, me lo regaló mi suegra. Risas. Después me arrepentí del comentario. Cuando Beatriz vio la entrevista, creí que comenzaría a gritarme. En su lugar, se partió de risa y me dio un beso en la mejilla. Entonces comprendí que amar a una mujer con todos sus defectos supondría una aventura corta, aunque esperanzadora: todo matrimonio no es más que una ilusión de convivencia. Me dijo que por su madre ni me preocupara, que era una mujer que sabía tomarse las cosas a la ligera. Mejor así, pensé. Una vez que me hube acicalado, y que me sentía seguro de mi imagen, bajé las escaleras. El sol ya casi se había puesto y los últimos rayos se metían por el ventanal que daba al jardín. En el rellano del último escalón, escuché un ruido. Sonaba a cosas cayendo al suelo, como un huracán ubicado en el piso de arriba. Cosas que caían o el parto de una furia. Fui a la cocina y cogí el cuchillo más largo que pude encontrar. Subí los escalones, uno a uno, cauteloso y expectante. Provenía del cuarto de los niños. El gato salió de una esquina y estuve a punto de patearlo. Mi corazón palpitaba con fuerza y conforme me acercaba a ese espacio sagrado y tan querido para mí, lo

único que escuchaba era una cascada de cosas que caían. Los sonidos se intercalaban entre sí, como una marea tormentosa, un almacén de ruidos. Me pegué a la pared. El interruptor del cuarto de los niños estaba a unos cuantos centímetros de mi mano. La puerta estaba entreabierta, por lo que no tuve problema en meter la mano, buscar el botón y prender la luz. Entré, intentando sorprender al intruso, pero no encontré a nadie. Con el rabillo del ojo me pareció advertir una presencia, alguien que estaba ahí, viéndome, pero al voltear en esa dirección, solamente aprecié un leve movimiento, como si el viento se hubiese personificado y desaparecido en un mismo instante. La ventana de los niños estaba abierta y por ahí se coló una ráfaga fría de viento que me orilló a una esquina. Jadeando y adolorido, sollocé. Me abracé con las manos y bajé la cabeza. La puse entre mis muslos. El gato estaba a mi lado y me tumbé junto a él cerca de la cama de Guillermo. Una hoja entró por la ventana. Entró también algún ruido de las calles. Me levanté y me asomé. Mi jardín estaba sumido en sombras. Más allá, la calle mostraba los automóviles que pasaban uno a uno, en una fila interminable. Cerré la ventana y, al hacerlo, pude ver, reflejado en el vidrio a Beatriz, con Guillermo y con Diego a su lado, tomándolos por los hombros, todos con expresión indiferente. Grité y cerré los ojos. Me volteé, con la obscuridad cerrada de mis párpados. Luego abrí los ojos y ya no encontré a nadie. Tragué saliva. Sudaba. Miré al techo, y después al piso, en un estado místico, cercano a una falsa espiritualidad que no podía entender del todo. ¿Me estaba volviendo loco? ¿Realmente escuché esas cosas que caían, esos ruidos inmisericordes, esas presencias tan reales? Volteé a ver mi reloj de muñeca. Eran las siete treinta y nueve. ¿Habían

pasado solamente nueve minutos? Imposible. Y sin embargo el reloj marcaba las siete treinta y nueve. Escuché el sonido de una verja oxidada que se abría. Esperé veinte minutos en total impaciencia. Prendí las luces de la casa, encendí el televisor, saqué unas cervezas del refrigerador, algo de botana, y esperé. El timbre sonó a las ocho y cuarto. Me levanté y fui al encuentro de Soledad.

Cuando abrí la puerta, ella me miró directamente a los ojos. Lo único que me dijo fue: traigo unos calzones rosas. Entró silenciosa a la casa, como un ladrón, a paso rápido. Cerré la puerta que daba a la calle, atravesé el jardín obscuro (eran las únicas luces de toda la casa que no había prendido) y cerré la puerta principal con llave. No había razón para que Soledad no se quedara a dormir conmigo. Se sentó, con el ceño fruncido, frente al televisor. Destapó una cerveza. Estás mal, me dijo. No le contesté, me senté junto a ella e intenté pasar mi mano sobre su cuello, pero no me dejó. ¿Por qué?, le pregunté, algo nervioso. No puedes vivir así y menos dejarme de hablar, ¿qué te pasa? ¿Estás bien? No, le respondí, nervioso por haber roto ese pacto conmigo mismo de no revelarle nada, mi mitad secreta, a quien no estuviese autorizado a ello. Me miró, inclinando la cabeza y mirándome, otra vez, a los ojos. En la universidad ya han comenzado a hablar, me dijo, supongo que ya lo sabes. Sí, le respondí, es verdad. He escuchado cosas, rumores, pero no son ciertos. Que digan lo que quieran. Te tengo a ti, le dije. Dicen que tú los mataste, susurró y acercó su boca a la mía. ¿Es cierto? ¿Eres el asesino que estoy buscando? Sus manos buscaron sus muslos, y fueron subiendo su falda. Parecían dos arañas automatizadas, que alguna señal invisible controlaba. Humedecí los labios con la punta de la lengua mientras

ella se sentaba a horcajadas en mis muslos. ¿Eres el asesino que estoy buscando?, me preguntó. Sí, sí, le respondí, extasiado. Con mis manos recorrí sus nalgas y las encontré igual de duras que la última vez. Ella quería coger en el sofá, pero me pidió que dejara la puerta de la casa abierta. Al principio me pareció una mala idea, pero después entendí que la posibilidad de ser descubiertos equivaldría a la sensación de estar desnudos: vulnerables ante los otros. Tenía un lunar en el glúteo derecho, y por ahí comencé a tocarla. La desnudé lo más rápido que pude, y encontré en su piel improntas sensuales de virginidad y erotismo: una alfaguara de sensaciones y fluidos, compenetrándose perfectamente hasta alcanzar un cénit delicioso, un reflejo perfecto de intimidad. Gritó más de lo normal cuando la penetré, y yo supe que era una actuación que le excitaba. En un mundo convertido en mercancía sexual, lo único que hizo Soledad aquella noche fue anunciarles a todos que nosotros éramos esclavos de algún tipo de mercadotecnia que incluía condones, posiciones sexuales extravagantes o situaciones actuadas que alimentaban el deseo, pero que no nos importaba. Esa puerta abierta podía ser también el vaivén de sus piernas abiertas o su entrega total hacia mí. Su idea trajo consecuencias, aunque muy menores. Ella estaba en cuatro patas, aullando no sé qué cosas (yo estaba concentrado en su espalda) cuando entró un niño. No tendría ni siquiera unos ocho años. Soledad no lo vio (tenía la cara pegada en el sofá), pero yo sí. Seguí en el acto, y hasta lo saludé, quitando mi mano derecha de la cintura de Soledad. El niño, cuya figura recortada por la luz del pasillo le daba un aire espectral, me devolvió el saludo y se llevó ambas manos a la boca. Se parecía tanto a Diego que por un momento me detuve. Creo que sonrió.

Llevaba un juguete. No se quedó más de unos segundos y salió, brincando. Mi amada levantó la vista y quizá pudo ver algo, como el atisbo de su sombra o el suspiro de su presencia. ¿Quién entró? ¿Quién era?, me preguntó, jadeando, vuelta la cara hacia mí, los pelos enredados, su cara de placer convertida en pregunta. Nadie, le respondí justo antes de venirme en el condón, nadie…

Desnuda y sudorosa, se tapó el regazo con un cojín. Prendió la televisión y después un cigarrillo. ¿Ya estás mejor?, me preguntó. Sí, le respondí. ¿Qué no te gustó? Me encantó, dijo, y dejó que las palabras templaran el aire. Pero me siento incómoda, no lo podemos volver a hacer aquí, por favor, me dijo. Noté remordimiento y culpa en su voz.

Me encontraba en una situación extraña. Soledad era ahora Beatriz, dama de mi hogar. Se había metido en mi casa anunciando sus prendas y ahora descansaba en mi sofá, prediciendo mis placeres. Sus senos eran más grandes que los de mi esposa, pero la cadencia y el ritmo de las palabras que me decía cuando hacía el amor eran más sublimes en Beatriz. He procurado, a lo largo de mi corta vida como amante, que las mujeres hablen cuando las toque. Me gusta que corrijan mi mano, que me den indicaciones, que giman. El sonido de una mujer es la puerta por excelencia de la pasión. El silencio disminuye mis ganas, rebaja mi espíritu. Si Soledad confundía autores cuando cogía, Beatriz los completaba cuando la montaba. No sé si mi esposa se preparaba para nuestros encuentros nocturnos. No me importaba. Beatriz conseguía excitarme con sus palabras; Soledad, con sus montañas. Minutos después, terminada una película en la televisión, Soledad volteó a verme y, después de un largo beso, me preguntó: ¿Seguro que tú no los desapareciste?

Capítulo VI

La veinteañera durmió en mi casa esa noche. Insistió en que debía de regresar con su padre, pero finalmente la convencí, arguyendo que ya tenía edad suficiente para pasar una sola noche fuera del lecho paterno. Tienes razón, me dijo. A la mañana siguiente se levantó en ropa interior y así anduvo durante todo el día. Desayunamos y volvimos a hacer el amor. Esto es vida, ¿no?, me preguntó. Yo alcancé a sonreír. Ahora, cuéntame qué es lo que en verdad sucedió. Suspiré. No había olvidado el dolor que surcaba mi ser y lo expandía hasta límites inimaginables Extrañaba a Beatriz y a mis hijos, y me sentía impotente y arrinconado. Hacía meses en que solamente pensaba en la desaparición de mi familia, y no esperaba que Soledad, con tanta insistencia, tocara el tema. ¿Qué quieres saber?, le pregunté. ¿La amas? ¿A mi esposa? Silencio. Claro que sí. ¿Por qué coges con otra, maricón? Porque me encan-

ta tu cuerpo y tu inteligencia, así de simple. ¿Por qué me pides explicaciones ahora? Soledad me miró en silencio, mientras le untaba mantequilla a un pan. Hay alguien más en mi vida. ¿No me digas?, le respondí, sarcástico. Sí, y con él no tendría que fingir que nos queremos. Aún no es nada serio, pero lo será, por eso todavía puedo acostarme contigo. Está bien, por mí está bien, le respondí, confundido. Una mujer es un mapa aherrojado de emociones.

Durante todo el tiempo que llevaba cogiendo con Soledad, siempre supuse que había alguien más en su vida. Pero eso no me importaba y hasta dónde podía ver, tampoco representaba ningún obstáculo para nuestra relación. Yo ya había pensado en esta posibilidad y sabía que tarde o temprano se materializaría. Tenía que estar preparado. Me mostré frío, intenté no darle importancia. ¿Y para cuándo crees que el susodicho…? No lo sé, barrigas, tal vez nunca, tal vez mañana, disfruta mientras puedes. Terminó de desayunar, se dio un baño (le pedí permiso para verla bañarse) y salió con prisa. Ojalá aparezcan pronto, me dijo, es una cosa terrible, y se perdió entre la ciudad.

Como siempre, busqué cosas que hacer: intenté ver la televisión, aprender a cocinar siguiendo recetas de un estúpido libro, jugar con el gato. Todo me aburrió. Me habló el Licenciado Bejarano, simplemente para informarme que Huerta no aparecía por ningún lado.

Apenas ayer había comenzado a garabatear en un cuaderno rojo una nueva novela. El intento me pareció absurdo y lo dejé sin apenas escribir nada. Las palabras sonaban flojas y abúlicas: eran el reflejo de un hombre a la deriva.

El sobre con el manuscrito que había recibido estaba en mi cuarto de trabajo (seguramente Matilde lo ha-

bía movido). No entré hasta mediodía porque se afanó en limpiar cada resquicio de ese espacio. Me informó que había llegado en un sobre amarillento otro manuscrito igual que el pasado. Después me di cuenta que era la continuación del anterior, el cual se cortaba inexplicablemente dejando únicamente una página en blanco y un montón de dudas desperdigadas. ¿Quién lo había dejado? Matilde no lo sabía. Lo había dejado en mi mesa de trabajo. Inmediatamente, lo abrí. Había algo en la atmósfera de la habitación que me ayudó a serenarme. Mis ojos comenzaron a recorrer las palabras. Parecía que era mi vida la que estaba escrita. Las coincidencias eran pasmosas. El personaje se llamaba Mario, su esposa, Blanca, y tenían dos hijos: Darío y Gerardo. Todo parecía dispuesto para contar mi vida desde otra óptica. El personaje era un escritor, fracasado, aspirante a académico, al que siempre le daban largas. Era como el negativo de mi vida, una visión negra de lo que yo era. La familia del personaje desaparecía desde principios del libro, cuando Mario va caminando por la acera y ve como un automóvil atropella a un inocente transeúnte. En ese momento, se da cuenta que su vida puede acabarse en ese preciso instante, igual que un copo de nieve que se disuelve, o una gota de lluvia que olvidamos. Algo crece al interior de Mario: una certeza, una duda, una fe. Cualquier cosa que haría trastabillar a un hombre de cuarenta y tantos años. Pasan los días pero él sigue sintiéndose igual: como un amasijo que el destino lleva a lugares insospechados, un muñeco dejado en cualquier puerta. Va a dar clases a su preparatoria mientras espera la respuesta de la universidad. Regaña a los alumnos rijosos, comienza a tener una relación con una estudiante de dieciséis años, Silvia, que desvirga. Silvia rompe en llanto la primera vez

que Mario la penetra, pero conforme sus encuentros se suceden, comienza el placer. La esposa de Mario, una burócrata venida a menos que trabaja en la Secretaría de Desarrollo Social, no sospecha nada. El protagonista, al principio, tiene unas ganas irrefrenables de contarle su pecado a su esposa, a la mujer que tanto ha amado. Decide usar la navaja de un rastrillo para cortarse las muñecas y los muslos. Ese es el dolor que vas a sentir si se lo cuentas, Mario, le dice el narrador. No vayas con Blanca porque si le revelas tu secreto todo se irá al caño. Una mierda muy voluminosa va a crecer en tu interior y vas a perderlo todo. Mejor quédate con Silvia y con Blanca. Puedes tenerlas a las dos. Carne experimentada y carne fresca. Mete tu humanidad en ellas. Hazlas sentir. Haz que se sienten bien. ¿No las quieres hacer sufrir, verdad Mario?

El estilo del manuscrito seguía siendo exquisito, y la mutación narrativa es obvia de la primera entrega a la segunda: de una historia cortejada por el desamparo pasa a una narración envuelta por lo psicológico. A lo largo del libro, el autor chantajea a Mario. De alguna forma lo aborrece. Actúa como un Dios cruel que lo deshace y lo rehace y lo empuja a cometer actos incorrectos. Por ejemplo, Mario sabe que sus alumnos entran drogados al salón. Es Ernesto, el malo de la clase, quien les vende las drogas. Mario está decidido a ir con la autoridad del colegio y con la policía para acabar con la situación, pero Ernesto compra su silencio, otorgándole, cada mes, tres mil pesos mensuales. Este dinero no proviene de Ernesto, que gana muy poco con lo que vende, pero del matón de la zona. Mario nunca lo ha visto, ni quiere verlo. Después que piensa que su vida ha comenzado a tomar una ruta estable, su familia desaparece. Así, sin la más mínima pista, sin algo que le

indique a Mario el lugar en el que se encuentran, o el porqué de su partida. Un día entra a la casa, busca a su mujer y a sus hijos pero nadie le responde. El eco de su voz le devuelve la palabra. Entonces Mario comienza a recordar. Recuerda los golpes que le propinaba a Blanca (vinieron a mi mente algunos episodio míos con Beatriz); también recuerda la marginación a la que siempre la expuso (esto era parcialmente cierto en el caso de Beatriz, pues si bien sus objetivos de vida me parecían estrechos en comparación a los míos, mi esposa era la voz cantante en el hogar) y finalmente recordó que veía a sus hijos como desechos. Más que desechos, como lamentos. Mario piensa una y otra vez que había sido un error engendrarlos. Que odiaba verlos crecer, verlos sufrir, verlos ser. Mario está desesperado y no sabe qué hacer. Sus recuerdos son tormentas indóciles, destellos que no le permiten dormir. Deja su trabajo en la preparatoria, su esperanza de colocarse en la universidad y comienza a buscar desesperadamente a su familia. Es una búsqueda frenética y sin ninguna clase de orden. No tiene un plan, solamente una misión: encontrar con vida a su esposa e hijos. La única tormenta del espíritu consiste en saberse abandonado. Y el de Mario parecía marchitarse.

Entonces vuelve a suceder lo mismo que con la primera entrega del manuscrito: cuando voy a pasar al séptimo capítulo, la narración, nuevamente, se interrumpe. No hay nada, solo una hoja en blanco. Busco en las páginas siguientes, pero no hay nada. Solamente espacio sin palabras, como si el autor hubiese dejado el trabajo a medio terminar y se hubiera ido a realizar otras tareas más urgentes. Me sentí víctima de un fraude, decepcionado. ¿Quién era el infeliz que me mandaba un escrito que relataba parte de mi vida y después lo dejaba así, a medias? Me enfurecí.

Tiré la taza de café que tenía en la mano. Estalló en mil pedazos. No me molesté en recogerla. Pensé en que era tiempo de hablarle a Carlos, contarle lo del manuscrito que me había llegado para ver si él era capaz de resolverlo, pero no me pareció el momento adecuado. Tenía que pensar mejor las cosas, calmarme e intentar descifrar lo que estaba sucediendo. No podía perder mi propia vida además de no salvar la de ellos. Tenía que actuar de alguna forma. Ver a Beatriz y a los niños reflejados en el cristal me había producido un pánico, una incertidumbre hasta entonces desconocida, que tenía que aprender a enfrentar. Estaba comenzando a enloquecer.

Entonces se me ocurrió hablarle a la psicóloga, la doctora Robles, a quien ya antes había consultado con Beatriz: una mujer profesional, ambiciosa y eficaz a la hora de conseguir sus objetivos. Había atendido a políticos, empresarios y un sinfín de celebridades. Una especie de broma macabra entre aquellos que antes había dado consulta decía que si había alguien que podía destruir sus carreras, era la doctora Robles. Me pareció sumamente extraño que ella no me hubiese hablado antes, pues el caso de Beatriz y de mis hijos había aparecido en medios de comunicación y redes sociales.

Ella había sido la que nos había ayudado a salir de una especie de limbo matrimonial en el que una vez nos encontramos Beatriz y yo. Ya habían pasado muchos años desde ese encuentro, pero yo le guardaba a la doctora Robles un cariño especial. A pesar de no ser de la familia, yo tenía la seguridad que había sido ella (y no todos los demás) quien había corregido el rumbo de mi matrimonio. Fue idea de mi esposa acudir a ella. Yo le aconsejé que fuéramos a ver a un consejero matrimonial, pero a Beatriz

le pareció una aberración. No la entendía. A fin de cuentas, sin embargo, ir a ver a la doctora Robles fue la mejor decisión que pudimos haber tomado. ¡Qué difícil dar consejo a quien no sabemos qué es lo que necesita! Los pacientes traen vidas atrás de ellos, piedras que a duras penas pueden cargar. La doctora Robles demostró ser una profesional y también una buena amiga. Llegamos por recomendación de Mariana Quijano, amiga de mi esposa. Al principio me mostraba renuente a aceptar lo que sucedía en mi vida, en mi matrimonio. No pensaba revelarle nada a una desconocida. Pero la manera en que sus manos tocaron las mías, ese sofá reclinable que me llevó a recordar mi vida y a mi padre, y todos los consejos que me fue dando, derribaron mis barreras. Me encontré tumbado ante ella, dispuesto a contarle lo que fuera con tal de volver a ver mi matrimonio de pie. Lo logramos. A partir de ese momento, Beatriz y yo siempre procuramos mandarle una botella de vino cada fin de año.

Cogí un pedazo de papel y apunté. *Hablarle a la doctora Robles*. Lo dejé junto al manuscrito, que a cada segundo me parecía más y más indescifrable. No, absurdo. Eso es. Subí las escaleras y pensé en Soledad. La noche anterior con ella había sido magnífica y no veía inconveniente alguno en repetir el encuentro. ¿Cómo se sentiría ella? Pensé en el pretexto que le había puesto a su padre para no acudir a casa esa noche. Nunca había pensado en que aún era una niña; pero ni para qué hacerlo. Nuestra relación era puramente epidérmica: tanto porque era superficial, como porque estaba afincada únicamente en el terreno sexual. Traspasar esos límites supondría indagar territorios que no queríamos conocer.

La investigación de la Procuraduría del Distrito Federal seguía detenida, como si alguien lo quisiese así. De mi bolsillo había pagado dos espectaculares en Periférico con números de contacto y los nombres y las fotografías de mi familia, y había repartido volantes con el mismo tipo de información, que no habían funcionado para nada, pues había recibido pocas llamadas, todas estériles, en cuanto a que alguien, en algún lugar de la ciudad, había creído ver a mi esposa y a mis hijos. La esperanza que sentía al creer que podía volver a verlos se derrumbaba cada vez que ocurría la llamada de un extorsionador; de un predicador con vocación de salvación; de un bienintencionado sin información útil o de un malnacido que disfrutaba verme sufrir. Me encontraba en un pantano profundo, lleno de lodo y moscas. Me estaba ahogando lentamente y sin que nadie viniera en mi auxilio.

Capítulo VII

Desperté al día siguiente a las cinco de la mañana, envuelto en tinieblas. No había sonado el despertador, pero ya no tenía sueño. Me preparé un café y me serví un jugo de naranja. El gato estaba en la cocina, esperándome: le di su ración de sardinas. Me desperecé y bostecé. Esperé hasta las nueve de la mañana, leyendo el periódico y algunos correos electrónicos de estudiantes. Me bañé y cogí el teléfono. No tuve necesidad de ver el papel en el que había escrito *Hablarle a la doctora Robles*, porque la idea de verla ya había echado raíces en mi cabeza. Marqué el número (que me costó trabajo encontrar entre mis cosas porque era Beatriz la que hablaba con ella) y esperé. Nadie me contestó. Colgué el teléfono. Me pareció extraño. Volví a marcar. Me contestó una voz adolescente. Consultorio de la doctora Robles, dijo. Tardé unos segundos en reaccionar. Consultorio de la doctora Robles. Sí, alcancé a decir,

quisiera una cita con la doctora, por favor. Nombre del paciente. Mariano Peredo, contesté. Para cuándo querría su cita, dijo la voz, aburrida, seca, monótona. Para hoy mismo. Hoy no creo que se pueda señor Peredo, verá, la doctora está...Dígale a la doctora que habla el señor Peredo, por favor. Está en consulta. Insisto, por favor. Escuché un suspiro y el rechinar de una silla. Medio minuto después tenía una cita con la doctora Robles en Paseo de la Reforma a mediodía. Le hablé por teléfono al chofer que no había ido a la casa en varios días (solamente acudía para hacer las compras y arreglar desperfectos). No quise hacer nada más. No tuve curiosidad siquiera de abrir el escrito y pensé en tirarlo. Pero eso también lo aplacé. Todo lo que pretendía hacer lo alargaba, sin ponerme un límite para su realización. Quería que las cosas se arreglaran solas, que todo mejorara sin que yo interviniese. Me sentía apresado en un mundo construido por mis manos pero extrañamente alejado de mí. De pronto todo había desaparecido. Mi familia, mi trabajo, mis amigos. No quería hablar con nadie y Soledad era la única presencia que podía aliviar mi dolor. Carlos había desaparecido y durante un par de semanas no supe de él. Los rumores en la universidad amainaron, hasta que me convertí en una historia del pasado. Las cartas y correos electrónicos de estudiantes, sin embargo, seguían llegando. Uno tras otra yo las revisaba y les devolvía el dinero. Ahora que lo pienso, con todo ese dinero rechazado tal vez llegara a juntar unos miles de pesos. No sé cuántos, pero los suficientes como para haberle comprado algo bonito a Beatriz o a Soledad. Mientras que Beatriz quería elegancia, Soledad buscaba desenfreno. Nada hacía más feliz a la veinteañera que ir a un lugar de mala muerte a emborracharnos. En la ciudad de México

abundan estos lugares, y pude darme cuenta que las venas de pavimento que la recorren se asemejan unas a otras, un concierto infinito de similitudes. Beatriz provenía de una familia decente, era una mujer con clase y nunca se conformó con menos de lo que creía merecer. Yo no tenía problema con ello y sus formas (Beatriz en un restaurante caro; Beatriz en alguna obra de teatro exclusiva; Beatriz en Paris) nunca alteraron mi estado de ánimo. Después de todo, era mi esposa, la madre de mis hijos.

Ya casi era hora de salir. Sin más preámbulos, tomé mi saco (comenzaba a hacer frío en la ciudad de México), y me trepé al carro. Lo que vi en el trayecto me sorprendió: algo había cambiado a mí alrededor, quizá mi actitud con el mundo, o mis ganas de redescubrirlo. Vi el típico tráfico citadino; montones de personas que se agolpaban en los microbuses. Había un temblor esencial en lo que me rodeaba, algo que me sugería que yo (o los demás) no eran los mismos. Recuerdo que mi padre solía darme esta clase de lecciones. No recuerdo todas ellas y tampoco quisiera hacerlo. La memoria que tengo de él debe de seguir intacta. Su imagen sobre todo. He intentado imaginarlo cómo hubiera sido de viejo, pero no puedo. Las arrugas que navegarían por su piel me parecen impostadas. Estuve tentado de acudir con algún fotógrafo profesional y entregarle su foto para que la modificara y añadiera unos años. Beatriz me lo impidió. De nada sirve regresar, me dijo, y me tomó de la mano, que pasó por su mejilla y después por su cuello. La besó. Tal vez había tenido razón y era mejor dejar esa imagen por la paz. ¿Para qué remover a los muertos?, pensé. Este pensamiento me ha acompañado en los últimos años. La tentación de verlo viejo no ha desaparecido del todo, y cuando viene o la invoco, intento

suprimirla con todas mis fuerzas, a pesar de mis ganas, a pesar del pasado.

El chofer toca el claxon. Delante de nosotros un microbús está, como siempre, detenido. Es un mamut destartalado, con orificios por todos lados pintado de un verde chocante que podría aterrorizar a cualquiera que lo examine con detenimiento. Después de unos minutos, avanzamos lentamente. En poco tiempo estoy frente a un edificio magnífico en Paseo de la Reforma. Alcanzo a ver la cúspide de la estructura. A mí alrededor los transeúntes van con la mirada fija en sus teléfonos. Subo al piso quince y apenas traspasar el umbral del consultorio me doy cuenta que no hay nadie en el piso. Solamente la doctora Robles y yo. Ningún movimiento en los demás consultorios, como si todos se hubiesen ido para dejarnos en paz a los dos. La psicóloga salió a recibirme y me llenó de abrazos. Entiendo lo que estás pasando, me dijo. Me invitó a pasar a su consultorio. La luz del sol nos pega en la cara, y acudo a un espacio cercado, extrañamente, por la nostalgia.

La doctora Robles tenía buena reputación entre los más ricos de México. Su fama comenzó después de la rehabilitación exitosa de Don Alfredo Jiménez Cervantes, uno de los hombres más ricos del país. ¿Cuál fue su secreto, doctora? Y la doctora Robles siempre respondía: buena actitud. Eso es todo, decía. Nadie sabía a ciencia cierta qué es lo que había sucedido en aquel consultorio, o qué palabras le habría dicho a Jiménez Cervantes para lograr que él, cocainómano, adicto al juego, rebelde, decidiera tomar la senda de la verdadera rehabilitación, pues ya había pasado por muchas. Lo que es cierto es que después de aquel caso su consulta no volvió a ser la misma, según me ha contado: se mudó al edifico en el que estábamos, y

su clientela ha crecido desde aquella experiencia. Me tomó de la mano y me condujo al sofá. Me recliné y percibí el silencio, mucho silencio, un silencio que me dio miedo y que, al igual que la doctora Robles, me tomó de la mano. Respiré en él. Hoy no soy tu terapeuta, me dijo, soy tu amiga, y te hablaré con franqueza. La volteé a ver a los ojos y pasé una mano por mi cuello. Me dolía. Dime Mariano, comenzó la doctora, ¿qué es lo que te asusta en la vida? Las arañas y las ausencias. Mentira, me dijo. El miedo a esos bichos son manifestaciones del terror que le tienes a tu madre. Y no puedes temer una ausencia, acaso extrañarla. No soy el mismo desde que Beatriz desapareció, le respondí, incómodo…Lo entiendo, pero tú lo has decidido así. Entiendo tu sufrimiento, pero no logro explicarme tu encierro. ¿Un hombre como tú en esa casa, en vez de en la universidad? No quiero ver a nadie, ¿es muy difícil de entender? Es muy difícil de aceptar, me dijo la doctora. Lo mejor que puedes hacer para salir de la situación en la que estás no es cavar más en el fango. Necesitas un respiro. Vende la casa, o vete a otro lugar, ya son demasiados meses de espera Mariano deberías… ¿Estás sugiriendo que los olvide? No, Mariano, no me malentiendas, estoy diciendo que es momento de mirar hacia adelante. Nadie quiere vivir con fantasmas, tú eres escritor, tú lo sabes. Lo sé, le respondí, pero eso no significa que sea capaz de seguir mis propios consejos. No dijo nada por un momento. Se levantó de la silla y dio vueltas alrededor de ella. Mira, dijo, y sus ojos recorrieron todo mi cuerpo, hasta caer en mis labios y, después, en mi mirada. No creo que Beatriz escapara nada más así, sin ninguna clase de explicación, sin ningún tipo de recado, pista, mensaje, llamada. Las personas no desaparecen: se van o las toman. Tu caso, sin

embargo, es diferente. No creo que Beatriz se haya ido, dijo llevándose un dedo a la boca, no tenía razón para hacerlo, y si alguien la tuviera secuestrada, sería por dinero, y no has recibido llamada alguna. No puedo decirte qué es exactamente lo que le ha sucedido, pero lo que sí sé es que ninguna de estas dos posibilidades encierra la respuesta. Solo tú la tienes, Mariano. Ya me cansé de esperarlos, Laura, o tal vez no. No lo sé. Antes tenía la certeza de que aparecerían en algún rincón de mi casa, caminando por la puerta o jugando en el jardín. Hace un par de noches los vi, Laura, los vi a todos. ¿En un reflejo?, preguntó. Sí, respondí, ¿cómo sabes? Son proyecciones de tu mente, Mariano, no cosas reales. Tu deseo por tenerlos supera lo que tus ojos ven. No te dejes llevar por ese camino. Estaba a punto de contestarle cuando sonó mi celular. Lo dejé sonar. Laura dirigió su mirada a algún lugar fuera de mi campo de visión. Parecía que no había escuchado el timbre del celular. Con flojera y algo de trabajo, saqué el teléfono. Lo que vi en la pantalla me estremeció. La llamada venía del celular de Beatriz.

Capítulo VIII

A partir de este momento, sépase que me fui a vivir a un departamento, me despedí de mis colegas en la universidad, le escribí una carta a Torrentera presentando mi renuncia (su respuesta comenzaba con frases melosas y terminaba con una apología de la enseñanza), le dije a Carlos que me buscara solamente para cosas importantes y a Soledad que la esperaría en mi nueva vida, si es que el fulano que la pretendía no había aparecido aún. Me costó trabajo dejar la casa. El tema económico no me preocupaba: con la herencia de mi padre y las regalías de mis libros no tendría que volver a trabajar jamás. El Ministerio Público Bejarano me informó, semanas antes de largarme de mi hogar, que la investigación estaba estancada. Tenía esperanza de que no fuese así: el caso de la desaparición de Beatriz había tenido mucho eco en las redes sociales y

decenas de periodistas escribieron sobre ello: volvía a los reflectores por el camino del dolor.

Con los dos espectaculares que había pagado; con dos cuentas en redes sociales especialmente dedicadas a buscarlos y con los volantes que se habían repartido, el caso de la desaparición de mi familia adquirió notoriedad. La gente quería saber dónde estaban. Esto formó un nubarrón mediático sobre la Procuraduría del Distrito Federal. Recibí correos electrónicos con muestras de apoyo y de cariño. Fui a diez entrevistas de radio y conseguí que una empresa (del hermano de un colega de la universidad) me imprimiera, sin costo alguno, miles de folletos con números de contacto y sus fotografías, los cuales se repartieron a lo largo y ancho de la ciudad. Pero nada de eso parecía dar resultado.

A lo largo de estos meses, fui interrogado seis veces por Bejarano. Me enteré que le habían detectado cáncer y que pronto tendría que dejar de trabajar. También que tenía dos familias. Siempre estaba nervioso, desesperado y trabajando a un ritmo delirante. El agente rezumaba actividad. Cualquier cosa profesor, cualquier cosa que recuerde nos sirve, me decía. Yo estaba seguro de ser su sospechoso predilecto, aunque no me lo dijera. Yo intentaba recordar lo que había sucedido aquel día, pero no encontré nada memorable. Beatriz se había levantado una hora antes, y nos había despertado a todos. A Diego lo felicité por haber obtenido el mejor promedio de su salón ese mes y a Guillermo por haber sido goleador del torneo (justo un día antes había jugado su último partido y había anotado tres goles). Besé a mi esposa en los labios y le pasé una mano por los muslos. Me sonrió. No advertí en su mirada ni en su boca ni en su actitud algo que me

dijera que fuera a desaparecer ese mismo día, unas horas después. A los niños los vi como siempre. Bajamos a desayunar todos juntos. Solamente los fines de semana lo hacíamos, pero ese día, como habíamos despertado antes, aprovechamos la oportunidad. Beatriz hizo huevos estrellados con jamón, tocino y jitomate. Abrió un jugo de naranja con pulpa, que Guillermo rechazó, y después partió un plátano y un melón. Les puso miel. Me sirvió café. Ella se sirvió el suyo para después hablar de la presentación del libro y de la forma en la que yo había logrado que dejaran a los niños salir antes de la escuela. Lo único que había hecho, le respondí a Beatriz, fue enviarle un ejemplar firmado a la directora, con palabras elogiosas sobre su labor. Beatriz subió entonces a cambiarse y el chofer llegó por los niños; y esa fue la última vez que los vi. Diego se acercó y me abrazó la pierna. Volteó a ver hacia arriba y me sonrió. Recuerdo que le dije que se apurara o que iba a llegar tarde a la escuela. Nos vemos al rato, les grité. Cuando Beatriz se terminó de bañar yo estaba en el jardín tomando café. Supe que salió por el ruido que hicieron sus tacones, por la puerta que se cerró, por el aroma que dejó su cuerpo. No se despidió de mí. Salió rápido de la casa. Lo único extraño de ese día fue un hombre que estaba en la calle, a unos metros de la puerta de la casa. Traía una playera negra, pantalones rojos, y ambos antebrazos vendados, como si se hubiera cortado. Sentí su mirada, me incomodó. Me acerqué a la puerta para ver si quería algo. En el camino, cogí una piedra. Cuando estaba a unos dos metros de él, corrió. Me pareció extraño, pero solamente eso. A las diez de la mañana Beatriz me mandó un mensaje, para avisar que ya había llegado al trabajo, y el chofer me habló, diciendo

que ya había dejado a los niños en la escuela. Di clases, bebí otro café, hablé con algunos colegas y me encerré en mi cubículo, releyendo *Conquistas*. No encontré nada que lamentar. La obra había salido perfecta, igual que un anillo que te pones y que te queda a la primera. Recuerdo que me colmé de orgullo: inhalé y exhalé con fuerza. Por fin, pensé, una novela a la altura de mi talento. Sabía que aquellas palabras estaban vivas y que de alguna misteriosa forma se habían materializado ante mí sin más concesiones que mi esfuerzo. Bajé a fotocopiar unas cosas (Carlos se había reportado enfermo) y reconocí (o creí hacerlo) al tipo que estaba en la puerta de mi casa en la mañana. Me le acerqué con cautela y lo saludé. Me sonrió. Profesor Peredo, ¿se le ofrece algo? No pude decir con exactitud si se trataba del mismo sujeto, pero algo no me gustó de él. No pude verle las muñecas pues traía una camisa de manga larga. Nada, le contesté, y en todo el tiempo en que saqué las fotocopias no dejó de sonreírme. Sé que usted revisa textos de alumnos ¿podría mandarle el mío? Por supuesto, le respondí. Al final, me tendió la mano. No le vi ninguna venda. Investigué un poco con Carlos, días después de la desaparición de Beatriz, y resultó llamarse Pedro Moctezuma. Hasta el día de hoy no se sabe dónde está. Para Bejarano, sin embargo, Moctezuma era apenas una circunstancia, en el mejor de los casos, una coincidencia. A pesar de ello, lo investigó, pero no encontró nada. Moctezuma había desaparecido de la noche a la mañana. En su ficha universitaria venía una dirección y un teléfono: una dirección falsa y un teléfono fuera de servicio. Nadie lo había visto desde aquel día. ¿Era un sospechoso? Quizá. ¿Pero acaso no las personas cambian de domicilio, deciden modificar su vida, intentar nuevos

caminos? Carlos me dijo que era un tipo raro, pero que él no creía que fuera peligroso, ni mucho menos. No era muy inteligente, pero tampoco un completo estúpido. Una novia conocida (igualmente desaparecida), pocos amigos, siete de promedio, padres divorciados. Una vida común y corriente, como la de cualquiera de nosotros. Pero esto no era suficiente. Debía de haber algo más. He repasado esas horas con esmero, pero no podía recordar más de lo que le dije a Bejarano. Hacerlo sería engañarme a mí mismo y darme un falso consuelo, una esperanza impostada que supusiera el regreso de mis pequeños hijos y mi mujer.

Salir de la casa que tantos años había habitado fue difícil. Compré un pequeño departamento en la Colonia del Valle, por lo que le pedí a la editorial que me mandaran el cheque por regalías que recibía cada quincena a la nueva dirección. Además, conseguí que me dieran una columna en la sección cultural de *Reforma*, por la que me pagaban dos mil quinientos pesos.

Tomé la decisión de mudarme, entre otras razones, porque los muebles de la casa me parecían siniestros, los cuadros también. En un punto de la tarde anterior a mi partida, la casa lucía vacía, pero más viva que nunca, enterada de su propia existencia. Las sombras y la luz se veían diferentes, las esquinas las encontré renovadas y cada gramo de mis memorias me parecieron dignos de mención. No había más escollo para salir de ahí que mi propia terquedad. Lo único que la mudanza me dejó fue el sofá cama y la cafetera. No pude dormir en la noche, así que leí una nueva novela, publicada por un sello independiente. A mitad de la noche me levanté del sofá cama y fui al jardín. La última vez que había estado ahí con Beatriz había sido

cuando nos enteramos de la muerte de un primo hermano suyo. La había abrazado, me había dicho algo que he olvidado, y habíamos entrado a la casa.

Regresé a mi cuarto de trabajo, y encontré el manuscrito. Unas horas antes había llegado la nueva entrega del escrito. Igual que las dos ocasiones anteriores venía dentro de un sobre amarillento, tamaño carta, sin identificación alguna, como los que venden en cualquier papelería. Estaba ansioso por leerlo. Las páginas de aquella novela estaban tapizadas, para mi alivio, de palabras que comencé a devorar de inmediato. Sin duda alguna, algo andaba mal en mi cabeza pero no era el momento de preguntármelo. Las nuevas palabras me invocaban como un torbellino que me atraía a su centro para engullirme. Mi nueva pasión provenía de unas letras anónimas. La historia continuaba donde la había dejado el escrito anterior.

Mario se encontraba totalmente devastado. Su familia había desaparecido. Su único compañero era un gato negro de ojos verdes. No tenía nombre y había aparecido un día afuera de su casa. Mario no sabe qué hacer, a dónde ir, o cómo reaccionar ante su nueva y terrible vida. Acude a la policía, pero recibe pocas respuestas. Examina las cosas de los suyos (todas las pertenencias, tanto de sus hijos como de su esposa, seguían intactas), pero no descubre nada. Solo encuentra una notita extraña, garrapateada por ambos lados, que dice, *Paseo de la Reforma 1476, 6:00 p.m., lunes 6 de febrero* (que era, increíblemente, la dirección del consultorio de la doctora Robles). Esto le produce a Mario un vuelco en el corazón, un súbito bienestar que lo lleva a imaginar que, después de todo, su familia está a salvo, y que de alguna forma esa nota será la puerta de su salvación. Faltan entonces más de tres semanas para el

6 de febrero, y mientras tanto, comienza a escribir. Pero Mario nunca asistiría a ese encuentro. Es la primera vez desde hace tiempo que vuelve a escribir y siente una imperiosa necesidad de sentarse y empezar a imaginar. Tiene una vieja máquina de escribir y papel en blanco. Su misión de ahora en adelante, está ahí, en ese trozo de papel que tiene que llenar. Una fuerza invisible lo empuja a hacerlo.

Me di cuenta que aquella novela era una obra de arte, que el autor se había esmerado en imaginar, corregir, pulir y revisar. Una pieza extraordinaria, fuera de serie, sin autor, que llegaba a mis manos a cuentagotas y sin motivo alguno, pero que yo interpretaba como un mensaje dirigido a mí, solo a mí, en el momento más difícil de mi vida, que buscaba rehacer y comprender desde un barranco oxidado por el dolor.

Cerré el manuscrito por un momento. Fui por un poco de café y me encontré frente a frente con el gato. Mi reloj de muñeca marcaba las dos de la mañana. ¿Cuánto tiempo había estado sentado leyendo la novela? No podía saberlo. Estiré las piernas un poco, me balanceé sobre mí mismo y sentí la noche en mi espalda. Las sombras me parecieron más ominosas que de costumbre. Despejé mi mente de cualquier pensamiento y traté de concentrarme en comprender mi atmósfera y mi universo, mi espacio y mi dolor: no hay nada peor que saber que el único parche para nuestro sufrimiento es el tiempo.

Mi mujer y mis hijos habían desaparecido y yo no sabía qué hacer. Blanca, ¿dónde estás? ¿Sería el hecho de andarme cogiendo a mi alumna la que detonó la desaparición? ¿Acaso mi mujer sabía todo? ¿Alguien se lo había dicho? Lo único que ahora tenía era una certeza: su desaparición y unas ganas inmensas de salir a buscarlos. ¿Por

dónde comenzar? ¿En el centro de la ciudad? ¿En Xochimilco? ¿Polanco? De lo que sí estaba seguro, en cambio, era que tenía frente a mí una máquina de escribir y una hoja en blanco. Pero no tenía ni idea por dónde comenzar. Quizá empezar a relatar mi vida serviría para algo. Aunque no sabía si sería de ayuda. Las sombras que me rodeaban eran largas, larguísimas, atisbos de mi soledad. En algún momento de la noche –recuerdo- maldije tantas veces a Dios y al mundo hasta que quedé sin saliva. ¿Qué quería ese maldito de mí? Dios estúpido, rata de alcantarilla, fideo insípido. En esas me encontraba cuando, después de voltear al techo por enésima vez y clavar mi vista en algún punto de la habitación, los pude ver claramente. Estaban ahí, como apariciones momentáneas que tal vez pronto se irían. Pero su visión duró más de lo que esperaba. Carajo. Sí estaban ahí. Seguro. Corrí a abrazarlos pero en un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron. Frente a mí, a medio abrazo, a medio palmo de distancia. Los tenía tan cerca. ¿A dónde habían ido? ¿Por qué? ¿Cómo saberlo?

Quizá vendría siendo hora de hablarle a la doctora. Se me ocurrió salir a la calle, entonar alguna canción que me infundiera ánimos, gritar desde el fondo de mi ser los nombres de cada miembro de mi familia. Lo mejor sería, sin embargo, esperar a que la noche pasara. Por lo menos eso sería lo razonable. Me encontraba demasiado exaltado, razoné, y nadie a estas horas respondería preguntas acerca de desaparecidos. Ya de día comenzaría a buscarlos. Tenía que hacerlo, porque sabía que los encontraría. Era como si un motor interior, hasta entonces desconocido, hubiese iniciado su marcha con furia y decisión. Yo tenía la firme convicción de que el mundo, a veces, solamente nos enseña lo que él quiere. Pero que bastan algunos por-

tazos, algunas señales, algunos atrevimientos, para que lo que esconde se muestre ante nosotros. Y no solo eso, que se muestre desnudo y vulnerable, para que lo tomemos. Fui al refrigerador y abrí una lata de sardinas para el gato y una botella de vino blanco para mí. Cogí una copa y la serví hasta el tope. La tomé de un trago. Volví frente a la máquina de escribir. Comencé a teclear. Después de varias horas de estar completamente ensimismado en las letras, me detuve. Eran las cinco de la mañana. Cuando comenzaba a leer lo que había escrito, una gota de sangre cayó en las hojas. Me toqué la nariz. Sangraba. Mucho. Fui al baño a detener la hemorragia. Estaría unos quince minutos ahí, en el lavabo, limpiándome la sangre. ¿Qué significaba todo esto? ¿Tendría significado alguno? El gato negro entró al baño y se me quedó mirando, como si estuviese presenciado algún hecho maravilloso o sumamente extraño. Volví al cuarto donde estaba la máquina de escribir, y comencé a leer. Blanca mía ¿dónde estás?

Recordará el lector que recibí una llamada de Beatriz cuando estaba en consulta con la doctora Robles. Recuerdo que me estremecí, tiré el teléfono, pero ella lo recogió. Debe de ser un error, pensé. La doctora Robles me inquirió con la mirada. Contesté. Lo único que logré escuchar fueron las siguientes palabras: *Profesor, profesor, profesor.*

Capítulo IX

El departamento que conseguí en la Colonia del Valle se encontraba en un lugar muy tranquilo. Di un año de renta por adelantado y el dueño se mostró solícito, prudente y amable. Se despidió con una sonrisa que abarcó toda su cara. Era un departamento umbrío. El sol le pegaba poco tiempo debido a que el edificio de enfrente, más alto que en el que vivía, tomaba casi toda la luz. Aun así, me sentí a gusto. La cocina era amplia, igual el baño. Tenía todo lo que necesitaba. Elías, el pobre animal que había encontrado en mi jardín, encontró una esquina que le gustó. Le compré una casa para gatos. Seguía comiendo sardinas y atún. Al sentarme en el sofá cama que había traído de mi casa, ratifique una vez más, y otra y otra y otra, el giro siniestro que había tomado mi existencia. Hacía tiempo que no dormía bien y a pesar de quedarme en la cama tumbado por muchas horas, amanecía cansado. Estaba

mentalmente exhausto, físicamente devastado. La escritura apenas comenzaba a fluir. A veces mis ganas de vivir se reducían al mínimo y estuve tentado a suicidarme. Pensé en varias opciones, una más trágica que la otra. El tiempo se me antojaba lento, un péndulo que iba y venía, igual que yo. Las llamadas de Carlos y Soledad me mantenían despierto y alerta. El primero me distraía contándome cosas de la universidad mientras que la segunda activaba mis sentidos. No volvió a tocar el tema de nuestra eventual separación seguramente por pura compasión. No lo lamentaba. Mientras pudiera poseer su cuerpo todo estaba bien para mí. Soledad era lo único que verdaderamente tenía. Todo ella era mío. Cuando se paseaba desnuda por el departamento, yo alucinaba con volver a poseerla, pero ella, búho despierto, me detenía. Solamente una vez al día, me decía, solo una vez al día. Si cogemos más de lo debido la pasión desaparece. Necesitas creerme, por favor, no es un capricho mío sino nuestra necesidad. Después de tenerla, sentía unas ganas imperiosas de masturbarme. Ella me veía hacerlo. Me susurraba al oído y me decía que todo iba a estar bien, que al fin de cuentas la vida no es más que un cúmulo o un círculo o un triángulo de desgracias. Que lo mío era simplemente un susurro trágico. Me tocaba los pezones. Ese era el único contacto que tenía conmigo cuando yo me tocaba. Sus palabras, deliciosas, certeras, difuminaban mi pasado. Yo la tenía y era mía y de nadie más. Le gustaba fingir que era virgen, que cuando la penetraba le dolía. Y había días que yo creía que en verdad lo era, que nunca había sido traspasada por mí o por nadie más, que yo era su primer y único amante. Para siempre. El amor es una apología de la imperfección. Soledad no era escultura, ni ángel. A veces era dura y directa, y sus es-

capadas nocturnas (había fines de semana que no la veía) me provocaban un escozor en el vientre que hasta este momento no he podido, del todo, clasificar. No eran celos. Era una forma de incertidumbre. ¿Estaba con otro? ¿Había otro hombre que le estaba bajando los calzones en este momento? La mujer que amamos es el futuro que pretendemos. De Soledad solamente esperaba que me la mamara y que después actuara alguno de sus múltiples papeles. La quería hasta donde uno puede querer a una mujer que se le entrega por completo. No quiero que me juzguen. No soy un patán. He amado a todas y cada una de las mujeres que me han permitido pernoctar en sus entrañas.

Supe por los periódicos que Torrentera se había hecho acreedor al Premio del Rector. Era un premio que había sido ganado por Eduardo González López Onofre (autor, entre otras cosas, del famoso poemario *Tiburones*), por Mauricio Galeana (autor de *La desgracia divina*, que había vendido, solamente en su primera edición, más de doscientos mil ejemplares), por Gerardo Vignau (que había escrito *El oráculo, La consumación de Grecia* y *Escapadas filiales*, y que había ganado el Premio Cervantes), y por Tania Salas Hurtado (que había escrito el famoso *Manual de una noche incierta)* y por Guillermo González Oviedo (cronista homosexual que se había hecho acreedor al Premio Xavier Villaurrutia por *Confesiones de un sexo distraído*). La crítica protestó. El alumnado se le vino encima a Torrentera. No era ningún secreto que era un advenedizo y un oportunista. Sus libros eran, a lo sumo, mediocres. Fue, para mí, una victoria secreta. En esos meses había conseguido, por intervención de Paulina, una pequeña columna en el periódico *Reforma*. Mi primera entrega coincidió con la entrega del premio (al que Torrentera se aferró). Reci-

bí numerosos correos de lectores apoyando mis razones. Este escándalo perseguiría a Torrentera toda su vida.

Yo seguía recibiendo textos de alumnos y aficionados. Ninguno de los que cayeron en mis manos me pareció digno de encomio. En cambio, comencé a aceptar el dinero que venía en cada uno de los sobres. Solamente durante el primer mes recibí tres mil quinientos pesos. Eso bastaba para convertirme en un bueno para nada. Con el dinero que había ahorrado, la venta de la casa, la herencia paterna, mis regalías por la novela, el dinero de las cartas y lo que me pagan por la columna en el periódico, bastaría para no hacer nada durante mucho tiempo. Pude haber seguido viviendo en mi antigua casa, pero no me apetecía. Las apariciones de Beatriz y de los niños, aunado a todos los recuerdos que concebía ahí, hicieron imposible mi estancia. Cada rincón de la casa era de ellos, no mío.

Durante varias semanas, no recibí ninguna entrega del escrito. De repente dejó de llegar. A la vez que esto me daba miedo, me provocaba curiosidad. ¿Quién o qué escribía esas palabras? ¿Qué le había pasado a Mario? ¿Qué es lo que le había sucedido a su esposa e hijos? Las letras que estaban plasmadas en aquel papel eran un recuento de mi vida. Tenía que saber qué le sucedía al protagonista de aquella novela. En cierto sentido compadecía a Mario, pero por otro lo odiaba. Era un pusilánime. Un cobarde hecho y derecho. Un mediocre. Un autor poco conocido, que ni siquiera tenía el talento de dar clases en alguna universidad de renombre (en los primeros capítulos de la novela, se narra cómo Mario había sido rechazado por varias universidades). Lo único que nos hermanaba era el hecho de que nuestras familias habían desaparecido. Mario era una persona apática y abúlica. En el tercer capítulo

decide no confrontar a su suegro (después de humillarlo en una comida familiar) porque este le había prometido la posibilidad de acercarlo con un escritor famoso. Yo no era ese tipo. Si bien nunca había sido violento o contestatario, tampoco me amilanaba ante otros. Solamente en una ocasión en mi vida me había liado a golpes, y fue la vez que un pendejo le agarró las nalgas a Beatriz en un bar. Era nuestro tercer aniversario y habíamos decidido tomarnos la noche libre y mandar a los niños con su madre. Beatriz lucía exquisita. Traía puesta una falda corta y excepcionalmente sensual. Se había levantado el busto y dejaba entrever unos senos perfectos: algodón y fuego en la misma tela. Desde que nos sentamos en una mesa alejada del ruido yo solamente pensaba en mi lengua recorriendo las partes más extrañas de su cuerpo: su pantorrilla, su tobillo, la piel detrás de sus orejas. Platicamos de cosas que a todos nos suceden. Nimiedades de la vida en común. Recordamos la primera vez que la besé, o la primera vez que hicimos el amor. Todo iba perfecto. No podía pedir otra cosa que estar con mi esposa sentado frente a frente, en una relación sin simulaciones o concesiones de ningún tipo. Beatriz se levantó de su asiento y fue a la barra (no recuerdo que pidió). En ese momento, justo antes de hablar con el cantinero, un grupo de jóvenes pasó a su lado, y uno de ellos (el más alto) le pellizcó una nalga. Yo lo vi de reojo, pero bastó mirar la expresión de mi esposa para darme cuenta de lo que había sucedido. Enloquecido y furibundo, me levanté y cargué contra el tipo que la había tocado. No tuvo tiempo de reaccionar, y cuando se dio cuenta de su error, yo lo tenía en el suelo. Le propiné algunos golpes en la cara, hasta que me separaron. Le escupí. Cuando la policía llegó, les expliqué lo

sucedido, mientras Beatriz me miraba en una esquina. Se le veía sorprendida. Era la primera vez que observaba a su marido convertido en una fiera.

Me mantuve orgulloso de mi acto. Lo único que había hecho era defender a mi mujer de un completo imbécil. A partir de ese momento fui más cauteloso en cuanto a verificar a donde iba Beatriz. Ese hecho había activado una alarma en mi ser: mi mujer era atractiva para otros, no únicamente para mí. Otros hombres irían detrás de ella, otros hombres intentarían cortejarla, los más atrevidos incluso la invitarían a salir. Durante algunos días este pensamiento rondó mi cabeza y la convirtió en una tormenta. Dentro de mí ocurrían las más escalofriantes demostraciones de locura. Veía a Beatriz desnuda en la cama con otro hombre. Veía a Beatriz enamorada en los brazos de alguien más. No podía soportar esas imágenes, y en dos ocasiones cancelé mi clase de forma imprevista (y para deleite de mis alumnos) por machacar hasta el final esos pensamientos. No le comenté nada a mi esposa. Sabía lo que ella me diría. Entonces acudí a Carlos. Le encargué que, durante algunos días, la siguiera. Lo distraje de sus ocupaciones académicas normales y le pedí que no perdiera a mi esposa ni un segundo cuando saliera de la casa. Los primeros días, Carlos no encontró nada anormal. Solamente al sexto día de seguirla Carlos me reportó una situación extraña. Mi mujer se dirigió a una plaza comercial. Era común que Beatriz fuera a tomarse un café con alguna amiga en horarios de oficina, especialmente para cerrar algún trato o ponerse de acuerdo en dónde o cuándo entregar alguna mercancía. Ese día, sin embargo, Beatriz fue a sentarse a la mesa con una familia. Lo único que Carlos alcanzó a escuchar (había mucho bullicio alre-

dedor) fue que el nombre de la mujer era Blanca y el del hombre Mario. No alcanzó a escuchar el nombre de los niños (eran dos). Según lo que relató, la pareja le entregó a Beatriz un sobre amarillento, de grandes proporciones, muy parecido a los que me habían llegado. ¿Sería el mismo que ahora tenía en mis manos? ¿Era ese libro, que contaba una historia tan similar a la mía, lo que le había entregado aquella pareja a Beatriz? Quizá. Quizá no. Todo parecía tan confuso que era difícil saber si lo que vivía era la noche o el día, la realidad o la fantasía, un limbo exótico o un piso tan firme y sólido que no permitía dudar de su verosimilitud. Esa historia que Carlos me había contado me parecía ahora un signo ominoso de lo que vendría. Yo quería creer que la desaparición de Beatriz y los niños había sido una casualidad, una terrible forma de venganza de algún Dios, pero ahora me daba cuenta que, después de todo, el azar solo existe para quién cree en él. Ahora estaba seguro de una sola cosa: el hecho de que mi esposa desapareciera así, de la nada, como el viento, había sido porque alguien *así lo había querido*. Esa certeza controló mi vida durante los siguientes días. Pero, ¿quién, de ser así, lo había deseado? ¿Por qué alguien querría desaparecer a mi hermosa esposa? ¿O habría sido ella quien escapó por voluntad propia? ¿Era su partida el resultado de algún evento que yo no quería o no podía recordar? De ser así, ¿cuándo había ocurrido aquello? ¿Por qué?

Capítulo X

A la mañana siguiente le hablé a Soledad. Te necesito, le dije, recordé algo que puede estar relacionado con la desaparición de Beatriz y los niños. Mientras la esperaba, decidí salir de mi encierro. Eran las doce del día y había vagado sin rumbo por la Colonia del Valle, cuando encontré una pequeña taberna. El contraste lumínico fue inmediato en cuanto entré: si afuera hacia un sol desquiciante, adentro todo era obscuridad. Había algunos borrachos sentados en la barra. El de la extrema izquierda estaba dormido, el que le seguía bebía un tequila doble, y el tercero tomaba lo que me pareció una cuba. Me senté en una mesa cerca de una esquina. A pesar de la advertencia de *No fumar,* prendí un cigarrillo, pues supuse que a nadie le importaría. Confirmó mis sospechas el hecho de que una adolescente (no tendría más de dieciocho años) me puso un cenicero enfrente. Yo siempre he dicho que si la ciudad fuera

más amigable, me dijo enigmática, nadie tiraría basura. Lo mismo pasa aquí: como los clientes ven el lugar sucio y oscuro, creen que tienen derecho a ignorar el letrero de *No fumar*. Pero así son las cosas, ¿no? La miré divertido y apagué el cigarrillo. Tienes razón, le dije. Pedí una cerveza. Se fue, perdiéndose entre las sombras.

Había alguien sentado en la esquina frente a mí (yo estaba pegado a la pared). Lo supe porque vi repetidas veces la luciérnaga roja que se prendía cada vez que inhalaba el cigarro. Golpeó la mesa hasta que llegó la mesera, y apuntó algo en el bloc. Pude ver que la muchacha me señalaba. Se dirigió hacia mí y me entregó una pequeña hoja arrancada de su comanda. *¿Me puedo sentar con usted?* Volví a leer el mensaje. La muchacha me miró e hizo un sonido con su lengua. Volteó a ver para los lados. Entonces escribí: *No lo conozco, ¿quién es usted?* Le entregué la hojita a la muchacha y fue a dársela al desconocido. Una larga inhalación al cigarrillo me indicó que seguía ahí. Mismo procedimiento. Ahora la notita decía: *Quien le está cubriendo las huellas*. ¿Mis huellas? No entendí el mensaje, pero aquello atrajo, definitivamente, mi atención. Hice un movimiento con la mano. Conforme el rostro y las facciones del sujeto fueron aclarándose, supe de quién se trataba: Bejarano. Se le veía cansado, como casi siempre. Qué necesita, le pregunte, cómo va la investigación. Hacía semanas que no lo veía y no se me ocurrió otra manera de iniciar la conversación. Confusa, como usted lo pidió, me dijo. ¿Cómo yo lo pedí? ¿De qué habla?, le pregunté. Tengo que admitir que el numerito le ha salido muy bien, pero ya párele, ¿me entendió? Mi jefe me está asediando con preguntas acerca del estado de la investigación, y yo no puedo hacerme pendejo más tiempo. Al parecer, su esposa quiere hablar.

¿Mi esposa? ¿Sabe dónde está mi esposa? Aún no, pero estoy cerca. Estoy seguro que está cagada de miedo y con razón. Aquello era demasiado. Mi cabeza comenzó a dar vueltas. ¿De qué estaba hablando Bejarano? Mire, usted me cae bien, el dinero que tiene será suficiente para aceitar el asunto, pero necesitaré más. La última vez que me depositó fue el día de la desaparición de su esposa y ya pasó algún tiempo de eso. Con un movimiento rápido, lo agarré de la camisa y lo atraje hacia mí. Me tomó del cuello. ¿Dónde está mi esposa?, le pregunté, remarcando cada sílaba. ¡Dígamelo! Deposite más dinero en esta cuenta y después hablamos, me dijo. Me soltó. ¿Está bien? Yo he conocido a los de su tipo. Aparentan pura bondad y al final terminan siendo peor que la mierda y todo por unas malditas palabras, me dijo. Carajo. Me deslizó un papel amarillo con un número de cuenta. Por si se le olvidó, machacó. Mañana a las doce del día a más tardar. Asentí. Más le vale que no hable de esto con nadie. Si nos descubren, a usted le esperan largos años igual que a mí.

Cuando terminó aquella conversación, yo estaba desconcertado. Pedí la cuenta y salí. Vagué sin rumbo durante varias horas, metiendo hipótesis en mi cabeza, sacando otras y estableciendo teorías acerca de lo que Bejarano quiso decirme. Nada tenía sentido, ¿qué era aquello de que yo pedí una investigación confusa? ¿De que yo le daba dinero y debía depositarle aún más? ¿De que los dos podíamos acabar encerrados? Todo aquello era un despropósito, un sinsentido.

Desde que lo había visto sentarse frente a mí y mirarme de aquella extraña forma, supe que algo no andaba bien. No era el mismo. Algo en Bejarano había cambiado, sin saber qué. Parecía arrinconado, igual que un animal

que sabe que su muerte está próxima. ¿Qué podía hacer? No debía hablar con nadie. Si confesaba lo que acababa de suceder, podría poner mi vida en peligro o la de mi mujer y mis hijos. Lo primero que tenía que hacer era tratar de investigar el origen de ese manuscrito. ¿Qué era eso de "todo por unas palabras"? Tendría que reunirme con Carlos para ver de dónde había salido y quién era el que me lo enviaba. Di vuelta en una esquina y después en otra. Llegué a chocar con alguna persona. Recibí un insulto. Prendí un cigarrillo y luego otro. Me senté en una banqueta y esperé a que se acercara la noche para mi encuentro con Soledad. Solamente ella podría mitigar mi dolor y la ausencia de mi familia, envuelta en un sudario de misterio e incertidumbre. Regresé a mi departamento una hora después. El sol se escondía. Subí las escaleras y abrí la puerta. Ahí estaba el gato. Le di unas sardinas y fue a sentarse a mi regazo. Me serví un trago y prendí la televisión. Las palabras de Bejarano y el manuscrito ocupaban mis pensamientos. No quería acercarme a ese objeto. Me daba pavor. Sabía que lo que estaría ahí escrito sería un recuento más o menos similar de mi día, de mis horas, de cada sentimiento y cada cosa que yo sentía. Quienquiera que lo hubiese escrito sabía lo que hacía. Aquel manuscrito sería el sueño de todo editor, escritor y lector. Esas palabras eran, sin duda, fruto de un talento extraordinario, pero también resultado de una férrea disciplina. Yo estaba seguro que el autor habría dejado todo: incluso su propia vida por escribir aquello. Era fascinante. La historia enganchaba al lector desde el primer momento, y la vida de Mario cogía al lector desprevenido después de cada tragedia que le sucedía. Estaba seguro, sin embargo, que ese texto no era fruto de una imaginación vivaz, sino de una vida. Alguien había vivido

todo eso. El dolor hace al escritor. Una especie de insatisfacción constante que lo hace voltear para todos lados sin encontrar la respuesta. Eso me había pasado a mí.

Cuando comencé a escribir la apuesta era demasiado alta. Yo sabía que era complicado vivir así. Beatriz también lo sabía, pero no le importó. Mis primeros intentos acabaron en fracasos y durante algún tiempo estuve tentado de concentrarme en otras cosas y abandonar definitivamente la literatura. No recuerdo qué fue lo que sucedió para que cambiara de opinión. Seguramente el hecho de que a Beatriz, en ese tiempo, poco parecía importarle llevar una vida acomodada. Mientras yo pudiera mantenernos a flote, todo iría bien y gracias a la herencia de mi padre, eso no era difícil. Los niños aún no habían nacido, así que escribir medio tiempo (comencé a trabajar con un antiguo profesor mío) no parecía la última tabla de salvación. Mi ritmo era lento. Escribía solamente los fines de semana. Cuando tuve más tiempo libre, intenté tomar la pluma todos los días. Fue complicadísimo. Después de un tiempo, sin embargo, aprendí a hacerlo. Al principio escribir era un acto que me dejaba desguanzado y vacío. Me sorbía por completo. Conforme fue creciendo en mí la disciplina ya no pude detenerme. La culminación de ese proceso fue, quizá, *Conquistas*. Lo cierto es que no hubiera sido el escritor que soy hoy sin Paulina. Nuestra relación comenzó cuando le envié una novela que pasó más o menos desapercibida pero que ahora comenzaba a ganar lectores, *Si tú fueras yo*. Paulina había tenido sus dudas al principio, pero después de reunirse conmigo todo cambió. Le aseguré que la principal labor del escritor, además de escribir, era promocionarse. Venderse como un simple objeto. Lo sé, me aseguró, y me sorprende que lo

entiendas de ese modo. A partir de ese momento firmé un contrato con ella casi cada año. Mis ventas no eran las mejores de la editorial (mi propuesta era a veces complicada y solamente interesaba a un determinado grupo), pero sí lograba vender algunos miles de libros al año. Jamás pensé en mudarme de editorial. Solamente la de mi universidad me había impreso un libro de crítica literaria pero nada más. Paulina siempre se había mostrado atenta conmigo y ahora que estaba sumido en la depresión, no podía sino preocuparse por mí. A pesar de sus llamadas, nunca me preguntó si estaba trabajando en algo nuevo. Ella entendía la forma de ser de los escritores: seres extraños que se solazan en crear mundos imaginados, y que después, a la luz del día, pretenden que los traten como seres normales. Cuando no me encontraba escribiendo libros, la editorial me pedía que presentara novelas de otros escritores. En aquellos eventos yo podía decir casi cualquier cosa de la literatura y de las letras y recibiría aplausos. Como los escritores no se hacen en un centro especializado para escribir, sino en soledad, las experiencias de cada uno son subjetivas, diferenciadas y autónomas. Los escritores no hacen escuelas sino obra.

Tocaron la puerta. Apuré el trago y abrí. Era Soledad. Traía una falda a cuadros de varios colores, la boca pintada de rojo intenso, comida china en una mano y una maleta en la otra. Improvisé lo más rápido que pude una mesa y abrí una botella de vino. Me contó que su padre la había corrido de la casa. Para eso la maleta, pensé, y me alegré. Tener todos los días a Soledad sería lo mejor, no lo sé, o tal vez la peor de las decepciones: ¿y si Beatriz y los niños aparecían? Yo no era ningún muchacho y sabía lo que significaba vivir con una mujer. Habría momentos

en que no nos llevaríamos bien. Habría otros en los que la rutina de vernos la cara todos los días tendría aparejadas toneladas de silencios. A mí no me importaba pero ¿lo sabría Soledad? ¿Intuiría lo que sería vivir con un hombre como yo? En algún momento de la cena y después de servirle su segunda copa de vino, gritó. Se levantó de la silla espantada. ¡Un gato!, gritó, ¡un gato! Yo me eché a reír, mientras ella se tropezaba con la pata de la mesa y tiraba el tenedor. Soledad vino hacia mí y se sentó en mi regazo. Le expliqué que el animal era mío. Le conté cómo era que lo había encontrado y adoptado. Se tranquilizó.

Aquella noche hicimos lentamente el amor, esperando que el tiempo no nos sorprendiera, como queriendo que nunca se acabara, como deseando olvidar todo y quedarnos ahí inertes, uno sobre otro, para siempre.

Capítulo XI

Soledad tuvo que salir al día siguiente. Fue a su casa a recoger algunas cosas que había olvidado. A pesar de mi insistencia por acompañarla, me dijo que no me preocupara, que su padre había salido a trabajar. Me quedé, pues, nuevamente, solo. Y cuando me preparaba a releer el escrito supe que había alguien o algo más en el departamento, aparte del gato y de mí mismo. Escuché algo que caía en la cocina, pero no quise ir a ver qué era. Y no fue sino hasta que Elías corrió a esconderse a un rincón, cuando advertí que las persianas se movían a pesar de que no había viento, que los cubiertos en la mesa temblaban y que algo empujaba mis pies; fue entonces cuando volví a verlos. Al principio creí que se trataba de una presencia incorpórea, como la luz, pero después miré cómo Beatriz y los niños se sentaron en la mesa, y sus caras, fantasmales, pálidas, blancas, me voltearon a ver a través de unos hoyos vacíos que

eran sus ojos. El vaso que tenía en la mano también tembló y lo dejé caer. Los tres me voltearon a ver y después a reírse. No tenían dientes. Se pusieron a platicar entre ellos en una lengua que nunca había escuchado. Como pude, me levanté. Lentamente, de puntillas, los rodeé. Primero a Beatriz, después a Diego y luego a Guillermo. Ahora parecía que ignoraban mi presencia y que todo lo que sucedía a su alrededor les era ajeno. Intenté tocarlos pero mi mano los atravesó y solamente cruzó un espacio vacío. ¿Eran fantasmas? Sin saber qué hacer, me senté en la mesa con ellos. Beatriz tenía la misma sonrisa de siempre, y en su dedo anular izquierdo llevaba, orgullosa, el anillo de casada. Diego y Guillermo eran los mismos, sin ningún cambio, sin ninguna modificación. Fingí estar comiendo un plato de sopa. Le pregunté a Guillermo cómo le había ido en su partido, y después a Diego si podía decirme algo en francés, y finalmente a Beatriz que me contara cómo iba el negocio. No supe cuánto tiempo pasó, pero cuando Soledad me despertó, yo estaba en el mismo sofá que cuando habían surgido las apariciones. ¿Y los niños?, pregunté, ¿Y Beatriz?, ¿Dónde están? ¿Los has visto? Creí que Soledad se molestaría por preguntarle aquello, pero sucedió lo contrario. Me abrazó y me empujó contra su cuello, besándome la cabeza. Sollocé. No sé qué les pasó, le dije, te lo juro. Te creo, me dijo Soledad, te creo todo lo que me dices. Después de estar así durante un buen rato, Soledad dijo que se iría a bañar y después a acostar. Estaba cansada. Antes, me dio un sobre amarillento. ¿Dónde estaba?, le pregunté. Afuera del departamento, respondió.

Me armé de valor y me dirigí a la habitación que había acondicionado como lugar de trabajo. Por fin podría volver a pasar mis ojos sobre aquella obra. Quien lo leyera

diría que se trata de un texto común y corriente que narra las desdichas de cualquiera de nosotros. Me senté frente a él y lo abrí. Mario había sido descubierto. Después de una exhaustiva investigación, se supo que Mario recibía tres mil pesos mensuales para que no dijera nada acerca de la venta de marihuana dentro del colegio.

Mario no sabía qué hacer, así que comenzó a investigar por su cuenta qué es lo que le había sucedido a su familia. Seguía viendo a Silvia para salir de la depresión. Gran excusa. A estas alturas, sin embargo, no podía culparlo: buscaba algún sentido a su existencia después de haber perdido todo por lo que había luchado. El siguiente capítulo narraba horas de incertidumbre y soledad. Por todos lados sufría. Sus vicios se fueron convirtiendo en rutinas y después en hartazgo. Ya no le satisfacían como antes. Podría tener frente a él todos los placeres del mundo, pero Mario quería algo más, buscaba algo más. Un verdadero consuelo. La lectura de este capítulo es farragosa y espesa: el autor se había enfrascado en contar detalladamente el estado de su espíritu. Una cosa como esa solamente podía narrarse desde una perspectiva de seriedad absoluta, siempre con la certeza de que el interior de una persona solamente puede contarse lentamente. Me costó trabajo terminar aquel capítulo. Sentí que tuve que empujar una roca cuesta arriba. No sobra decirlo, pero el estado mental de Mario era similar al mío, aunque más dramático. Él es un ser mucho más voluble y emocional que yo. Siente las cosas de manera más intensa, es un observador nato. Atiende a los detalles, descifra correctamente las caras de las personas, se da cuenta de las emociones de los otros. Es un traductor de sentimientos. Cuando vaga solo por las calles, borracho, sabe lo que los demás necesitan. Da

consejos en ese estado, y si al principio no tiene mucha suerte con los transeúntes con los que se cruza, poco a poco comienza a perfeccionar esas dotes. Así, los viernes en la noche, en Avenida México, hay un hombrecito que da consejos a la gente. Son buenos consejos, son consejos reveladores: es como un vidente. Las personas se le acercan y le dejan unas monedas después de escucharlo. Una noche, cuando regresa a su hogar, encuentra al agente del Ministerio Público Benavides. Te hemos descubierto, le dice, y más vale que deposites en esta cuenta algo de dinero, o vamos a revelar todo. El capítulo termina abruptamente cuando Mario tiene pensado acabar con Benavides, invitarlo a su casa y, sin previo aviso, dispararle y enterrar el cuerpo.

El mensaje estaba claro. Me levanté de la silla y miré hacia el techo. El manuscrito me lo estaba ordenando, me lo dictaba claramente: acabar, yo mismo, con Bejarano. Me había preocupado lo que me había dicho. Lo mejor que podía hacer en estos momentos, sin embargo, era depositarle el dinero que pedía y esperar. Si era cierto que Bejarano cubría mis huellas, lo mejor sería que estuviesen bien cubiertas. No tenía ni idea qué es lo que mis improntas decían, pero a decir del mohín del agente, de sus crípticas palabras, y su estado alterado, sería mejor cubrir con tierra y cemento aquello que, según él, yo había cometido. Fuera lo que fuera.

Capítulo XII

Al despertar me encontré a Soledad peinándose en el espejo. La luz de la mañana entraba a la habitación. El gato estaba en una esquina, y Soledad, sin que se hubiese dado cuenta de que yo la miraba, acarició al animal y le dijo algunas palabras. Sonreí. Soledad era feliz. Esa ha sido una de las razones por las que me he mantenido a su lado. Me levanté, les di a ambos los buenos días, y me preparé un café. Le dije que tenía cosas que hacer y que probablemente regresaría alrededor de las seis de la tarde a la casa. Me bañé y posé en sus labios un beso de despedida.

Había quedado de ver a Carlos en un restaurante cercano. Él pidió huevos estrellados y yo chilaquiles. Bebimos café y jugo de naranja. Antes de abordar el tema del encargo que le pediría, le pregunté por lo que se decía en la universidad acerca de mi (ya había renunciado definitivamente para pesar de algunos de mis colegas pero

felicidad del desgraciado de Torrentera). Aunque aquellas historias me traían sin cuidado, fingí interés. Algunos alumnos quieren hacerle un homenaje, doctor, yo les dije que usted no aceptaría, pero no me hicieron caso. ¿Quién organiza?, le pregunté. Darío Esqueda, ya sabe, el sabiondo. Me cae bien, le dije a Carlos, es un hombre de bien. Seguro, profesor, me respondió, mientras se metía a la boca un pedazo de huevo.

Pronto entré al tema del manuscrito. Se mostró sorprendido de que yo recordara el incidente de Beatriz y la familia y sugirió que se trataba de una broma pesada o algo por el estilo. Pero ¿para qué molestarse, Carlos? Soy un simple académico, no un investigador privado o un político de nombre público. Necesito que recuerdes todo lo que sucedió aquel día. Cada gesto del hombre y de la mujer, lo que aquellos niños tenían en las manos, cómo iban vestidos y de qué hablaron. Quiero que lo recuerdes todo, Carlos. Es importante que lo hagas. Si tenemos suerte, ese pedazo de papel puede guiarme al lugar donde se encuentra mi familia. No puede ser una coincidencia. Pedimos la cuenta. Carlos se levantó y me prometió que en tres días tendría noticias suyas.

Mi siguiente paso fue ir al banco a depositarle al cochino de Bejarano. No había cola y para las doce y diez minutos, el depósito estaba hecho. Con eso me lo quitaría de encima. Tomé el celular y le marqué. Contestó de buena gana. Le dije que podía disponer del dinero cuando quisiera. Gracias, dijo, seguiré en contacto con usted, y colgó, sin darme tiempo de preguntarle nada. Bejarano –era obvio– escondía algo y la única forma de saberlo sería hablar con él cara a cara. Me dirigí a la Colonia Doctores; no tardé nada en llegar, y entré al *bunker*. Contrario a lo que

pensaba, no era un lugar atemorizante. Era una oficina pública como muchas otras, solamente que ahí se investigaban homicidios, violaciones, robos y secuestros. Aquella de allá pudo haber sido víctima de secuestro; aquella otra, de un robo. Subí un ascensor y llegué al área de secuestros. Había pocas personas. El pasillo era largo y tenía ventanales del lado derecho. Del lado izquierdo estaban los cubículos de los ministerios públicos. Su cubículo era el D-4. No había nadie, solamente una silla vacía y papeles desparramados por todos lados. Había también dos fotografías. La primera con una mujer y dos niños. En la otra, de nuevo una mujer distinta y otros dos niños. Una planta de plástico era el único adorno que daba al cubículo un poco de vida, artificial, ciertamente, pero vida: un manojo creado de falsedades, igual que yo. Todo lo demás estaba envuelto entre la paleta de lo oscuro y la melancolía de un mejor pasado: aquella oficina había visto mejores días.

Una mujer prieta y gorda se me acercó, ¿busca a Bejarano? Sí, le respondí. Cuando volteé a mi derecha, buscándolo, lo vi, y él también me vio. Me dio la espalda y comenzó a alejarse. Bejarano, le dije, y mientras yo apuraba el paso, repetí: Bejarano. Entonces, sin previo aviso, comenzó a correr y tomó el pasillo. Agarró las escaleras que llevaban a la calle y, de dos en dos, comenzó a bajarlas. Yo le gritaba que se detuviera, que me dijera dónde estaban mi esposa y mis hijos, que dejara de esconder lo que escondía. Estuve tentado de aventarme y agarrarlo, pero la maniobra se me antojó imposible. Era rápido y ágil a pesar de su edad y su enfermedad (yo no era ningún atleta, pues hacía tiempo que había dejado la raqueta de tenis en un desván). La placa que Bejarano llevaba colgada en el cuello daba vueltas, como queriendo aprovechar el momento

para ahorcarlo; en la cintura, inamovible, una escuadra. Pensé en que si lograba hacerme con la pistola podría detenerlo, pero no pude. En la mano derecha llevaba unos papeles. De un salto bajó cinco escalones pero tropezó al tocar el piso, y de no ser por los policías que salieron de la nada y me detuvieron, lo hubiese atrapado. Se esfumó por una puerta blanca, mientras los dos hombres me sujetaban de los hombros. Hijo de puta, me dijo uno, no lo vuelvas a buscar o te va a ir peor, y me golpeó la nariz y los ojos mientras el otro, cuando yo ya estaba en el suelo, me pateó el estómago repetidas veces. Al igual que aparecieron, desaparecieron. El sol me daba en la cara y sentí la sangre atravesar mi cuello e instalarse en mi boca. Me toqué la nariz. Me dolió. No había nadie a mí alrededor. Recordé que en mi bolsa había puesto unas servilletas que había cogido del restaurante en la mañana. Salí a la calle a buscar un hospital.

Cuando llegué a casa alrededor de las nueve de la noche, Soledad me tenía preparada la cena. Nada más verme se abalanzó sobre mí y me rodeó el cuello con sus brazos. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Me hizo sentarme y trajo algodón y alcohol. Soledad, le dije, ya fui al hospital, no es nada grave, solo unos moretones. Me besó los labios y me preguntó qué había sucedido. Me asaltaron, mentí. Me resistí. Me quitaron todo el dinero, pero no la cartera. Eso fue todo. Pendejos de mierda, exclamó, son todos unos rateros de mierda. Me sirvió lasaña, vino y ravioles. Mientras comía, me masajeaba los hombros y el cuello. Esa noche dormí doce horas.

Capítulo XIII

Estuve durante tres días en la cama sin hacer nada. Me dolía el estómago, el cuello y la cara. Me movía solamente para ir al baño. Soledad se encargó de todo. Ella recibió las cartas de los estudiantes (llegaron dos), pagó la luz y el agua, compró sardinas y atún para el gato, rentó unas películas y pidió comida. Beatriz no lo pudo haber hecho mejor. El problema era que mi familia seguía desaparecida o, en el peor de los casos, muerta. No podía sacarme de la cabeza ese pensamiento, que me asaltaba a cualquier hora del día, y que se colgaba de los hilos de mi mente. Durante algunas horas del primer día vagó por mi cabeza la idea de dejar las cosas como estaban y no hacer nada por alterarlas. Dejar en paz a Bejarano. Dejar en paz el recuerdo de Beatriz y de los niños. Dejar en paz el manuscrito. Quemarlo. Olvidarme de él. Pero yo sabía que no podía hacerlo. Lo menos que podía hacer por mi familia era ave-

riguar qué es lo que había sido de ellos. Muertos o vivos. Tenía que saberlo. No podía seguir viviendo con esa incertidumbre. Dependiendo de la buena o mala investigación que Carlos llevara a cabo, las cosas tomarían un rumbo u otro. Me impacienté ante los minutos que transcurrieron aquellos dos días sin que yo pudiese hacer nada, excepto esperar y distraerme con algunas novelas o programas que pasaban en la televisión. El gato me acompañaba durante buena parte del día. Yo lo acariciaba e intenté enseñarle algunos trucos, pero mis esfuerzos cayeron en saco roto. El gato era agradable pero tímido.

Le pedí a Soledad que saliera con sus amigos a algún lado, que no tenía edad para pasarse todo el tiempo con un hombre de mi edad, y que si no hacía lo que le recomendaba, pronto comenzaría a aburrirse de mí. Ella seguía yendo a la universidad (su padre, a regañadientes, se la pagaba), así que durante varias horas al día me quedaba solo. Estuve tentado de escribir pero no podía ni siquiera moverme, y la idea de pararme y comenzar a hacerlo sentado en una silla me doblegaba.

En la tarde del tercer día llegó Carlos. Soledad lo recibió (son buenos amigos) y bebieron café en mi habitación. Creo que nunca los había visto juntos y solamente nosotros conocíamos lo que había entre Soledad y yo. Carlos estuvo animado e hizo algunas bromas de mis colegas que me partieron de la risa. Después de un rato, Soledad salió de la habitación y nos dejó solos. Carlos miró hacia los lados, como buscando a alguien. Me entregó un sobre cerrado. Esto es lo que recuerdo de aquel día, dijo, pero mejor le cuento. Cuando Beatriz se levantó, profesor, en lugar de seguirla (yo sabía que iba a su casa), seguí a la familia, pero no por mucho tiempo, pues tampoco era

mi intención hacerlo. Solamente quería asegurarme que eran personas comunes y corrientes. Salieron de la plaza comercial. Entraron en una callejuela no lejos de ahí. Y eso es todo. Quizá podamos ir a buscarlos, pero no creo que encontremos nada. Vale la pena intentarlo, le dije, vale la pena intentarlo. Recuerdas algo más, le pregunté. Nada que pueda ayudarnos, doctor. Todas mis observaciones están en el sobre, si recuerdo algo, por supuesto que se lo diré. Justo antes de que fuera a cruzar la puerta, lo detuve. Carlos, mañana pasa por mí a las doce del día. Estaré listo. ¿Seguro que puede moverse?, me preguntó. Estoy seguro.

Me quedé sumido en mis pensamientos. Cuando Carlos salió, entró Soledad con un nuevo sobre amarillento. ¿Quién te los manda?, me preguntó. Un colega, es su nueva obra, le dije. Se me quedó mirando un momento y salió de la habitación.

En el siguiente capítulo Mario recibe una golpiza de dos policías que lo habían arrinconado cerca de su casa para que hablara. Querían saber de dónde había sacado el dinero, pero estaba ante una disyuntiva terrible. O les decía quién y dónde estaba el centro de abasto de marihuana en la escuela o me golpearían. Pensé en Darío y Gerardo y las posibilidades de que los lastimaran. Opté por no decirles nada, sabiendo que llegado el caso, quizá podría hablar con mi patrón, pidiendo protección. Me pusieron una buena golpiza, pero no cedí. El dolor no es otra cosa que traer el pasado al presente. Lo que sentimos ya sucedió, pero tiene repercusiones en la memoria y en los sentidos. Nos sentimos frágiles porque conocemos nuestras debilidades. Y yo las tenía esparcidas por mi cuerpo y por mi mente. El médico me recomendó reposo y me dijo que tenía dos costillas rotas. Silvia cuidó de mí mara-

villosamente y lo único que lamento de aquellos días fue que no pudimos hacer el amor. Durante tres días extrañé su cuerpo y los volúmenes de su piel. Quería poseerla, pero no podía. Quería pasar mis dedos por su espalda y meterlos en su boca.

Mario está en una situación incómoda. Un hermano suyo había aparecido después de muchos años y está exigiendo una parte de la herencia de su madre. No tiene ni idea de dónde pueden estar su esposa y sus hijos y sigue sin trabajo. Es entonces, después de semanas de recuperación, que decide ponerse a escribir. El autor del manuscrito vuelve a sentir desprecio por Mario. Pone en su cabeza pensamientos como: ¿y de qué vas a vivir, bribón, si decides ponerte a escribir? ¿Estás dispuesto a fracasar otra vez como tantas veces? Si eres un pobre diablo, que apenas si puede poner una palabra tras otra. No te hagas ilusiones, no vas a lograr nada. Mario, sin embargo, comienza a escribir. Lo hace por las noches y las palabras van fluyendo como un río continuo. La imaginación no se guarda nada. El lápiz o la pluma o la máquina de escribir no cercenan las palabras. Todo va cayendo a la perfección. Después de unas semanas de trabajo enloquecido, Mario está a punto de concluir la novela. Y es en unos de esos días cuando Blanca y los niños aparecen frente a él. Está comiendo, solo, cuando siente que algo revolotea a su alrededor. No sabe de qué se trata, y si bien al principio ignora lo que sucede, pronto cae de la silla, espantado. Ante él, tres personas lo están mirando fijamente. Comienzan a hablar entre ellas, olvidándose por completo de Mario. El protagonista no sabe qué hacer, así que mientras continúa sorbiendo la sopa, los mira de reojo. Hablan un lenguaje que no entiende, pero que le parece familiar, como si en

sueños lo hubiese escuchado. Cuando se da cuenta, está recostado en la cama, preguntándole a Silvia por su mujer y sus niños. Silvia se toma mal esas preguntas y lo interroga respecto a sus sentimientos. Silvia quiere saber si Mario continúa queriendo a Blanca. Le contesta que no sabe. Silvia se aleja, y días después lo confronta nuevamente. Después de una pelea en dónde hay platos rotos y gritos al por mayor, Silvia decide quedarse con él.

Conforme el tiempo pasa, las letras mejoran. La historia que Mario está escribiendo no puede ir mejor. Descansa poco y solamente para lo indispensable. Conforme avanza le pasa el manuscrito a Sebastián Díaz, amigo suyo que en el pasado le había ayudado a corregir algunos textos. Días después de haberle mandado buena parte de la novela a Sebastián, éste le responde. Cree que el texto es inmejorable, y que en cuanto lo concluya, le encantaría leerlo. La carta de Sebastián está llena de elogios, es muy emotiva. Cree que la novela bien puede convertirse en un texto de referencia. Emocionado por la reseña de Sebastián, Mario redobla esfuerzos. Si antes salía de su habitación solamente para lo indispensable, ahora reduce al mínimo sus salidas. Silvia está preocupada y cree que ese trabajo lo está trastornando. Le pide que se tome un descanso, pero Mario está obsesionado en terminar la historia. Come sobre su mesa de trabajo, procura no distraerse con nada, y le encarga a Silvia todas las tareas cotidianas. Se levanta a las ocho de la mañana y no es sino hasta las ocho o nueve de la noche cuando termina. Se siente poseído por una fuerza extraña, pero lo único que sabe es que tiene que concluir ese manuscrito. Es de urgencia extrema. Un sueño: el suyo.

Capítulo XIV

A duras penas logré levantarme al día siguiente. Si bien el dolor había amainado, aún conservaba huellas de guerra. Carlos llegó a la hora convenida. Partimos. En la ciudad no había tráfico, ni nada que nos detuviera. Llegamos a un centro comercial cerca de Xochimilco y bajamos del carro. Carlos no recordaba del todo en qué calle se habían metido. Tardamos un poco en encontrar el lugar exacto. Después de preguntar, Carlos miró hacia una esquina. Ahí está, dijo. Esa era la calle. Lentamente (yo apenas podía caminar), dimos vuelta. Todo parecía viejo, derruido y cansado. Conforme caminaba por la acera, sentí que algo dentro de mí iba muriendo. Recordaba ese lugar, pero no podía saber porqué. Había algo extraño, algo siniestro. Me aferré a la mano que Carlos me tendía y la apreté. Me volteó a ver pero no dijo nada. Puedo solo, dije, y me apoyé en el bastón que hasta ese momento no había querido

utilizar. Las casas eran pequeñas y en una de esas (si la memoria de Carlos no fallaba) vivían Mario y Blanca. Una emoción recorrió mi estómago y se instaló en mi mente. Si todo salía bien, podría comenzar a resolver, aunque fuera un poco y después de muchos meses, el misterio de la desaparición de mi familia. Decidimos tocar casa por casa. La mayoría estaba deshabitada. Otros nos despacharon rápidamente. Algunos se mostraron hostiles ante nuestra presencia y los demás, simplemente, no nos abrieron. En la séptima puerta, nos abrió una pareja joven. Él traía aretes en labios y cejas, y ella un tatuaje que le envolvía el cuello y bajaba por el brazo hasta tocar sus dedos. Era alucinante; uno se podía perder fácilmente en ese laberinto multicolor. Nos voltearon a ver sin decir nada. Buscamos a una pareja, les dijo Carlos, Mario y Blanca. Qué quieren con ellos, preguntó la mujer. Somos amigos y les debemos algo de dinero, dije, y saqué un sobre que había preparado para contar la historia. Si son sus amigos, dijo el hombre, deberían saber qué fue lo que sucedió. Volteé a ver a Carlos, que se alzó de hombros y negó con la cabeza. Pasen, dijo la mujer. Tenía el pelo pintado de azul, y algunos kilos de más.

Entramos a una sala y nos sentamos en un sofá rayado. Era cómodo. Sin mediar pregunta, el hombre abrió un par de cervezas y nos las dio. Carlos se apoltronó y tragó saliva. El hombre se llamaba Eleuterio y la mujer Teofanía. Así nos llamamos y se acabó, dijo la mujer. La gente se la pasa preguntándonos el porqué de nuestros nombres y estoy harta de dar explicaciones. Muy bien, dije. Bien, dijo el hombre, y se sentó en una silla. Tenía los ojos pintados. Nosotros venimos del norte, continuó, y llegamos a esta pinche ciudad hace unos años. No nos ha ido mal, pero

tampoco bien. De no tener nada a esto...bueno. Hace unos meses decidimos mudarnos de casa. Vivíamos en un departamentito y Teofanía, bueno, es una mujer exigente, ¿verdad? Ella asintió una vez con la cabeza, seria, sin dejar de vernos. Nos estaba escrutando. Mi mujer quería un lugar más amplio, entonces comenzamos a buscar en el aviso oportuno algún lugar que nos acomodara pero no encontramos nada, hasta que un buen amigo (la mujer carraspeó sin dejarnos de ver) nos dijo que en Xochimilco había una casa muy barata a la venta. Cuando vinimos y nos dijeron el precio, no lo pensamos dos veces. Pero Teofanía, que es muy despabilada, pensó que algo andaba mal y que no nos habían contado toda la historia. Lo cierto es que fue una ganga y yo no me arrepiento de haberla comprado. No nos da problemas, no tiene desperfectos y es espaciosa. Pero después de un tiempo, mi esposa me tomó por sorpresa con la noticia. ¿Qué me dijiste, preciosa? Algo así como: Eleuterio, he investigado, y resulta que aquí mataron a una familia. Niños y todos. Yo no podía creerlo, aunque después de pensarlo un rato, la idea no me pareció tan descabellada. Por eso estaba tan barata. Por eso se habían apresurado a venderla. Maldita sea, pensé, pero lo hecho, hecho está. Lo menos que podía hacer a partir de ese momento, dijo el hombre, fue ponerme a investigar qué es lo que había sucedido en esta casa. Y bueno, lo que encontré no me gustó para nada. Resulta que aquí vivía una familia. La familia Lozoya. Mario, Blanca, Darío y Gerardo. No entiendo cómo no se enteraron de lo que les sucedió. Nosotros estudiamos en el extranjero, le dije con voz temblorosa, y si bien manteníamos algún tipo de contacto con ellos, lo cierto era que nos habíamos dejado de hablar. Yo me llamo Mariano Peredo, él es Carlos Jara-

millo. Lamenté haber dicho nuestros nombres verdaderos. Hace años no los veíamos, continué, y la última vez que lo hicimos, ellos nos prestaron mil pesos, y nos pareció un buen gesto, ahora que estamos de regreso en el país, visitarlos y pagarles. Ya veo, dijo Eleuterio, ya veo. Sí, bueno, lo que importa es que, un día, los vecinos escucharon disparos en la casa. Seis disparos. Según el parte pericial, la tragedia ocurrió alrededor de las dos de la mañana. Al parecer, no se llevaron nada. Sin embargo, después de un tiempo, un amigo de la pareja, Sebastián Díaz, reveló que faltaba un manuscrito. Un manuscrito que su amigo estaba escribiendo. Aquello apareció en algunos periódicos en la sección de nota roja, pero nada más. El caso se fue olvidando. Ya nadie habla de él excepto los vecinos y nosotros. He intentado investigar con la policía cómo va la cosa, pero la verdad es que no tengo ni idea de dónde empezar. He estado buscando alguna pista dentro de la casa, pero tampoco he encontrado nada. Teofanía me dice que estoy obsesionado, y tal vez sea cierto. A las mujeres hay que hacerles caso. Luego saben cosas que uno ni se imagina. Lo siento mucho, amigos, en verdad lo siento, pero no hay nada que puedan hacer. Volteé a ver a Carlos y lo miré, boquiabierto. Si era verdad todo lo que ese hombre decía, entonces tenía en mis manos (o eso creía) el móvil del delito. Teofanía se levantó y trajo unas empanadas, que comimos en silencio. El hombre se limpió la boca y continuó hablando. Me parece extraño, dijo con voz queda, que alguien quisiera robar un pedazo de papel con algo escrito. Y me parece aún más extraño que alguien matara a unos niños por eso. Pero uno nunca sabe, en México suceden todos los días cosas más raras y nadie dice nada. La mujer se levantó y dijo: están enterrados en el Panteón México,

cerca de aquí, por si quieren ir a visitarlos. Antes de irnos, le pregunté a Eleuterio si el tirador había fallado o algo por el estilo. Según lo que he investigado, los niños recibieron un disparo en la cabeza cada uno, la mujer uno en la nuca, y el hombre uno en el corazón, y dos en el pulmón derecho. Él fue el único que murió desangrado, los demás murieron al instante. Al menos los niños se fueron rápido, dijo la mujer, y apretó los labios. Es verdad, preciosa, es verdad, remató su esposo. Salimos por la puerta trasera, y llegamos a la lateral del Periférico. No dijimos nada en el camino. Cuando llegamos al departamento, Soledad no estaba. Mejor. Sentí ganas de vomitar. Me dirigí al baño y expulsé todo lo que tenía. Me lavé los dientes, le di de comer al gato y me senté en la sala con Carlos.

Qué piensas de esto, le pregunté. No lo sé, profesor, pero estoy que me lleva la chingada. Creo que estamos pisando terrenos fangosos, dijo. Lo sé, le respondí. No te preocupes, Carlos, no te voy a pedir nada más, con lo que has hecho es suficiente, y eso me basta. Mi asistente no dijo nada. Tenía los ojos puestos en el piso. Después de unos minutos de silencio, me dijo, tírelo doctor, tire ese maldito manuscrito y olvídese de él, no le puede traer nada bueno. Lo haré, le dije. Carlos se levantó, abrió la puerta del departamento y, sin despedirse, salió. Me quedé solo. No sabía qué hacer y durante unos minutos estuve mirando al vacío. Me fui a la cama sin Soledad, que apareció, borracha, a la una de la mañana.

Capítulo XV

Abrí el manuscrito después de una noche de desvelo. Apenas había dormido un par de horas. El café logró despertarme un poco. Soledad se había ido a la universidad. Me senté en la mesa de trabajo y comencé a examinarlo una vez más. En el siguiente capítulo, Mario le había enviado a Sebastián Díaz su obra. Los elogios de su amigo escritor seguían llegando, pero conforme pasaron las semanas, Mario comenzó a impacientarse: la opinión final no llegaba. Se tranquilizó diciendo que si su obra era tan buena como Sebastián creía, entonces tomaría algo de tiempo analizarla y corregirla. Durante algunas semanas Mario intentó distraerse con otras cosas. Silvia era su principal estímulo ahora que su esposa había desaparecido. También fantaseaba con lo que iba a hacer una vez que su obra saliera a la luz. Firmaría ejemplares todos los días, la presentaría en las mejores ferias y su voz se escucharía en los

programas de radio. A lo mejor hasta en la televisión. Se siente feliz. Tiene muchas esperanzas en su novela y sabe que cuando esta vea la luz, todos reconocerán su talento y disciplina. Se imagina codeándose con escritores famosos y reconocidos. Y después de esa novela, escribiría otra y después otra, una mejor que la anterior. Imaginó, igualmente, que su familia volvería a aparecer y que todo había sido fruto de una terrible confusión. Mario no tiene ni idea de qué es lo que le dirá a Blanca una vez que la vuelva a ver, pero la idea de tenerla entre sus brazos le provoca una emoción que no puede describir. Silvia sería un problema. Si lo que Mario pretendía era olvidarse de toda esta pesadilla, tendría que dejar a su amante atrás. Con ella, su vida había comenzado a desparramarse y con ella tendría que terminar. No sabía cómo ni cuándo, pero Mario tenía que hacerlo. Silvia había sido una mujer excepcional, pero, ¿a costa de qué? ¿De quienes?

Si bien jamás he creído en coincidencias ni azares, el inicio de mis desgracias había empezado con Silvia. Necesitaba cambiar algo en mi vida para cambiarlo todo. Era una ley de la vida. Si algo no funciona es porque algo seguimos haciendo igual. Hay que atreverse a cambiar, dejar el pasado a un lado, otear nuevos horizontes.

El capítulo continuaba con reflexiones del autor sobre la vida y la superación personal. Igual que todo el libro, muy bien escrito y pensado. No dejaba nada fuera y tampoco se excedía en narraciones innecesarias. Pronto, y casi sin darme cuenta, comenzó a pasarme por la cabeza el hecho de que ese libro, ese manuscrito, había sido escrito por mí, que mi firma estaba por ahí, por algún lado, y que por alguna extraña razón se había borrado por completo. Con ese libro podía hacer milagros. Paulina se mostraría

sorprendida porque –estoy seguro- ella supondría que no estaba escribiendo nada y después de unos meses de completo silencio, sería una sorpresa. El escritor Mariano Peredo no se cansa jamás; es un monstruo literario; un paladín de las letras. Imaginé que con aquel manuscrito podría ganar algunos premios y recibir miles de elogios. Podría recuperar mi vida. Jamás me había pasado por la cabeza plagiar un trabajo. Era la victoria de la mediocridad sobre la honestidad. La verdadera prueba de moralidad viene cuando tenemos ante nosotros la oportunidad de realizar un acto inmoral sin riesgo alguno: los testigos son el escollo de lo verdadero. Yo la tenía en este momento y sería mí decisión y sólo mía. Nadie podría saberlo, a menos que el verdadero autor del manuscrito (a estas alturas sabía que solamente se podía tratar del Mario *real*) o alguien más, se enterara. Para comprobar si en verdad ya alguien lo había registrado, tendría que pedirle a Carlos, muy a mi pesar, que revisara en la oficina de derechos de autor si había un texto igual. Le marqué, pero no contestó. Volví a intentarlo, nada. Quizá tendría que dejar pasar un tiempo antes de que mi asistente quisiera volver a verme. Lo de ayer había sido, a lo menos, extraño y, a lo mucho, peligroso. Carlos no querría verse involucrado en algo así. La historia de Eleuterio era espeluznante y las miradas que Teofanía nos mandó no auguraban nada bueno. Quizá no se haya tragado la historia que le contamos y por eso no nos quitaba los ojos de encima. Por muy alejado que uno esté de las personas siempre hay una manera de contactarlas, sobre todo si habían sido amigos en el pasado. Teofanía sabía que algo andaba mal y seguramente, después de irnos, le dijo a su esposo algo así como, Eleuterio, tú sabes que toda la historia que nos acaban de contar es fal-

sa, esos tipos querían otra cosa. A lo que el hombre tal vez respondiera, sí preciosa, se me hace que puedes tener algo de razón, creo que no eran amigos de la pareja, sino que buscaban otra cosa, quizá el propio manuscrito. Enseguida, el hombre se levantaría de su sillón, abriría una cerveza y prendería la computadora. Pondría mi nombre y se daría cuenta que soy escritor. Entonces yo estaría metido en un problema. Pero ¿qué podían hacerme? ¿De qué me podía acusar? ¿De ir a su casa a hacer preguntas? Además, de ser el caso, yo no estaba escondiendo nada más que un manuscrito y, aparte de las misteriosas palabras de Bejarano (*Quien le está cubriendo las huellas)*, yo estaba seguro que no había cometido ningún ilícito. Al menos, mi conciencia no me decía que así había sido. Desde la desaparición de Beatriz hasta el día de hoy, mi comportamiento había sido taciturno, pero intachable. Había testigos. Carlos había visitado mi morada en varias ocasiones; Soledad vivía conmigo; y Matilde había ido todos los días a mi antigua casa.

Fue entonces que decidí hacer mío el manuscrito. Sopesé las ventajas y las desventajas, y opté por ponerle mi nombre. Yo mismo iría a la oficina de derechos de autor a preguntar si ya alguien lo había inscrito. No perdería el tiempo. Si no podía escribir nada, estas letras me sacarían de apuros. Con ellas, mi inspiración regresaría y podría volver a escribir lo que quisiera. Mi talento no podía desaparecer con mi esposa e hijos. Eso sería imperdonable. Quedarnos para siempre en el pasado es síntoma de cobardía. Yo no sería de esos que lamentan lo que les ha sucedido y que no hacen nada por remediarlo. Yo tenía que empujar la pesada piedra de las ausencias. Salir de la cueva en la que me encontraba y ver que había más mundo del que en principio parecía haber. Y el manuscrito era

mi boleto de salida. Entonces, sin perder más el tiempo, me levanté, me acicalé, y salí a la calle. Lo primero que hice fue sacarle una copia al libro. Regresé el original a la casa, y me fui. La oficina de derechos de autor quedaba en la Colonia Roma. Cogí un taxi y, en media hora, ya había llegado. Había tres ventanillas y poca gente. Me acerqué a una de ellas. Quisiera saber si ya han inscrito una obra, dije. ¿Usted el autor?, me preguntó la anciana que estaba frente a mí. Sí, yo soy el autor, pero la persona que mandé es poco confiable, quisiera saber si…Está bien, está bien, me interrumpió, siempre hacen lo mismo, ¿para qué mandan a alguien registrar lo que no es de uno? Bueno, yo… ¿Cómo se llama la obra?, preguntó. *Apariciones*, respondí. La anciana se fue unos quince minutos. Me senté en una silla que estaba cerca, y esperé. El reloj marcaba las doce y cuarto. Cuando la viejita volvió, me dijo que había tres obras con el mismo nombre: dos eran audiovisuales y la otra eran una obra dramática. Nada más. Muy bien, contesté, entonces me gustaría inscribirla, y señalé el sobre. Llene usted el formato y pague en la caja de allá, contestó, malhumorada. Son ciento setenta y siete pesos. Pagué y salí en cuanto pude de aquel lugar. La obra era mía y de nadie más. Aun si alguien llegara con un original, yo la había registrado antes. El problema era, ahora, el tiempo. Quien sabe cuántos capítulos faltaban, y quién sabe cuándo me los mandaría quien fuera que lo estuviese haciendo. Maldita sea. Lo único que podía hacer era terminarla yo mismo. Yo tendría que darle vida a Mario, hablar con él, hacer que me confesara sus obsesiones. No sería una tarea fácil, especialmente después de no haber escrito nada (o muy poco) en meses. Sin embargo, confiaba en mi talento y en el hecho de que la mayor parte de la historia estaba

escrita. Al fin y al cabo yo podía decretar su término cuando se me antojara. Además, el manuscrito tenía mi sello, aunque mejorado. Lo único que tenía que hacer era tomar los mismos giros lingüísticos, usar las mismas metáforas, describir con la misma precisión a los personajes. Mario era un personaje difícil de administrar. Pero yo confiaba en que podía lograrlo. En que podía manipularlo como el títere que él era en realidad.

Capítulo XVI

El siguiente capítulo del manuscrito había llegado. Mario había sido traicionado por Sebastián Díaz. Este se había robado la novela y la había presentado a una editorial que, en pocas semanas, la había inscrito como obra suya, y estaba a punto de publicarla. Mario cae entonces en una depresión y amenaza a Díaz de ir con las autoridades si no da marcha atrás en su plan. Se presenta en casa de Díaz y le propina tremenda golpiza. Su ex amigo va a parar al hospital. Con vigilancia policiaca, sale en algunos días. La noticia hace eco en la prensa. Díaz aparece como una víctima. Mario clama por justicia, pero nadie parece creer su historia. Sin embargo, comienza por fin a tomar las riendas de su vida. Junta a varios improvisados para manifestarse afuera de la editorial. Se presentan en casa de Díaz y no lo dejan dormir. Mario consigue un par de entrevistas de radio. La noticia vuelve a tomar forma,

pero esta vez contra Sebastián. Mario sabe que si sigue luchando por lo que es suyo, Díaz va a desistir. Entonces el autor del texto (yo, según el registro oficial) le da un giro brutal a la historia. Una noche, mientras Mario y Silvia duermen en su casa, se aparece Díaz a la puerta de su hogar. Entra por una ventana sin barrotes y llega hasta el cuarto de Mario. Ve a su amigo dormido, junto a Silvia, que no ha cumplido ni los veinte años. Díaz piensa que el momento ha llegado y que si no toma esta oportunidad, su carrera como escritor terminará y él seguirá siendo un fracasado. Es necesario acabar de una buena vez con todo esto. Sin mayores preámbulos, saca una pistola y vacía el cargador en los cuatro cuerpos. Mario no tiene tiempo de reaccionar. Silvia tampoco. Díaz sale de la casa y se pierde entre sombras. Tiempo después, se publica la novela. Sebastián Díaz gana el Premio Nacional de Letras, el Premio a la mejor novela extranjera publicada en Francia, y el Premio Estatal Juan José Torrijo que otorga el estado de Nuevo León. El autor comienza a relatar la vida de Díaz, que a partir de ahí se convierte en un torbellino de éxitos. Las palabras fluyen cada vez que se sienta frente a su computadora y se mantiene concentrado y atento en la historia. Nada sobra, nada falta. Los premios siguen llegando, comienza a escribir en las más reconocidas revistas a nivel nacional. Un periódico español le propone darle un espacio en sus páginas. Díaz acepta. La novela que ha plagiado se ha traducido a más de diez idiomas y vendido tres millones de copias en todo el mundo. Díaz se encuentra en la cumbre de la literatura.

Tengo que admitir que el giro que el autor le había dado al libro me había impresionado. Aquel había sido un movimiento osado y muy bien calculado. ¿Qué es lo que

¡ba a pasar después? Imaginé varios finales (yo suponía que la obra estaba a punto de concluir) pero ninguno de ellos me satisfizo. Después de mucho pensarlo, de reflexionar una y otra vez, de analizarlo detenidamente, llegué a la conclusión de que al final, al intentar cerrar la obra, el autor se había equivocado. Que la historia había tomado un camino por completo ajeno a ella misma. Asesinar a su protagonista era una forma ambiciosa pero inesperada de concluir una novela. El capítulo, como ya era habitual, se interrumpía en forma intempestiva y solo seguían hojas en blanco.

Sin perder más tiempo, puse manos a la obra. Ya había llegado el momento de que yo concluyera el libro. Tendría que agregarle tal vez un par de capítulos y listo. Todo embonaría a la perfección y lo único que tendría que hacer sería entregarle el manuscrito a Paulina, que se mostraría emocionada y agradecida. Esta obra sería mi novela cumbre, la perfección literaria. No había ni una sola falta de ortografía, ni una sola laguna en la historia. Simplemente, yo tendría que modificar algunas poquísimas cosas y agregar otras para darle más verosimilitud. Después, todo iría a pedir de boca. Volví a hablarle a Carlos, pero tampoco me contestó. Soledad no aparecía por ningún lado, así que cogí un cuaderno y una pluma azul y comencé a escribir. Al principio parecía que no tendría problemas, pero después me di cuenta que no podía hacer nada. Literalmente. No podía moverme. No podía apuntar nada en la hoja. Esta parálisis me duraría unos cuantos segundos, pero fueron suficientes como para darme cuenta que, después de todo, quizá necesitara dejar que la maldita novela me siguiera llegando por entregas, como hasta entonces.

Fui al refrigerador y destapé una cerveza. No me iba a dar por vencido tan fácilmente. Me volví a sentar y comencé a escribir. Quise revivir a Mario, pero me fue imposible. De pronto me di cuenta que un personaje tan sufrido como Mario tenía que morir. Que su muerte era correcta, que estaba justificada. Seguí describiendo los éxitos literarios de Sebastián Díaz pero, al concluir ese capítulo y volverlo a leer, me pareció tan falso que lo deseché en seguida. Mi escritura no embonaba con la del manuscrito. Esta era un derroche de energía, pura firmeza y seguridad. En un arrebato de ira, golpeé la mesa, tiré unos cuantos libros, y grité. Mi escritura estaba detenida ante una pared invisible. Algo no estaba funcionando. Me senté durante unos minutos en el sofá. Estaba furibundo. Enojado conmigo mismo: había fallado. No sé me ocurrió qué es lo que tenía que hacer para salir del bache.

Alguien tocó la puerta. No quería abrir, así que esperé a que el intruso desistiera. Pero no lo hacía. ¿Quién podría ser? Tanto Carlos como Soledad tenían llave del departamento y no podía pensar en nadie más que viniera a verme. Muy a mi pesar, me levanté y abrí la puerta. Al principio no lo reconocí porque tenía la cabeza agachada y llevaba un sombrero puesto. Pero momentos después supe de quien se trataba: el maldito Bejarano. Sin pensarlo dos veces, lo agarré de la camisa y lo atraje hacia el interior del departamento. No opuso resistencia. ¡Dónde está mi familia! ¡Tú lo sabes!, le dije, lo has sabido desde el principio. No contestó. Le tiré el sombrero. Esbozó una sonrisita.

¿No se acuerda de nada, verdad profesor? ¿O se hace pendejo? Lo solté y más tranquilo le dije: no, no me acuerdo de nada. ¿Qué sucedió? ¿Qué fue lo que hice?

Bejarano se sentó en el sofá, encendió un cigarrillo y me miró. Llevaba puesta la chaqueta negra. Usted lo hizo, profesor, usted es el problema, la causa de que hayan comenzado a investigarnos: a mí la contraloría interna y a usted un compañero mío, que le quiere iniciar una averiguación por homicidio. Estamos a un tris de la cárcel, profesor, dijo con voz quebrada. Si la investigación continúa, estamos muertos. Lo intenté, dijo, tocándose la cara, lo intenté, pero es demasiado. Yo lo miré, inquiriéndole con los ojos. Continúe, dije. El hombre me miró con miedo, como si estuviese viendo a un fantasma, o a la muerte misma.

Inhaló. El departamento parecía un infierno: rezumaba un espíritu maligno y estaba a punto de cobrarme todos mis pecados. Lo sabía. Cualquier cosa que saliera de la boca de Bejarano tendría consecuencias funestas. Hace un año y medio, dijo, usted recibió un manuscrito de manos de su esposa; a ella se lo había entregado un hombre llamado Mario, profesor de preparatoria. Su esposa lo había conocido en su tienda. Poco a poco, la relación entre ellos fue creciendo. Beatriz también se hizo amiga de Blanca, la esposa de Mario. Tenían dos hijos, Darío y Gerardo. Una familia encantadora. Poco a poco, conforme los lazos entre ellos fueron atándose, Mario, un escritorzuelo sin futuro, le entregó el texto a su esposa. Era una novela basada, en parte, en la vida del autor. Algo así como su vida en ficción. No sé explicarlo. Después de recibir el manuscrito, Beatriz se lo entregó a usted profesor, ¿no recuerda? No, dije, mi esposa nunca me dio nada, estoy seguro. Yo soy el que recibe manuscritos y textos, no ella. Bejarano se me quedó mirando. La cosa fue como sigue: usted se enamoró del escrito. Se obsesionó al grado que

dejó de dar clases, comenzó a beber, y a volverse, literalmente, loco. Su esposa se espantó, como cualquier mujer que ve a su marido enloquecer. Usted comenzó a actuar de modo extraño. Conforme usted leía el manuscrito, las letras parecieron absorberlo por completo. No salió de su lugar de trabajo durante días. Cuando por fin lo hizo, usted ya había cambiado. Lo único que tenía en la cabeza era hacerse con esa novela. Plagiarla. Días después contactó a Mario. Se sentaron a platicar. Usted le dijo que la novela le parecía maravillosa y que le pasaría sus comentarios. Mario se emocionó. Mario le contó a Sebastián Díaz, un amigo cercano. Las reuniones fueron haciéndose frecuentes. Usted estaba emocionado y Mario parecía comprarle todas sus promesas. Entonces usted lo traicionó. Quiso comprarlo. Le ofreció una cantidad exorbitante de dinero para que el autor se quedara callado y lo reconociera a usted como autor de la obra. Pero Mario no quiso. Durante semanas usted estuvo insistiendo, una y otra vez. Como solamente había un original de la obra, Mario se abocó a conseguir lo que era suyo. Fue a su casa. Usted estaba solo, pues su esposa estaba de viaje con los niños. Mario le siguió insistiendo. La situación era demasiado tensa y estaba desesperado, así que lo amenazó con hacerlo público. Usted accedió. Le devolvió el manuscrito y pidió disculpas. Cuando salió de la casa, Blanca lo insultó. Le dijo que era un marrano sin escrúpulos. ¿Por qué no lo dejó ahí, profesor? ¿Qué culpa tenían los niños? Usted lo hizo profesor. Fue usted, ¿acaso no me entiende? Siguió a Mario en su coche, se detuvo frente a su casa y escondido, esperó. Cuando eran aproximadamente las dos de la mañana, entró a la casa y los mató. Los niños recibieron un disparo en la cabeza cada uno, la mujer uno en la nuca, y

el hombre uno en el corazón, y dos en el pulmón derecho. Entonces tomó el manuscrito e inventó toda esta estúpida historia de no saber de dónde había venido. Yo soy el que le ha estado enviado esos sobres. La obra ya está escrita, profesor. Usted ya conoce el final.

Fue entonces cuando me contactó. La fama que me hecho en la Procuraduría lo llevó conmigo. Es cierto, soy corrupto, pero no soy un maldito desalmado. Cuando me contó lo que había hecho, mi primer impulso fue iniciarle una investigación, pero el dinero que usted me ofreció me tentó demasiado. En ese tiempo acababa de divorciarme de mi segunda esposa, la pensión alimenticia de mis hijos, luego mi cáncer, todo lo que me habían quitado... el dinero que usted me ofrecía era la solución. Lo pensé durante varios días hasta que, ahogado por mis deudas, lo tomé. Me arrepiento de ello. Usted había sido lo suficientemente estúpido como para dejarse ver. Un vecino lo reconoció. Le vio toda la cara. ¿Por qué se quedó sentado frente a la puerta? ¿Le disgustó lo que había hecho? ¿Tuvo un momento de conciencia o arrepentimiento? Por si no fuera suficiente, al día siguiente regresó al lugar de los hechos. Nuevamente, el vecino lo reconoció. Fue una casualidad que el vecino acudiera justamente a mí, al hombre que usted había comprado. Había que silenciarlo. Y lo hice. Todas las huellas parecían cubiertas, hasta ahora. Un compañero de asuntos internos escuchó nuestras conversaciones y quiere más dinero. Si algo le pasa, me advirtió, nuestras conversaciones saldrán a la luz. Al principio creí poder controlarlo, pero me equivoqué. Está pidiéndome un millón de pesos. Tiene grabadas cada una de nuestras conversaciones. ¿Qué vamos a hacer, profesor? Lo quiere para dentro de treinta y seis horas. ¿Él sabe quién soy?,

pregunté. Claro que lo sabe, y pronto usted sabrá quién es él si no le damos lo que quiere.

Voy a decirle otra cosa profesor, por si también se le olvidó: su esposa supo lo que usted había hecho. Usted se lo contó. ¿Qué carajo pasaba por su cabeza? La amenazó con matarla si abría la boca. La golpeó esa noche. ¿Cómo puedo hacer yo mi trabajo si usted no hizo bien el suyo? Me prometió que iba a encontrarla, profesor, que iba a encontrar a su mujer y a sus hijos: que los iba a calmar. Que todo estaba bajo control, que sería fácil convencerla o silenciarla. Y ahora no sabemos dónde está. No tenemos ni idea. ¿Sabe qué le puede ocurrir a usted si a ella se le ocurre poner una denuncia? Lo van a atrapar profesor, y lo van a refundir durante toda su vida. La Procuraduría tiene en su poder el arma homicida. Carajo, profesor, si usted va a cometer un crimen, hágalo bien.

Bejarano se tomó de los pelos y encendió otro cigarrillo. Cogió la botella de whisky que estaba a su lado. Se la empinó. No sé qué hacer, decía, ya no sé qué hacer. Volteé a mí alrededor. Cuando volví a posar la mirada sobre el bulto que ahora era Bejarano, este había sacado su arma. El objeto brilló en su mano y me pareció tan refulgente como el sol. La pistola era hermosa y letal. Luminosa. Me apuntó con ella. Yo comencé a temblar. No, no, le dije, detente, yo tengo el dinero, tú no tienes nada, baja el arma, no querrás hacerlo. Entonces, con un solo movimiento, se llevó la pistola a la boca, puso el cañón sobre el paladar y disparó. Fue un sonido seco el que abarcó el lugar. Fue un estruendo que iluminó y despedazó la cara de Bejarano para después dejarme sumido entre sombras. El silencio era sobrecogedor, y yo me quedé ahí, mirando a Bejarano, aventado en el sofá, inerte, su rostro hecho trizas. Había

muerto con los ojos abiertos. Sentí un líquido que bajó por mis pantalones. Me había meado. No podía quedarme ahí sentado. Pronto llegarían los vecinos. Bajé rápidamente las escaleras y salí a la calle. Vagué durante quién sabe cuántas horas.

El día siguiente a la muerte de Bejarano fue el más agitado de mi vida. Soledad había entrado al departamento y había encontrado al muerto. Llamó en ese instante a la policía. Yo aparecí horas después. No oficial, no tengo ni idea de quién puede tratarse. Mi mujer está conmocionada, le pido que lo saque de aquí. Declaré no sé cuántas veces y me atuve a mi versión: no tenía ni idea que aquel hombre se llamara Alfredo Bejarano, ministerio público adscrito a la fiscalía de secuestros, cuarenta y cuatro años, tez morena, uno setenta y nueve metros, nacido en Saltillo. No sé porque había elegido mi departamento como su último lugar en la tierra. Yo había estado fuera todo el día, hasta la noche. No, no hay nadie que pueda corroborar lo que estoy diciendo. Estuve en un parque público cerca de mi hogar corrigiendo unos textos. Sí, soy el escritor Mariano Peredo, y lo único que quisiera en estos momentos es que me dejen en paz.

Capítulo XVII

Después de aquello Soledad y yo nos mudamos de departamento, a otro cerca de ahí. Quería olvidarlo todo y durante varios días repasé el discurso que me había dicho Bejarano. Letra por letra. Recordé los gestos de su cara, pero casi ninguna de sus palabras. De todo lo que me había dicho, nada embonaba en mi cabeza porque no tenía conciencia de haber sido yo el que accionara el gatillo que mató a cuatro inocentes. ¿Sería posible? No hice nada durante mucho tiempo. Iba y venía de lugares que desconocía, me perdía en la ciudad, entre sus calles, entre los sonidos de los automóviles y el rumor de las personas. Pasé una noche durmiendo en una banqueta. Entonces, una tarde, recibí una llamada de la doctora Robles. Me vería en una plaza comercial, cerca de dónde vivía. Me alisté y salí del departamento.

Me he enterado de lo que pasó, dijo. ¿Quieres olvidarlo?, me preguntó. Durante unos segundos guardó silencio. ¿Cómo crees que los hombres de poder pueden vivir con lo que hacen? me preguntó. ¿Crees que la conciencia humana es tan fuerte y tan cínica como para olvidar nuestras acciones? ¿Que la memoria no se activa con cualquier sabor, olor o color? ¿A poco crees que la gente puede ir caminando por ahí como si nada, como si todos fuéramos unos santos? Los inocentes también tienen que recoger lo que los culpables sembraron. Los honestos juegan porque son una forma de medición, en donde el mal no es otra cosa que una cuestión de grados, y que los puros existen únicamente como una esperanza de la naturaleza: no siempre prevalece la oscuridad.

No es posible olvidar, Mariano. No es posible.

Entonces sacó de su bolsa un pequeño frasco de pastillas. Tómate la mitad de una y podrás suprimir los recuerdos que quieras. El efecto se agota pronto y luego debes tomarte la siguiente si no quieres despertar a tu conciencia. Tu propio cuerpo te lo pedirá. Serás una máquina. Una estatua. Una fortaleza. Como siempre lo has sido, Mariano. ¿Yo hice todo esto?, le pregunté. ¿Fui yo? ¿Usted también? Golpeé la mesa y le grité. ¿Qué carajos le pasa? Treinta mil pesos por bote. Maldito mercado, dijo la doctora. Y baja la voz, Mariano, si alguien te escucha, estarás en problemas. ¿Quieres vivir o quieres morir? ¿Quieres seguir viviendo con la desaparición de Beatriz y de los niños? ¿Cargar para siempre con lo que les hiciste? Eres una mierda, Mariano. Más temprano que tarde vas a pegarte un tiro, como le pasó a Bejarano. Somos seres frágiles, Mariano, tú lo sabes, lo único que has hecho en la vida es describir el carácter de los hombres. No me tienes

que pagar ahorita, entiendo tu situación. Te daré un plazo de un año, esperemos que regresen los buenos tiempos. Sonrió. Yo que tú, dijo, me las tomo ahorita, antes que hagas cualquier otra cosa. Vive tu vida, aprovecha que ya tienes el manuscrito y dale lo que quiere al compañero de Bejarano. O elimínalo. Si tienes problemas con él, avísame, por cinco mil pesos conozco a alguien que te lo puede quitar de encima. Y a quien sea. Por cierto, me dijo, como te podrás haber dado cuenta, hay ciertos efectos secundarios en las pastillas: alucinaciones, temblores, fantasmas, apariciones. Nada grave.

La doctora Robles se levantó y se fue. Le hablé a Soledad. Le dije que no llegaría a casa esa noche. Cogí un taxi y fui a mi casa. No había ni una luz prendida. Salté la barda y me quedé en el jardín. Una imagen pasó frente a mis ojos y después otra y otra. Como una cascada, cayeron sobre mi frente y no me dejaron. Me tiré al suelo y comencé a llorar. Me sentí totalmente destrozado, una mierda que vivía y respiraba. Golpeé un árbol hasta que mis nudillos quedaron destrozados. A pesar de ello, no sentí dolor. No quería vivir con esa pena que ahora sentía tan mía como ninguna otra cosa en mi vida; pero tampoco quería morir, acabar como Bejarano y dar por terminada mi existencia. Yo quería aferrarme a mi vida, seguir contemplando el rostro de Soledad, tocar sus piernas y admirar su pubis.

Entonces, en unos segundos, todo pasó frente a mí: Mariano Peredo obsesionado por el manuscrito, mi mente maniatada por aquellas letras tan perfectas, mi mano jalando el gatillo, mi sonrisa después de haberlo hecho ¿Qué carajos me había sucedido? ¿Por qué? El frasco estaba en mi mano. Lo único que tenía que hacer era tomarme media pastilla y olvidar todo. Sería una rutina fácil. Tomarme

una de esas pastillitas y listo. En mí estaba la decisión, pero antes tenía que hacer una sola cosa.

Volví a saltar la barda. Agarré el primer taxi que vi y le pedí que fuera a un hotel cualquiera. Subí por el ascensor y me encerré en mi cuarto. Pedí pluma y papel. Le hablé a Soledad para decirle que, durante una semana, no me esperara. Que no se preocupara por mí, que estaría bien, pero que tenía que arreglar unas cosas. Ella pareció entenderlo, y no pidió explicaciones. Escribí este libro en unos cuantos días. Lo he guardado en una caja fuerte, en un lugar que Carlos Jaramillo, mi asistente, sabrá encontrar cuando sea el momento. Le he indicado que lo saque cuando me queden pocas horas de vida y que me lo de a leer. Necesitaré saber, justo antes de morir, todo lo que he hecho.

Epílogo

Mariano Peredo murió a los ochenta y cinco años. Vivió una vida plena y llena de éxitos literarios. Su segunda mujer, Soledad, lo acompañó hasta su último respiro. No tuvieron hijos. La novela que plagió, "Apariciones", le valió el Premio Rómulo Gallegos y durante muchos años fue candidato al Premio Nobel de Literatura. Aquella novela, como muchos la han calificado, es la gran derrota y la gran victoria de Peredo. "Apariciones" tiene un centro oculto que mitifica lo que sucede en torno a ella. Todo el libro es una gran sucesión de desgracias, y carga con el magnetismo que todo misterio ocupa. Es inevitable no ver el texto como artífice de la leyenda de Peredo. Ambos, letras y carne, son cómplices. Las ideas de "Apariciones" se repiten, una y otra vez, en toda la obra de Peredo, antes y después de lo sucedido. Estamos ante la historia de una obsesión.

Mariano Peredo fue un hombre atormentado. Sus novelas así lo atestiguan. Hay algo en todo escritor (Peredo incluido) que lo empuja a ese mundo en donde la imaginación, las tormentas del

alma y el sofoco de la existencia, coinciden. Hoy, años después de su muerte, sale esta sexta reimpresión, confesión verídica de un asesino, de un hombre de letras que, inexplicablemente, optó por un camino que ninguno de nosotros quisiera tomar. La edición y revisión de todas las reimpresiones ha caído, indefectiblemente, en mí. Que sepa el lector que ha sido la peor tarea de todas y que lo hago para recuperar la memoria de aquellos que se han ido.

La doctora Robles murió hace diez años, junto a toda su familia, en un accidente automovilístico. Las pastillas de las que habla Peredo jamás han sido encontradas o reconocidas por la comunidad científica, y bien pueden ser un recurso literario del escritor para justificarse ante los terribles asesinatos que cometió. Las conversaciones entre Peredo y Bejarano fueron reveladas por un agente del ministerio público, años después. Hoy pueden consultarse en la página oficial del autor.

Hay una sola cosa, sin embargo, que Mariano Peredo nunca supo: la ubicación de su familia. Que sepa el lector que Beatriz, su ex esposa, está felizmente casada. Sus hijos viven. Ambos se han cambiado el nombre y están, hasta donde la vida les alcanza, en un lugar remoto y seguro. La última vez que los vi parecían felices. Ignoro las razones que tuvo Beatriz para nunca delatar a su ex marido.

El texto que ahora tiene en sus manos el lector es exactamente el mismo que Mariano Peredo escribió. He estado tentado de introducir cambios, pero un respeto inexplicable, o una presencia invisible, me lo ha impedido. Peredo fue un escritor disciplinado y prolífico. Sus papeles, desparramados en los lugares en los que vivió, han sido encontrados. Todos están intactos. Pronto, el lector tendrá en sus manos la recopilación, en un solo libro, de todos y cada uno de ellos.

¿Cómo respetar a Peredo?, me preguntaron alguna vez. No supe qué responder porque tinta y vida son exactamente lo mismo. El mal nos sugiere, a menudo, que le susurremos nuestros secretos; y

Guillermo Fajardo

los deseos que vemos suprimidos por el ruido de otras vidas se piensan exclusivos ante nuestra existencia, protegidos por nuestra intimidad, páginas que desde que nacemos traemos escritas en la piel, pero que a veces, como en esta ocasión, se desbordan y anidan en el corazón del mal.

Que el recuento del pasado se quede ahí. A nosotros nos quedará solamente alzar la cabeza y verificar la fuga del tiempo. Un tiempo que a menudo corre despacio ante nuestro asombro y a veces rápido, ante nuestra desmemoria. Contemplemos el silencio del escritor y de sus víctimas. Un silencio que, después de todo, sigue dando lecciones.

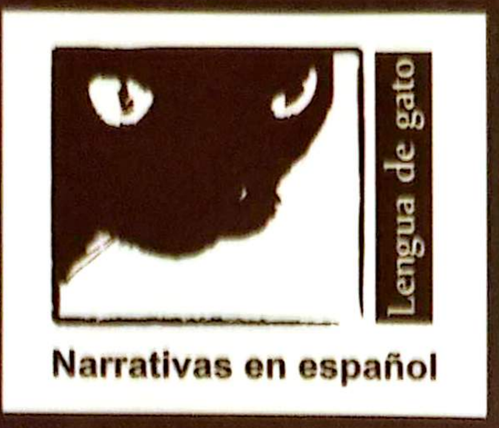
Carlos Jaramillo

México D.F., 28 de febrero-12 de marzo de 2013

Esta primera edición de
Los inocentes también
de Guillermo Fajardo,
número 19 de la colección *Lengua de gato*,
que consta de 1.000 ejemplares,
se terminó de imprimir en julio de 2013
en los talleres de Grupo H Impresores,
4a. Cerrada de Hidalgo # 5, colonia Ampliación San Miguel,
Delegación Iztapalapa,
México, Distrito Federal.

La presente edición estuvo al cuidado de
Manuel Pérez-Petit.

LAUS DEO



Colección general de narrativas en español.

Otros títulos:

4. Carlos González Sariñana, *Llorando moscas*

5. Lydia Martínez, *Kozlak y el libro del arcano*

6. Silvina Luz Monge, *María Inés de la Sierra*

7. Alberto Zuckermann, *Penumbra*

8. Edheer Inzunza López, *El amor al cuarto para las seis*

9. Sergio Bautista, *Ocumari*

11. Manuel Arduino Pavón, *El estrés de los dragones*

12. Martín Alvarenga, *Cuentos para romper el molde*

13. Genaro López Iniesta, *Descansa en pedazos*

14. Ricardo Stern Warman, *Aquí no se sirve café*

15. Mauricio Rodríguez, *De Obregón… El Recreo*

16. Dorelia Barahona, *De qué manera te olvido*

17. Gustavo Vila, *El baile de las marmotas*

18. Marisa D'Santos, *El canto de la serpiente*

19. Guillermo Fajardo, *Los inocentes también*

20. Ulises Paniagua, *Historias de la ruina*

sedientoediciones.com

A Mariano Peredo, un escritor de éxito, le llega la tragedia. Su esposa y sus hijos desaparecen sin dejar rastro. Sumido en su tristeza, perdido en su confusión, extraviado en sus ficciones, el novelista alcanza a reflexionar sobre la pérdida y el dolor. El protagonista asiste a sus ausencias con la certeza de quien ve el barco naufragar y sabe que tarde o temprano terminará ahogado.

Guillermo Fajardo nos entrega una más de sus novelas. Joven escritor que no se ajusta a las formas convencionales de este género literario, el autor gusta de explorar la complejidad de la escritura al desarrollar sus tramas, y lo logra con un lenguaje claro y sencillo. Los inocentes también es una novela con ritmo que nos permite entrar al suspenso y a lo policíaco; el romance, las envidias literarias y los misterios cuando alguien, de la forma que sea, súbitamente desaparece.

Juan Ignacio Zavala

Lengua de gato

Narrativas en español

SEDIENTO EDICIONES

ISBN: 978-607-9201-70-8

9 786079 201708